HOMENAJE · 90 AÑOS

Pedro Schwartz, maestro liberal

Un homenaje sincero en el 90 aniversario de un pensador brillante



INSTITUTO JUAN DE MARIANA

EN COLABORACIÓN CON Libertad Digital

JUANDEMARIANA.ORG

Índice de contenidos

Prólogo 4
“Liberal y libre” (Prefacio) 7
Un liberal elegante 9
Introducción 13

COLECCIÓN DE ARTÍCULOS **16**

¡Peste de anti-globalizadores! 17
Las causas de la riqueza 21
Popper y el nacionalismo 24
Competencia en el comercio 28
Microcrédito 31
Tipo bajo y parejo 33
La vieja Europa 36
Sueños lunáticos 39
Destrucción creadora 46
El Código Giscard 49
Marjorie Grice-Hutchinson 52
El peso de la púrpura 56
Rentas políticas 60
La competitividad 62
¿Zona monetaria óptima? 65
Nacionalismo y democracia 68
España, reformas pendientes 71

Presiones sobre el Banco Central Europeo 74
Constitución, para qué 76
Aznar y Thatcher 78
Diccionario de pensamiento económico en España 82
Israel y Palestina 84
Un gran presidente 86
El esfuerzo de Alemania 88
George Bush, naturalmente 91
Sen elogia a Hayek 95
África 97
El fracaso de América Latina 101
Reformas económicas 105
La talla de Aznar 108
¿Adónde vas, Europa? 112
Privatizar la TV pública 116
Bienes y servicios públicos 118
Un no francés 124
La moral del mercado 128
Los límites de la educación pública 135
Neo-intervencionismo europeo 137
Síndrome de Estocolmo 143
Milton y Rose 146
Madres solteras 150
Bono escolar, eficiencia y libertad 158
Maestro de economistas 162

José Barea, una leyenda 164
Un físico que sabía de Economía 166
Preocupa la inmigración 167
En democracia, nadie es soberano 171
El secreto de Montesquieu 175
Introducción a la antropología del capitalismo 190
Milton Friedman, gigante del siglo XX 223
Discurso de recepción del Premio Juan de Mariana 251
Leer a Pedro, aprender con Pedro 260
Difusor de ideales, promotor de la libertad 264
Mirar siempre más allá 268
Encomio de Francisco Cabrillo 271
Entrevista con Diego Sánchez de la Cruz 274
Entrevista con Carlos Higueras 281

Prólogo

Manuel Llamas Fraga, Director del Instituto Juan de Mariana

Pedro Schwartz es, sin duda, una figura central en la historia del liberalismo español. Su extensa trayectoria académica y profesional ha dejado una huella imborrable en el pensamiento económico y político de nuestro país.

Licenciado en Derecho por la Universidad Complutense de Madrid en 1957, continuó su formación en la London School of Economics, donde obtuvo un doctorado en Ciencia Política en 1965 y un máster en Economía en 1972. Durante su estancia en Londres, tuvo la oportunidad de colaborar con destacados intelectuales como Karl Popper, a quien considera su maestro.

A su regreso a España, desempeñó roles clave en instituciones como el Banco de España y ejerció como catedrático en la Universidad Complutense, la Universidad Autónoma de Madrid, la Universidad San Pablo CEU o la Universidad Camilo José Cela.

Su compromiso con la difusión de las ideas liberales se reflejó en su participación activa en política, siendo el máximo impulsor de Unión Liberal, la pequeña formación con la que formó parte del Congreso de los Diputados durante la II Legislatura (1982-1986). Dicha formación catapultó la carrera política de figuras como Esperanza Aguirre y contribuyó a acercar al futuro Partido Popular hacia posiciones más favorables a la economía de mercado.

En su labor como divulgador y activista liberal, Pedro Schwartz cuenta con una brillante hoja de vida. Defendió la libertad y la democracia durante la dictadura, motivo por el cual vio truncada

su carrera diplomática. Participó en la Transición diseminando ideas liberales que contribuyeron a marcar el debate económico a través de su Instituto de Economía de Mercado. Además, ha alentado en todo momento el trabajo de organizaciones como el Instituto Juan de Mariana (IJM), que le concedió su premio anual en 2014.

Con motivo de su 90 aniversario, el IJM ha preparado el presente volumen en colaboración con Libertad Digital. Es nuestra humilde contribución al merecido homenaje que toda la comunidad liberal española e internacional quiere rendir a Pedro Schwartz en una fecha tan señalada.

El documento presenta por vez primera la recopilación de todos los artículos publicados por Schwartz en Libertad Digital, La Ilustración Liberal y Libre Mercado. El lector podrá consultar textos editados entre los años 2001 y 2017, siguiendo de esta forma la evolución de sus escritos durante las dos primeras décadas del siglo XXI.

Con esta recopilación, el IJM y el Grupo Libertad Digital pretenden reconocer y celebrar la contribución invaluable de nuestro homenajeado al pensamiento liberal en España, así como su incansable labor en la promoción de la libertad individual y económica. A través de sus escritos, el profesor Schwartz ha ofrecido análisis profundos y reflexiones que han enriquecido el debate público y han servido de guía para generaciones de liberales en nuestro país.

La excelencia en el ámbito del pensamiento liberal ha sido una constante en la vida de Pedro Schwartz. Su rigor intelectual, su

capacidad para cuestionar dogmas y su compromiso con la verdad han inspirado a muchos a seguir sus pasos.

En un mundo donde las ideas liberales enfrentan desafíos constantes, la figura de Schwartz se erige como un faro de coherencia y dedicación. Este libro, impulsado por Diego Sánchez de la Cruz, que acudía religiosamente al Seminario Lucas Beltrán coordinado por el profesor Schwartz, no es solamente un tributo a un liberal de máxima relevancia, sino también un llamado a que todos los que nos identificamos con las ideas de nuestro homenajeado sigamos su ejemplo y consagremos nuestra vida a la defensa de la libertad y la razón, un campo que Pedro ha cultivado con innegable excelencia.

“Liberal y libre” (Prefacio)

Carlos Cuesta, Adjunto a la Dirección del Grupo Libertad Digital

Ser liberal es una opción ideológica. Ser libre es una actitud. Y Pedro Schwartz tiene las dos virtudes.

Yo no soy la persona que más ha conocido ni conoce a todo un maestro de economía y derecho como Pedro Schwartz, pero sí uno de los que más ha disfrutado de su naturalidad, educación, elegancia, paciencia y sabiduría durante largo tiempo en los platós de televisión.

Pero, por encima de todo, he recibido su lección de libertad. Sin aspavientos, sin demagogia, sin escenografía gratuita. Simple y llanamente, Pedro era y es libre. En el formato en el que se lo proponga. Y esa libertad para decir aquello que con toda honestidad considera cierto, correcto y bueno ha dejado y sigue dejando huella.

Su vida es testigo de esa libertad. Formado en Derecho en la Universidad Central de Madrid (1957), doctorado en Derecho por la misma universidad (1966), doctorado en Ciencia Política en la London School of Economics (1965) y máster en Economía en la London School of Economics (1972) Schwartz decidió que estaba preparado y formado para decir libremente lo que con toda sinceridad había aprendido.

Y lo hizo con la misma honestidad con la que una persona de posición acomodada se enfrentó a una dictadura, de nuevo sin falsas rebeldías ni operaciones mediáticas, simplemente porque

consideraba que aquella no podía ser una forma de vida aceptable para nadie.

Él cree en la libertad. Y por eso es libre: por honestidad. Igual que fue libre y honesto cuando, siendo aún estudiante universitario, tomó parte en las protestas de febrero de 1956, que no se parecen en nada a las del siglo XXI, esas en las que no dejamos de descubrir a aguerridos antifranquistas dispuestos a mostrar su valor frente a la tumba de un dictador muerto-. Él fue y es lo más revolucionario que se puede ser en la vida: libre. Con o sin traje diplomático. Por mucho que no vista el uniforme revolucionario exigido para tal calificativo por una izquierda enloquecida que pretende tachar de rebelde a lo más complaciente que puede existir: el cobro de subvenciones woke y el seguimiento del pensamiento único y ultradominante.

A Schwartz, su rebeldía le costó su carrera diplomática. Pero, como buen hombre libre, decidió que eso no podía frenar sus ansias intelectuales y vitales. Y, gracias a Dios, dedicó su vida a enseñar a gente como yo, a quienes no sólo nos ha dejado una forma de pensamiento económico, sino también algo mucho más importante: una forma de ser libre. Con educación y con datos. Con argumentos y sin gritos. Con insistencia y sin renuencia.

Ese es Pedro. Ese es Schwartz. Y ese es el maestro al que muchos admiramos.

¿Porque es liberal? Que nadie lo dude. Por supuesto.

¿Porque es libre? Que nadie lo dude. Por supuesto.

Un liberal elegante

Encomio de Mario Vargas Llosa a Pedro Schwartz en la entrega del Premio Juan de Mariana 2014

Conocí a Pedro Schwartz finales de los años 70, durante una conferencia celebrada en Lima a la que llegó acompañado de Friedrich Hayek, Milton Friedman y JeanFrançois Revel. Encontrarme con personas como él fue una extraordinaria bocanada de aire puro y fresco que rompía con ese ambiente cargado y saturado de nacionalismo, de demagogia y de socialismo que marcó una dictadura militar que por entonces ya llevaba una década en el poder.

Creo que al igual que yo, muchos peruanos que tuvimos el privilegio de asistir a las charlas que impartieron estos liberales que desembarcaron por unos días en nuestro país vivimos aquella experiencia como algo único desde el punto de vista intelectual y político.

Se han hecho de Pedro tantos elogios que a uno le queda poco más por decir, pero creo que, si acaso hay algo que aún valga la pena subrayar, quisiera honrar el hecho de que, siendo el destacadísimo economista que es, no hablamos solamente de un economista. Schwartz no ha visto nunca la política ni la vida exclusivamente a través del prisma económico.

Su obra y sus reflexiones siempre han puesto de manifiesto que Pedro cree en la libertad, que ve como un todo indivisible. En este sentido, entiende que la libertad económica es tan importante como la libertad política, la libertad social, la libertad cultural. El

verdadero progreso de una sociedad se produce cuando todas estas libertades ganan terreno a la vez, y no unas a expensas de las otras. Eso permite que la vida de los ciudadanos se desarrolle y organice en plenitud.

Por desgracia, son muchos los economistas los que han contribuido a esa idea profundamente distorsionada y falaz del liberalismo como una filosofía puramente ocupada del mercado. En efecto, a menudo se asume que los liberales piensan única y exclusivamente en la economía desarrollada por los privados como la panacea que permite resolver todos los problemas sociales. Eso simplemente no es verdad. Los liberales creen en las ideas y en los valores de la autonomía personal y la limitación del poder. Desde luego que creen en la libertad económica, pero no les parece menos importante la libertad política, la virtud suprema de la tolerancia, que es la fórmula exacta de plasmar el ideal de civilización en el terreno de lo social y lo político. Los liberales saben que no hay verdades absolutas y que pueden, por lo tanto, ellos mismos estar en el error, de modo que se abren a reconocerlo, se dan el espacio para admitirlo, haciendo por tanto que las ideas pasen siempre la prueba de la realidad, que es, en última instancia, la prueba decisiva.

Creo que nadie, por lo menos en el ámbito de la lengua española, ha demostrado que esto es el liberalismo con la brillantez con la que lo ha hecho Pedro Schwartz. En sus libros, en sus extraordinarios artículos y en sus conferencias, ha sido capaz de ir juzgando día a día la actualidad de manera acertada, compartiendo toda su sabiduría y ayudando a hacer que su vasto conocimiento resulte asequible al novato, al lector común y corriente. Esa

claridad es una grandísima virtud que tampoco es corriente entre los economistas, ni siquiera entre los mejores economistas.

Yo quisiera destacar asimismo que Pedro Schwartz siempre ha tenido un gran apego a las formas. Creo que es una de las personas más elegantes que he conocido, no sólo por lo bien que se expresa cuando habla, lo que demuestra las buenas lecturas literarias que ha cultivado, sino también por la manera como se ha comportado siempre en la esfera pública, que a menudo deviene en una encarnizada lucha darwiniana por la supervivencia.

Nunca he leído un solo texto de Pedro Schwartz, textos que pueden ser a veces muy apasionados, que incurra en una diatriba, que falte al respeto al adversario, que busque un daño innecesario e improcedente. Recuerdo cuando lo vi polemizar con Paul Krugman a quien literalmente, y con una cortesía exquisita, deshizo y liquidó en el plano intelectual. Creo que el cuidado de las formas y la elegancia en la manera de discutir y defender lo propio y atacar lo que se considera impropio debería ser también uno de los grandes valores que protege y ensalza el liberalismo y, sin duda, nadie ha encarnado mejor esa aspiración que Pedro Schwartz.

Finalmente, a diferencia de lo que él mismo ha dicho alguna vez, creo que Pedro hizo muy bien entrando a ese mundo tenebroso y feroz de la política. Creo que es un error gravísimo despreciar la política y situarse en una posición superior, como si la política fuera algo deleznable que queda reservado por tanto para gente deleznable. Si los mejores no hacen política, la van a hacer los peores – y así nos irá a nosotros y al mundo. Es muy importante que los mejores hagan política, que entren a la arena política y muestren que la política puede ser también una actividad decente,

altruista, educada y culta, para que las ideas prevalezcan sobre los institutos y sobre las pasiones. Creo que Pedro hizo muy bien dando aquel paso y que su incursión en la esfera pública sirvió para inculcar de buenas ideas y maneras a los partidos que entonces trenzaban la nueva democracia española.

Creo que con mis palabras, tan breves como sentidas, he sido capaz de transmitirle a Pedro cuanto lo queremos, cuanto lo admiramos y cuanto le deseamos que, por muchos años más, siga compartiendo con todos sus magníficas lecciones de liberalismo, amén de las clases de decencia y de elegancia que siempre nos ha regalado.

Introducción

Diego Sánchez de la Cruz

Llegué a Madrid en 2006. Dejé atrás mi querida tierra gallega para cursar mis estudios universitarios en la capital. Unos meses después de hacer las maletas, empecé a compaginar mis compromisos académicos con la asistencia regular a los seminarios de pensamiento económico que coordinaba el profesor Pedro Schwartz. El Seminario Lucas Beltrán era quizás el más animado de todos ellos, en la medida en que el maestro nos invitaba a leer a los autores clásicos del liberalismo para después celebrar interesantes debates en torno a sus ideas. También tenían un innegable atractivo las charlas que Schwartz impartía en otros foros como la Fundación Faes o el Instituto Juan de Mariana.

El estallido de la Gran Recesión en 2007 y 2008 otorgó aún más peso a aquellos coloquios y conferencias, en la medida en que las enseñanzas liberales servían a menudo como guía para entender la crisis financiera, la burbuja inmobiliario y los distintos males económicos que golpearon a España con especial dureza. En paralelo, el profesor Schwartz hizo un gran esfuerzo de divulgación en prensa, radio y televisión en aquellos años tan complejos para nuestro país. Esa voluntad de llegar a más gente ya le movió en los años 80 a traer a España la serie documental de Milton Friedman, Libertad de elegir, cuya emisión en la pequeña pantalla nunca se habría producido sin su insistencia y empuje.

Pedro ha sido un pilar del liberalismo en España, un verdadero maestro de maestros que ha propiciado el desarrollo de algunos de nuestros más lucidos intelectuales y pensadores, entre los

podríamos citar a figuras como Carlos Rodríguez Braun, Paco Cabrillo, María Blanco o Juan Castañeda. Asimismo, su incursión en el ámbito político hizo posible el ascenso de personalidades clave para el liberalismo en España, como Esperanza Aguirre o Javier Fernández Lasquetty. Siempre he dicho que, si mi periplo ha servido para apuntalar la difusión del liberalismo, sin duda le debo parte de lo conseguido al profesor Schwartz.

Además de su rol como pensador e intelectual y de su capacidad de impulsar talento, nuestro homenajeado ha jugado un papel esencial en el ámbito de los think tanks, habiendo impulsado instituciones como el Instituto de Economía y Mercado, donde fue director, o Civismo, fundación a la que sigue vinculado en la actualidad. En el Instituto Juan de Mariana nos sentimos honrados por haber podido reconocer a Pedro con nuestro premio anual de 2014. Además, en el plano internacional, el profesor Schwartz ha ocupado cargos de gran responsabilidad, vinculado a entidades de enorme prestigio como el Instituto CATO. Fue un honor estar presente en la reunión de la Mont Pelerin Society en la que fue elegido presidente de la organización impulsada por gigantes como Friedrich Hayek, Ludwig von Mises o el ya mencionado Friedman.

El presente volumen recopila los artículos firmados por Pedro Schwartz en las distintas publicaciones del Grupo Libertad Digital. Quisiera agradecer a Federico Jiménez Losantos y a Javier Somalo su total entrega y disposición a la hora de facilitar esta recopilación. También quiero reconocer el trabajo de Juan Navarrete a la hora de reunir los textos y editar estas páginas. Asimismo, quiero tener unas palabras de agradecimiento hacia las distintas personas que han promovido otros proyectos de homenaje

a la trayectoria de Pedro: Javier Fernández Lasquetty, María Blanco, Alberto Mingardi, Paco Cabrillo…

El lector podrá repasar el pensamiento de Schwartz durante el periodo 2001-2017, con más de 50 textos en los que nuestro homenajeado toca distintos asuntos de actualidad y demuestra su capacidad para llevar las controversias cotidianas al plano más elevado de las ideas. Su pluma es tan elegante como rotunda y nos ayuda a encuadrar la discusión económica en base a principios y valores basados en la filosofía liberal.

Además, el apéndice incluye varios textos adicionales que resultarán de interés para el lector interesado en el pensamiento de Schwartz. Se recoge el fragmento final de su discurso de acceso a la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, así como su discurso de aceptación del Premio Juan de Mariana 2014. También se reproducen dos entrevistas celebradas a lo largo de los años con Libertad Digital y El Mundo. El resultado final es una obra que sirve como justo, merecido y sincero homenaje a un maestro liberal.

Colección De Artículos

¡Peste de anti-globalizadores!

22/8/2001

Los movimientos contrarios a la globalización sufren todos de una confusión elemental: creen que la miseria de la mayor parte de la humanidad es culpa de los ricos, que o bien explotamos a los pobres o bien nos negamos a ayudarles. La verdad es más complicada: lo natural es pasar hambre y penalidades, padecer enfermedades sin cuento y, expuestos a muerte violenta o sumidos en la superstición, vivir bajo la férula de déspotas caprichosos. Como dijo Thomas Hobbes, la vida en el estado natural es "solitaria, pobre, desagradable, brutal y breve". El camino hacia el bienestar es mucho más largo y complicado de lo que dicen los mensajes de los anti-globalizadores, quienes ni siquiera aciertan a señalar los reales defectos del sistema capitalista actual.

Ante tanto despropósito, yo estaría dispuesto a aconsejar paciencia y oídos sordos, pero no es la primera vez que los bárbaros destruyen el artificial entramado de la civilización. La nuestra, la civilización de la autonomía individual, de la libertad científica, de los cambios de gobierno sin violencia, de la prolongación de la esperanza de vida, de la creciente prosperidad popular, es demasiado preciosa para que nos rindamos con armas y bagajes a quienes ni siquiera son capaces de comprender el sistema que pretenden transformar.

No me parece mal que haya disconformes en el seno de nuestra sociedad, que precisamente se distingue por permitir la diversidad política y social. Pero aceptando que muchos otros no piensen como yo, no estoy dispuesto a callar ante su demagogia

otorgándoles la razón con mi silencio. Estoy aún por oír un solo argumento convincente entre el griterío y el barullo de sus manifestaciones. Como científico de la economía, cuando me enfrento en mesas redondas, debates periodísticos, controversias universitarias, con la patulea de los enemigos de la mundialización, me siento como un astrónomo que tuviera que discutir con un creyente en los horóscopos.

Recientemente conversé ante las cámaras con una buena mujer orgullosa de ser comunista. Le dije que, dado su aspecto bondadoso, estaba seguro de que no se identificaba con el comunismo histórico, pero expresé dudas sobre la fiabilidad de su consejo, cuando el último intento de los comunistas de mejorar la sociedad dejó más de 100 millones de muertos sobre la faz de la Tierra. Tengo pánico a la utopía, esa seductora mujer con la cabeza en las nubes y los pies en un charco de sangre.

Lo primero que no entienden es que el sistema que atacan tiene la ventaja de no ser un sistema, sino el resultado espontáneo y no planeado por nadie, de las acciones de incontables hombres y mujeres pasados y presentes. Representan el capitalismo como una dictadura, como un oligopolio de “multinacionales”, que imponen gustos, compran gobiernos, atenazan productores, saquean la naturaleza. La vida de los grandes empresarios sería muy fácil si moldearan a su antojo la masa inerte de los consumidores. Un ejemplo: el fútbol se ha convertido en un espectáculo millonario; ¿cree alguien que ese consumismo deportivo es algo artificial impuesto al pueblo con un hábil lavado de cerebro?; ¿no es más bien un cauce en el que los individuos vierten su amor a las emociones fuertes, su gusto por dividirse en tribus, su deseo de parecerse a los héroes? El que haya grandes empresas en el fútbol

o en los automóviles no quiere decir que falle la competencia. Los grandes fabricantes de autos son capaces en menos de tres años de copiar los todo-terreno de sus rivales, que el público demanda. El consumidor es rey, aunque les pese a la izquierda antiyanqui, que viste T shirts y blue jeans; que oye música rock más heavy cuanto más revolucionaria; que se cita por “Internet” para la próxima algarada.

El capitalismo democrático, síntesis de antiguas instituciones, como la familia, la propiedad privada, el sufragio universal, el dinero, el comercio, el trabajo libre y la libertad de opinión, es el sistema que está sacando a grandes zonas del Tercer Mundo de una miseria que parecía sin esperanza. En Asia no había más oasis que Japón: ahora se desarrollan, con los altibajos naturales, Corea, Taiwán, China, ¡Vietnam!, Singapur, India... La apertura de México a la democracia y al comercio están transformándolo en un país industrial. La pobreza se perpetúa en las sociedades atrapadas por un pasado populista o sometidas a la guerra civil y el mal gobierno, como durante nuestra Edad Media. ¡Cuánto desprecio por los datos veo en quienes dicen que el número de pobres aumenta cuando China e India, los dos países más populosos de la Tierra, han estado creciendo durante un decenio a tasas del 10% y de 5% anual.

No me importa la desigualdad, porque no soy envidioso. Me importa la pobreza y creo que uno de los instrumentos más poderosos para combatirla es el libre comercio. Hablaré del azúcar. ¡Pobres cubanos, aplastados por el imperio yanqui que les ha impuesto un embargo comercial! ¿No? Cierto es que el levantamiento del embargo ayudaría a que los esclavos de Fidel empezaran a intuir lo mal que funciona un sistema socialista. Pero

quienes de verdad les hacemos daño somos los europeos, con la política agrícola que defiende José Bové: nuestra azúcar de remolacha cuesta el doble del precio mundial porque impedimos las importaciones de azúcar de caña. Las reclamaciones de más ayuda para Cuba no son más que una hoja de parra para tapar nuestras vergüenzas.

Para salir de la pobreza, el Tercer Mundo necesita más comercio y más democracia, no más intervención y más anarquismo.

Las causas de la riqueza

26/8/2001

No me importa en absoluto el que haya grandes diferencias entre las personas más ricas y las más pobres. Si como ocurre en las democracias capitalistas las grandes fortunas se obtienen sirviendo al prójimo, como, por ejemplo, jugando al fútbol o creando una cadena de tiendas de moda o inventando un sistema operativo para PCs, no entiendo entonces por qué se escandaliza nadie. Más discutibles son las fortunas obtenidas por culpa de la intervención estatal mal concebida, como las de los tratantes de armas o los traficantes de drogas. Las fortunas obtenidas en honrada competencia, que son las más, me parecen buenas para la sociedad, por la variedad que dan al gasto y las formas de vida. Como estoy de acuerdo con los críticos del sistema en que el dinero no mide el mérito de las personas, sino sólo si han sabido satisfacer las demandas del gran público, me resigno de buena gana a no ser multimillonario ni me duele que haya quien lo sea. No soy envidioso.

Lo importante pues es que desaparezca la miseria. Los anti-sistema cometen dos errores en su percepción de la pobreza en el mundo de hoy. Se equivocan al pensar que ha sido causada por la explotación de los países ricos. Yerran al creer que está aumentando.

Una de las afirmaciones que más indignación ha causado entre mis lectores antiprogresistas es que la pobreza es el estado natural de la humanidad y que la riqueza es el resultado de un entramado

artificial de instituciones y libertades, que son lo más contrario que pueda imaginarse a la sociedad de los anti-sistema.

Lo natural es pasar hambre y penalidades, padecer enfermedades sin cuento y, expuestos a muerte violenta o sumidos en la superstición, vivir bajo la férula de déspotas caprichosos. Como dijo Thomas Hobbes en 1651, la vida en el estado natural es "solitaria, pobre, desagradable, brutal y breve". Su sentencia sigue siendo válida. Por eso Adam Smith tituló su libro de 1776 De las causas de la riqueza de las naciones y no de la pobreza. Lo fácil es ser pobre. Para que cunda el bienestar, es necesario que se respete la propiedad privada, se cumplan los contratos, haya un gobierno honrado que defienda los derechos humanos y se abran los mercados, incluso la Unión Europea, al comercio internacional. ¡Muy difícil! Tampoco es cierto que la pobreza esté aumentando con la globalización del comercio y de las finanzas. Voy a tomar cifras de las Naciones Unidas, un organismo internacional que los anti-sistema parecen respetar. Comenzaré comparando el crecimiento económico de los países desarrollados y los que están en vías de desarrollo. De 1981 a 1990, el crecimiento de la producción de los desarrollados fue mayor, aunque ambas positivas, un 2,7% de media anual de los ricos frente a un 2,4% de los pobres. Pero en los años que van de 1991 a 1997, el orden se ha invertido: cada año ha habido un crecimiento de los subdesarrollados superior en más de dos puntos porcentuales; y en el 1998 y 1999, virtual igualdad. No es casual el que todos los años, del 81 al 98, el comercio haya crecido mucho más que el PIB. ("World Economic and Social Survey, 1999").

Bjorn Lomborg, en The Economist, cita fuentes de la ONU para señalar que la producción agrícola per cápita en el mundo

subdesarrollado ha aumentado un 52% desde 1961. Del año 1961 al 1998, la ingesta alimenticia por persona en esa zona ha aumentado de 1.932 calorías, con la que casi es imposible mantenerse vivos, a 2.650. El mismo autor toma de esas fuentes la proporción de personas que sufrían de inanición en 1949: el 45% frente al 18% en la actualidad.

Naturalmente, no basta con índices de producción y alimentación para acercarse a una medida del bienestar. En el “Informe sobre desarrollo humano, 1999”, la ONU aplica un Indice de desarrollo humano de tres dimensiones: producción, alfabetización y esperanza de vida. Pues bien, de los 79 países incluidos en ese índice entre 1975 y 1997, sólo Zambia ha sufrido una caída. De los demás, hay 54 que se han acercado al máximo en más de un 20%. Entre los que más han adelantado se encuentran, no sólo Singapur, Corea del Sur y Hong Kong, sino también Indonesia, Egipto y Swazilandia.

¡Qué molestas son las estadísticas para los dogmáticos!

Popper y el nacionalismo

16/8/2002

Hace cien años nació Karl Popper en la Viena imperial. Al celebrar la obra y la persona de mi maestro debo recordar a catalanes, vascos y castellanos la firmeza con la que rechazó los nacionalismos de toda índole. Había nacido en un estado plurinacional, en el que podían integrarse y prosperar incluso las personas de etnia judía como él. Disuelto el Imperio Austro-Húngaro tras la Primera Guerra, Popper tuvo que abandonar para siempre una república austriaca cada vez más enferma de nacionalismo alemán, e integrarse en la cultura abierta del mundo de habla inglesa.

Tomo un solo detalle de la recentísima biografía de Malachi Hacohen sobre "Los años formativos de Popper, 1902-1945". Refugiado en Nueva Zelanda, se presentó Popper voluntario al ejército neozelandés en cuanto tuvo noticia del estallido de la Segunda Guerra. Por suerte para la filosofía no fue aceptado y dedicó esos años a lo que él llamó "su esfuerzo de guerra", a la composición de La sociedad abierta y sus enemigos (1945).

Su actitud cosmopolita no le impidió, pues, una adhesión patriótica a la sociedad y los valores que había elegido, pero recuerdo bien el horror que le inspiraba toda ideología nacionalista, no sólo la totalitaria de Hitler, o Mussolini, sino todos los nacionalismos, incluso los aparentemente justificados por la persecución, como el sionismo. "La idea de que existen unidades naturales como las naciones, o los grupos lingüísticos y raciales, es enteramente ficticia. El intento de ver el estado como una unidad 'natural'

conduce al principio del estado nacional y a las ficciones románticas del nacionalismo, el racialismo y el tribalismo". Popper condenaba así la idea de que las naciones, los estados, las clases sociales eran algo más que modelos interpretativos de fenómenos sociales que debían analizarse en términos de individuos, sus deseos y sus acciones. La creencia en la realidad metafísica de la nación, lo sagrado de la lengua nacional, lo permanente de la identidad racial, debía poder desentrañarse, para así echar las bases de una sociedad crítica y abierta.

Nacida con la Revolución francesa, la exigencia de que toda nación alcance el rango de estado es una ideología que, paradójicamente, se difundió entre los pueblos agredidos por Napoleón en nombre del estado-nación francés: como muestra, vean esta frase de Hegel, citada por Popper: "una Nación que no ha tomado la forma de Estado –una mera Nación– no tiene, estrictamente hablando, historia; como ocurre con las Naciones en estado salvaje". Elevado el nacionalismo a principio sagrado durante la Guerra del catorce, fue el origen de la atomización de Europa en estados inviables, y la base del fascismo y el nazismo. Cuando, tras la Segunda Guerra, los europeos empezamos a apartarnos del nacionalismo, las colonias recién liberadas lo tomaron como coartada de toda clase de excesos. Así, la democracia que Popper definió de forma minimalista, como el régimen que permite cambiar de gobierno sin derramamiento de sangre, se ha pervertido insensiblemente, hasta significar el plebiscito continuo de la nación en marcha.

En un ensayo que tituló "Hacia una teoría racional de la tradición", se opuso Popper al racionalismo que se burla de todas las costumbres que conforman la tradición de las sociedades y pretende hacer tabula rasa de todos los tabúes a los que

instintivamente nos atenemos. Las tradiciones desempeñan una función esencial en la vida social, la de crear un cierto orden y la de ofrecernos una base sobre la cual actuar. La facilidad de trato con quienes han sido educados en la misma cultura, las costumbres de puntualidad y honradez inculcadas en la familia, la escuela, el trabajo, son el efecto de tradiciones que facilitan la vida en común. Este tipo de regularidades se extiende al campo político: damos una adhesión crítica y civilizada a las tradiciones y costumbres de nuestro país porque así se crea una expectativa de solidaridad, de juego limpio, de colaboración espontánea que hace de nuestra Constitución algo más que un texto legal.

Pero una cosa es el rechazo de toda tradición comunal y otra el examen crítico de las costumbres sociales. Debemos poder distanciarnos de nuestros hábitos, para no caer en la intolerancia fuertemente emocional que a veces caracteriza el tradicionalismo y el nacionalismo.

Para Popper, esas actitudes traslucen un miedo a la sociedad abierta, que a veces parece tan fría e impersonal que podría llamársele “la sociedad abstracta”. A los hombres nos gustan los grupos concretos, y nos desazonan las grandes masas, los inesperados movimientos de precios, el exceso de información, la continua necesidad de tomar decisiones. Esa angustia de la sociedad abierta hace que olvidemos a menudo sus beneficios, como son el contraste de las ideas, la libertad de anudar relaciones personales, las oportunidades de creación e innovación, la mejora nunca soñada de nuestro nivel de vida. El nacionalismo es una de las formas de resistencia frente a la gran revolución que es el paso de la sociedad cerrada a la abierta.

Nada hay inevitable en los asuntos humanos. No tenemos que unirnos al rebaño de rinocerontes que invade las calles de la ciudad, como en la reveladora obra de Ionesco. Si comprendemos el fenómeno nacional, podremos salvar de la superstición orgánica nuestras democracias individualistas, tolerantes y plurinacionales.

Competencia en el comercio

24/11/2002

Confieso que no soy neutral en materia de libre competencia y he notado con tristeza la hostilidad contra todo lo que signifique competencia de tantos responsables de comercio en las distintas Autonomías, entre otras la de Cataluña.

La libre competencia tiene mala prensa. Se la retrata como un mecanismo darwiniano, de guerra de todos contra todos, en que el pez grande se come al chico, y cuyo resultado es empleo y producto "basura" y la monopolización del mercado por grandes tiburones multinacionales: sólo la continua vigilancia de las administraciones públicas evita todos estos males y consigue defender el modelo de sociedad elegido por el pueblo contra la corrosión globalizadora. ¿Exagero? No crean. No hace falta señalar a monsieur Bové para confirmar que hay quien piensa así: miren en derredor.

Para hablar de estas cuestiones con sosiego, lo primero es decir que todos los beneficios del comercio y de la actividad económica en general se obtienen cuando los tratos son voluntarios. La ley es necesaria para impedir que nadie obtenga beneficio empleando la violencia, el engaño o la coacción. Dicho de otra forma, la actividad comercial debe estar basada en el acatamiento de la autonomía individual, el respeto de la propiedad privada y el cumplimiento de los contratos. El sistema de la libertad natural, como lo llamaba Adam Smith, excluye pues la persecución del propio interés por la violencia física, moral o política, cual sería el apedrear farmacias que quieren abrir 24 horas al día o conseguir que el gobierno niegue una licencia de apertura a un competidor.

Dicho esto tan elemental, veamos cuáles son los mecanismos y los efectos de la libre competencia. Son dos los conceptos de competencia que empleamos los economistas para analizar los mecanismos que hacen de la economía de mercado una fuente de bienestar. Uno es el concepto estático de competencia perfecta y otro el dinámico. Ambas son nociones abstractas, como siempre ocurre con los conceptos científicos, que no hay que juzgar por su realismo sino por su poder explicativo. El concepto estático toma una foto fija de un mercado para ver si en un momento dado hay suficientes competidores. El dinámico toma una película del sector o de la economía para ver si, cuando una empresa obtiene beneficios extraordinarios, aparecen rivales dispuestos a entrar en busca de una parte de tan pingüe negocio, abaratando precios o multiplicando ofertas, para beneficio de los consumidores.

El concepto dinámico es el que aplica el Tribunal de Defensa de la Competencia español. Así, en el reciente Informe sobre la compra de una cadena de supermercados, no ha visto en esa fusión más peligro para la libre competencia que las barreras de entrada en el sector de la distribución comercial colocadas por la Generalidad de Cataluña, que “perjudican el auténtico sentido de la competencia, como es la garantía del libre acceso y salida de los mercados de forma libre y lealmente”.

El concepto estático de la competencia es muy útil para analizar determinados problemas analíticos, mas para entender y regular un sector tan ágil como es el del comercio hay que tener paciencia y ver la película completa. La libre competencia se entiende mejor comparándola con el deporte que con la guerra. Cuando el Barça y el Madrid se enfrentan en el Nou Camp, el juego es de suma cero, porque uno gana y otro pierde, incluso si hay empate, que

perjudica a quien juega en casa. Vista estáticamente, la competencia comercial es también un juego de suma cero: los clientes que se lleva un comerciante no se los lleva su competidor. Pero en otro plano, el fútbol es un juego de suma positiva: si el partido es emocionante y los jugadores se parten el pecho, los espectadores quedan encantados, la audiencia de televisión aumenta, los clubes ganan más dinero, los jugadores pueden comprarse ese Ferrari con el que soñaban... Cuando los comerciantes compiten abaratando los precios, mejorando el producto, devolviendo el dinero a los clientes insatisfechos, aceptando pedidos por Internet y llevándolos a domicilio, o cambiando los modelos cada quince días, la competencia comercial beneficia a todos.

Haré tres reflexiones más, la primera sobre los tiburones empresariales. Fue san Agustín quien primero dijo eso de los peces grandes y chicos: que me perdone el santo, pero ¿cómo es que hay tantos peces chicos en la mar? He comparado las listas de las veinte primeras empresas de Estados Unidos en 1992 y 2002 según la revista Fortune: medidas por ventas, a los diez años sólo quedaban ocho de veinte; medidas por beneficios, ocho; y por capitalización, diez. Las grandes empresas también quiebran, ¿no les parece? Segunda reflexión. Estarán de acuerdo en que la competencia ha mejorado la calidad de nuestros comercios, grandes y pequeños. Tercera reflexión. En el deporte del comercio y las ferias parece estar ganando Madrid, más abierta y liberal, a Barcelona, más conservadora y recelosa. Pero no desesperen: la competencia deportiva empuja a todos a superarse.

Microcrédito

13/12/2002

Los salones de la Fundación Rafael del Pino estaban llenos de un público de voluntarios de ONGs, profesores de Universidad, banqueros y empresarios, para oír a Muhammad Yunus, el inventor del sistema de microcréditos para los más pobres de los pobres. El profesor Yunus consiguió entusiasmar a su auditorio con el éxito del Banco Grameen, que fundó en 1976 en Bangladesh sobre la base de un principio entonces revolucionario: que es posible prestar sin garantía ni aval a quienes no tienen donde caerse muertos, porque en su inmensa mayoría devolverán puntualmente principal e intereses, por pundonor y decencia, pese a no haber firmado contrato alguno ni temer que los arrastren ante los tribunales.

El montante de los préstamos es por término medio de 75 dólares y no pasa de un máximo de 300 dólares si es para construir o mejorar la vivienda. La devolución es por plazos semanales, siempre a interés simple: los créditos para la educación, al 5%; para reconstruir la vivienda, al 10%; y para microempresas, al 20%. No hay préstamos al consumo, pues la casa, para pobres que quieren que sus hijos estudien, que cultivan un huerto o tienen una vaca o unas gallinas en el corral, que producen prendas con una máquina de coser, son un lugar de inversión y trabajo.

Quizá lo más reconfortante del sistema creado por Yunus es que, en un país musulmán, el 95% de los 2,5 millones de prestatarios de su banco sean mujeres, pues la experiencia ha demostrado que son más cuidadosas que los hombres en la administración del dinero.

El préstamo a la madre de familia garantiza mejor el cuidado de la nueva habitación familiar, la presencia de los hijos a la escuela pública, el cuidado y buen uso de los animales o máquinas comprados para la microempresa. El banco Grameen tiene abiertas 1.175 sucursales, también administradas por mujeres, en 41.000 pueblos de Bangladesh. El total de los créditos pendientes es de 192 millones de dólares con una tasa de devolución del 98,45%.

La idea de Yunus se ha extendido ahora a 28 países del Tercer Mundo, desde Bolivia hasta Zambia, pasando por Kosovo, pese a las dificultades de aplicarla en circunstancias sociales muy distintas. Incluso en Bangladesh, el banco Grameen ha pasado por situaciones comprometidas, como las catastróficas inundaciones de 1998, que tuvieron a la mitad del país bajo el agua durante diez semanas. El banco se endeudó para ayudar a sus clientes, pero ya pudo devolver enteramente este préstamo extraordinario al reanudar sus deudores la devolución de los créditos. Para mí, el detalle más revelador del encuentro fue la opinión del profesor Yunus sobre las ayudas públicas, los subsidios de paro y pobreza. La superación de la pobreza, dijo, exige devolver la dignidad a los necesitados, mostrando confianza en su honradez y laboriosidad, ofreciéndoles un mínimo capital para invertir en sus hijos, su hogar o su empresa, dándoles los medios para producir algo que la sociedad esté dispuesta a comprar. El subsidio, añadió, engancha y corrompe. En los pasillos se oyó decir a un hombre de empresa: “¡Yunus es un verdadero liberal!”

Tipo bajo y parejo

26/1/2003

La conveniencia de un tipo único en el impuesto sobre la renta de las personas físicas y sobre los beneficios de las sociedades se está abriendo camino en la opinión ilustrada. Es sintomática la tendencia a reducir los tramos del impuesto sobre la renta en un número creciente de países. Aún más notable es que en España el aspirante socialista a ministro de Hacienda, Jordi Sevilla, haya propuesto algo que se acerca mucho al tipo y tramo únicos. En defensa de esta idea de simplificar drásticamente la estructura de los impuestos milita el hecho de que la cacareada progresividad sólo la sufrimos quienes vivimos de una nómina; y que las exenciones, reducciones y beneficios fiscales en el impuesto de sociedades distorsionan la estructura industrial. Mas hay otro argumento al que sólo se presta una atención superficial: la proliferación de expertos, burócratas y "lobbyistas" fomentada por la complicación impositiva.

El título de este artículo está tomado de una expresión corriente en Chile, donde el arancel es en efecto "bajo y parejo", es decir, que se cargan unos derechos de aduanas reducidos e iguales sobre todos los bienes que se importan. No es casualidad que Chile sea uno de los dos países latinoamericanos, junto con México, libre de los males típicos de esa región. A los mexicanos les beneficia su creciente conexión con Estados Unidos. A los chilenos les favorece mucho la apertura de sus intercambios exteriores: tienen firmados tratados de libre comercio con el ALCA y la UE y en todo caso cargan el mismo arancel "bajo y parejo" sobre las importaciones de los demás países del mundo, aunque no les traten a la recíproca.

Pues bien, el mismo concepto es aplicable a la fiscalidad interior de los países. Con un tipo del 15% en el impuesto sobre la renta y del 14% en el IVA bastaría para mantener el ingreso público. Pero habría de ser sin excepciones. Esta propuesta es revolucionaria pero todo se andará, siempre que no prestemos oídos a los defensores de intereses especiales en busca de exenciones y subvenciones.

El malogrado Mancur Olson, en su libro de 1982 sobre El auge y declive de las naciones, escribió párrafos luminosos sobre las causas y efectos de la creciente complejidad de la legislación fiscal. Los asesores empiezan por buscar huecos en la legislación por los que colar a sus clientes; los funcionarios entonces diseñan nuevas normas para tapar esos huecos; los asesores encuentran otras maneras de evitar legalmente el pago del impuesto; y así ad infinitum. Cuanto mayor es la complicación de las normas, más necesarios son los servicios de expertos legales y contables, y mayores las oportunidades para que los funcionarios del Fisco puedan coronar su carrera pública yéndose a la empresa privada. Por otra parte, esa complejidad permite a diputados, consejeros autonómicos, ministros del Reino atender a las peticiones de su clientela política: aquí una enmienda para eximir la empresa familiar del impuesto de sucesiones; allá una carga discriminatoria sobre las grandes superficies; acullá una reducción del IVA para los restoranes o del impuesto de sociedades para pequeñas empresas. Cuanto más complicados son los impuestos y sus reglamentos, más difícil es que los favores sean visibles. De esta forma, todos contentos: los favorecidos y favorecedores, al loro; y el público, en las nubes.

Lejos de mí el sugerir que estas personas hacen nada ilegal. Todos los que conozco son profesionales serios y escrupulosos. Sólo digo que falla el sistema. Si la complicación demagógica de los impuestos incita a que se dediquen más y más recursos a la actividad de influencia política, el resultado inevitable será que se dediquen cada vez menos a la producción de bienes y servicios. Bajos y parejos.

La vieja Europa

27/2/2003

La denominación de “vieja Europa” dirigida a Francia y Alemania por Donald Rumsfeld, Secretario de Defensa de Estados Unidos, queda justificada por razón del pacifismo y ánimo colectivista de los gobiernos de esos dos países. Sin embargo, debe extenderse a otros países e instancias, por ejemplo, a la convención Europea que está preparando un Tratado Constitucional con asomos de intervencionismo, bajo la batuta de ese viejo lagarto de Giscard d’Estaign.

La crisis de Irak ha hecho aflorar tensiones soterradas en el seno de la UE. Han aparecido graves diferencias de actitud respecto de EE.UU., evidenciadas por la carta de ocho primeros ministros en el Wall Street Journal, apoyada luego por los candidatos del Pacto de Vilnus. Se ha producido una fractura en el seno de la OTAN, apenas disimulada cuando Alemania, Francia y Bélgica han dado marcha atrás en su negativa a defender a Turquía. Se ha evidenciado así la disconformidad de la mayoría de los países miembros y candidatos con Francia y Alemania por arrogarse, en el antiguo palacio del Rey Sol, el papel de líderes incuestionables de la UE.

Los documentos preparatorios de un Tratado Constitucional publicados por la Convención Europea revelan una intención general de los allí reunidos de repetir a nivel el tipo de socialdemocracia contra la que luchó lady Thatcher. Lejos de pretender un texto formal mínimo, de procedimientos para gobernar la Comunidad, la Convención pretende imponer a la chita

callando un determinado modelo social en Europa. El artículo 1 del borrador de Tratado Constitucional proclama que "la Unión obrará en pro de una Europa con desarrollo sostenible basado en un crecimiento económico equilibrado y en la justicia social, con un mercado único libre y una unión económica y monetaria, persiguiendo el pleno empleo y generando un alto grado de competitividad y un nivel de vida elevado".

Esta hermosa declaración es contradictoria e inquietante. Un nivel de vida elevado no se alcanza a fuerza de decretos sino que es el resultado espontáneo de la competencia empresarial en un mercado abierto. Asimismo, el pleno empleo no se consigue persiguiéndolo los políticos directamente, sino haciendo lo que Alemania y Francia no quieren, a saber, haciendo flexible el mercado de trabajo. Por otra parte, la competitividad depende de la aparición de determinados incentivos, precisamente los que los retóricos de la justicia social condenan como desequilibrios inaceptables. Ese mismo artículo 1 propone que se aliente "la solidaridad entre generaciones", un eufemismo para designar las pensiones públicas de reparto y constitucionalizarlas, a pesar de que anuncian quiebra. Entretanto, el derecho de libre empresa y el de propiedad privada no se mencionan en el texto principal y sólo aparecen de refilón en el anexo que contiene la "Carta de derechos fundamentales de la UE".

Otro ejemplo de buenas intenciones es el Art. 6, que prohíbe "toda discriminación ejercida por razón de nacionalidad". Nada habría que objetar si se contentara con proclamar la igualdad de todos los europeos ante la ley. Pero redactado así y complementado por la Carta Social de la UE, resultará contraproducente; más aún, visto el Art. 12 del Proyecto, que hace de "la política social y la cohesión

económica y social” una “competencia compartida entre la Unión y los Estados”. Cuando los inmigrantes del Este puedan reclamar en Alemania los mismos beneficios sociales que los alemanes, aunque estén sin trabajo, el gasto alemán se multiplicará. La respuesta natural del gobierno alemán será la ya aplicada a los “Länder” de la antigua República Popular: moneda única y subvenciones para fijar la población en el Este. Si además los Estados miembro de Centroeuropa toman medidas para prohibir el llamado "dumping social” (en román paladín, “competencia internacional”) de los miembros más pobres, pueden aparecer varios “Mezzogiorno” a la italiana en los Estado candidatos.

Sueños lunáticos

6/4/2003

Mientras los europeos descubren sus profundas divisiones, la Convención Europea sigue sus trabajos como si tal cosa. Falta acuerdo sobre la moneda, la política social, la defensa, la OTAN, las relaciones con EEUU, la integración de nuevos miembros, la ubicación del poder. Tiene que nacer una Europa nueva, bien distinta de la que está alumbrando la Convención presidida por M. Giscard d'Estaign.

Empecemos por lo más pedestre: el euro. Desde el punto de vista económico, es indiferente qué moneda corre en un país, mientras esté bien gestionada y libre de control de cambios. Aparte problemas de transición, no creo que el Reino Unido fuera a sufrir más que otros países por la política monetaria ortodoxa del Banco Central Europeo: en realidad, sufriría menos, gracias a la mayor flexibilidad de su mercado laboral. Tampoco veo mayores razones para abandonar la libra esterlina, que ha sido bastante fiable, dentro de lo que acostumbran las autoridades monetarias. Pero la moneda única es principalmente un instrumento político, para conseguir "una unión cada vez más íntima de los pueblos de Europa". Visto el comportamiento traicionero de franceses, alemanes y belgas durante la crisis de Irak, no creo que el pueblo británico vaya a aceptar ese euro político, inventado en Bruselas, Bonn y París. Para quienes creemos que la única posible garantía de estabilidad financiera es que haya varias monedas que compitan entre sí para atraer los inversores, no es nada malo que haya dos divisas en Europa.

Forman sin duda parte de nuestras malas tradiciones la semana laboral de 35 horas, las jubilaciones a los 50 años, los balnearios gratuitos para trabajadores en estado de tensión nerviosa, los sindicalistas metidos a consejeros de administración, los dos años de subsidio de paro, el puesto de trabajo garantizado. Pero en la sociedad mundializada del nuevo siglo la prosperidad se obtiene de otra forma. La Europa periférica, la del espíritu de Lisboa, la recién liberada del yugo soviético, se siente atraída por el ejemplo americano.

Pocas quimeras más patéticas se han visto que la de pensar que Europa vaya a poder hablar de tú a tú a EEUU en materia de seguridad militar. La vieja Europa sueña con un mundo de bondad universal y en el que no hay peligro que no se pueda conjurar con cariñosas reconvenciones. En Kosovo tuvieron que venir soldados y aviones del otro lado del Atlántico para meter en cintura a Milosevič. En Afganistán e Irak, los estadounidenses han recibido el único apoyo de los británicos, mientras el otro ejército que hay en Europa jugaba a la guerra en Africa, sin permiso de la ONU. En el fondo, ningún Estado europeo está dispuesto a romper con EEUU, pues les dejan usar las bases y el espacio aéreo sin protestar demasiado. Si queremos tener una política de seguridad propia, tendrá que ser modesta, limitada a nuestro continente, y basada en una OTAN con los americanos dentro, si es que no echamos a pique esta organización con desplantes imprudentes.

La marea de antiamericanismo que amenaza con anegar nuestra vida pública no tiene más diques que unos gobiernos perspicaces que han tomado partido por los EEUU, y unos pueblos del Este aferrados a una democracia que deben a los yanquis. Nuestra civilización occidental, común a ambos lados del Atlántico, levanta

ampollas en otras sociedades, que envidian su prosperidad y poderío sin comprender sus fundamentos. Divididos caminaremos hacia la barbarie, unidos quizá consigamos extender la cultura de la libertad por todo el globo.

En una reciente cena de mandatarios de la UE, a la que invitaron a los países candidatos, se permitió el presidente francés reconvenir al primer ministro de un pequeño país eslavo por su postura de apoyo a EEUU en el Consejo de Seguridad y recordarle que ésa no es la mejor forma de ser aceptado en la Europa de los 25. No se dignó prestar atención a la mesurada contestación del increpado. Sólo a los postres volvió a dirigirse a él, llamándole votre Majesté, como era debido. Aún cree Chirac que Francia y Alemania pueden gobernar la UE a su antojo y conveniencia. Nunca nos alegraremos lo bastante de haber tenido el generoso gesto de abrir las puertas de nuestro club a tantos nuevos europeos.

Ante el esperanzador panorama de disconformidad, desacuerdo y transformación que vemos en nuestro continente, las labores de la Convención Europea adquieren una dimensión onírica. El proyecto de Constitución es, o bien vacío y contradictorio, o bien reglamentista y conservador. El primer artículo de los 28 hasta ahora destilados por el presidente d'Estaign no pasa de ser un galimatías inquietante. "La Unión obrará en pro de una Europa con desarrollo sostenible basado en un crecimiento económico equilibrado y en la justicia social, con un mercado único libre y una Unión Económica y Monetaria, persiguiendo el pleno empleo y generando un alto grado de competitividad y un nivel de vida elevado": mucho desarrollo sostenible pero nada de propiedad privada ni libertad de empresa. Un nivel de vida elevado no se alcanza a fuerza de decretos, sino que es el resultado de la

competencia empresarial en un mercado abierto. Pero no se pierdan la frase que sigue: “la Unión desarrollará la investigación científica y tecnológica, incluida la exploración espacial”. Propongo que enviemos a M. Giscard d’Estaign no a la luna sino al planeta Marte. Inquisición y racismo

Mayo de 2003

Benzion Netanyahu, padre del político israelí, ha dedicado su larga vida de investigador a la historia de los marranos, al crecimiento del antisemitismo durante la Edad Media en España, a la creación del Tribunal del Santo Oficio y consiguiente expulsión de judíos y moriscos de la Península. Su libro Los orígenes de la Inquisición (Crítica, Barcelona 1999), pese a su longitud, es casi demasiado absorbente. Los retratos de Álvaro de Luna, Enrique IV de Castilla, Fernando el Católico, los persecutores como el sevillano Ferrán Martínez y el toledano Marquillos, el santo iluso Vicente Ferrer, el papa Luna, Pablo el obispo converso de Burgos, vistos por Netanyahu convencen al lector de que la biografía histórica es un género muy superior al hoy tan apreciado de la novela histórica.

La tesis de Netanyahu es que la persecución de judíos y conversos por los cristianos viejos en los diversos reinos de España, desde el siglo XIV en adelante, no tuvo motivos principalmente religiosos, sino que estuvo originada en una rivalidad económica, social y política, que finalmente derivó en simple racismo y ya en el siglo XVII en la manía de la "limpieza de sangre". El pueblo bajo de Andalucía, Valencia, Cataluña, Castilla y León, los representantes de las ciudades en las Cortes de esos Reinos, los predicadores populares, los frailes ansiosos de poder, fueron los que una y otra vez aprovechaban momentos de vacío de poder para lanzarse al

saqueo de las juderías y para desbancar a los conversos de una prominencia laboriosamente conseguida. Los reyes y a menudo la gran nobleza defendían en cambio a quienes eran sus administradores, médicos, funcionarios y banqueros contra la sañuda envidia del pueblo soberano. La Iglesia de Roma misma sostuvo casi siempre que discriminar contra los conversos era contradictorio con la labor de evangelización que Jesucristo había señalado. Cuando, por fin, Fernando de Aragón consiguió que Sixto IV promulgara en 1478 una bula permitiéndole nombrar inquisidores para Andalucía, lo hizo para encauzar y limitar a los posibles herejes el sentimiento popular de condena y rechazo de todos los conversos.

El libro es especialmente instructivo para quienes no entienden los peligros que se derivan de la coincidencia entre poder político y sentimiento nacional. Un punto de vista "democrático" nos llevaría a ponernos del lado de las autoridades municipales y los representantes en Cortes de las ciudades en su pleito contra los artesanos, médicos, recaudadores, judíos, y los funcionarios, administradores, jueces, escribanos, clérigos conversos. Los reyes de Castilla e incluso de Aragón, sin embargo, siempre que pudieron aplicaron la ley para defender a esas útiles minorías. Las fuerzas vivas de un pueblo o una nación sin duda deben poder expresar sus intereses y participar en el gobierno de sus asuntos, pero permitirles que concentren toda la potestad es peligroso. La libertad de las minorías en sociedades con profundos sentimientos religiosos o comunitarios depende de la existencia de instituciones abstractas y neutrales que se mantengan en lo posible "au dessus de la mélée". Nada hay tan deprimente de la libertad y la variedad humanas como una sociedad infusa de su ambición colectiva como pueblo, cuando faltan las barreras de la imparcialidad estatal. Los

reyes visigodos arrianos, los reyes castellanos de la dinastía Trastámara, nos enseña Netanyahu en esta lacerante historia de persecución racial, utilizaron el poder de la monarquía siempre que pudieron para defender a sus súbditos más fieles y más necesitados de protección, sus judíos, sus conversos y sus moriscos.

La historia de persecuciones de los judíos en Europa es muy antigua y cabe preguntarse el porqué. Para Netanyahu, los judíos, como grupo extraño al común de la población, buscaron apoyo del poder central desde el tiempo de los Ptolomeos en Egipto y de Roma bajo el Imperio: eran los funcionarios y recaudadores de contribuciones de los conquistadores, lo que les enfrentaba con la población autóctona. Algo semejante debió de ocurrir en la Península ibérica. En todo caso, las matanzas, expoliaciones, destrucción de títulos de crédito recurrían en cuanto flaqueaba el poder del Estado. Las primeras conversiones masivas tuvieron lugar tras los disturbios de 1391, iniciados en Sevilla y comunicados a las principales ciudades cristianas por grupos de agitadores, que sabían aprovechar el creciente odio popular contra los judíos.

Las conversiones al cristianismo a consecuencia de esa persecución fueron en su inmensa mayoría sinceras y constantes, pero los cristianos viejos no soportaban que los conversos recogieran el fruto otra vez de su característica laboriosidad y capacidad financiera y administrativa. En 1449, fue Toledo la que se levantó contra los cristianos nuevos, sometiendo al rey una "Suplicación" y promulgando una "Sentencia-Estatuto", en los que se proclamaba la sospecha de que todas las conversiones de judíos eran falsas, porque ellos estaban marcados por su "estirpe".

La creación del Santo Oficio que examinara la realidad de las herejías fue la solución menos mala que encontraron Fernando e Isabel para deshacer la idea de que todos los conversos eran falsos. El Tribunal de la Inquisición se le fue luego de las manos y se convirtió en un arma de persecución sistemática de una minoría que él se inclinaba a proteger. El título de "Católicos" les fue otorgado a los reyes cuando se rindieron al espíritu del pueblo y expulsaron a los judíos en 1492.

Destrucción creadora

30/05/2003

Los enemigos de la sociedad abierta suelen comparar la competencia económica con la guerra. En contraste con un idílico socialismo democrático, en el que las decisiones se toman por acuerdo y para bien de todos, el capitalismo salvaje progresa por medio de la lucha de todos contra todos, en la cual sobrevive el más fuerte o el que mejor se adapta al medio. Es posible que la libre competencia favorezca al consumidor durante algún tiempo, aunque al final lo deje alienado, o enajenado como se dice en castellano, imponiéndole productos innecesarios. Pero en el lado de la producción la lucha es sin cuartel. San Agustín lo resumió con una frase que ha resonado a lo largo de los siglos: en la ciudad terrenal, “el pez grande siempre se come al chico”.

Joseph Schumpeter (1883-1950) era un gran economista a quien gustaba chocar y sorprender. En cierta ocasión dijo que él era dos de estas tres cosas: el mejor jinete, el mejor amante o el mejor economista del Imperio Austro-húngaro. Su gran aportación fue refinar la idea de que el capitalismo es como la guerra, proponiendo la teoría de la “destrucción creadora”. Partió Schumpeter de la idea de que “el capitalismo, por su propia naturaleza, es una forma o método de cambio económico y ni es estacionario ni puede serlo”. El sistema se mueve empujado por “los nuevos bienes de consumo, los nuevos métodos de producción y de transporte, los nuevos mercados, las nuevas formas de organización industrial que crea la empresa capitalista”. Schumpeter subrayó la diferencia entre el mero refinamiento de tecnologías existentes y el movimiento lateral de procesos

totalmente nuevos: un sistema que utilizara sus recursos óptimamente podría con el paso del tiempo resultar inferior a otro sistema subóptimo que sin embargo fuera más innovador. El premio Nobel Theodore Schultz añadió en 1964 que una economía en proceso de cambio y crecimiento se encuentra normalmente lejos del margen de eficiencia óptima, mientras que las economías estáticas y subdesarrolladas son las que están en equilibrio de perfecta competencia. Era empresario para Schultz el que mostraba “capacidad para enfrentarse con el desequilibrio”.

Sin embargo, Schumpeter puso demasiado énfasis en que la competencia que destruye estructuras productivas existentes para sustituirlas por estructuras innovadoras. No supo subrayar uno de los aspectos positivos de la innovación, a saber, que ésta puede surgir sin necesariamente destruir la capacidad de ganarse la vida de los acostumbrados al modo antiguo de hacer las cosas, si muestran adaptabilidad al cambio. Los humanos, antes que desaparecer, somos capaces de cambiar y adaptarnos de una manera que no está al alcance de otros mamíferos. Los numerosos animales de tiro del siglo XIX no pudieron aprender a conducir y por eso se han visto reducidos a servicios de salto y paseo. Los hombres no somos mulas ni caballos.

La competencia tiene además un aspecto cooperativo que aclararé con un símil deportivo. Si el Barça y el Real Madrid se enfrentan en un partido de fútbol de la Liga, no pueden ganarlo los dos, pues incluso un empate favorece al equipo visitante. En este nivel se trata de un juego de suma cero de eliminación del contrario. Pero en un nivel superior el juego se hace de suma positiva: cuando ambos emocionan con un fútbol de calidad, eso favorece a los dos clubes y a los jugadores mismos; los ingresos de todos aumentarán,

no tanto por conseguir una mayor cuota de mercado, sino por crear un mercado más amplio. Además, es precisamente esa lucha la que espolea los jugadores a superarse, los entrenadores a imaginar nuevas tácticas, los presidentes a fichar grandes estrellas. La libre competencia comercial no tiene sólo el efecto de eliminación por "destrucción creadora" que señaló Schumpeter, sino sobre todo el cooperativo de ampliación del mercado y de superación de los contendientes.

El Código Giscard

2/7/2003

La Convención Europea presidida por Giscard d'Estaign ha concluido sus trabajos con la redacción de un Proyecto de Constitución europea que presentó a la consideración del Consejo Europeo de Estados Miembros en Tesalónica, que a su vez someterá el texto que enmiende a la decisión de una Conferencia Intergubernamental, que tendrá lugar en los meses de octubre de 2003 a marzo de 2004.

Si la frase que acabo de escribir parece complicada, atribúyanlo al efecto de la lectura del laberíntico texto producido por la Convención, que termino de leer en este momento. La longitud, alcance, complicación e intromisión de la Constitución Europea que nos preparan no se acortará ni estrechará ni aclarará ni contendrá en Tesalónica. La Constitución de los Estados Unidos consta de 9 artículos, compuestos por 18 secciones, más 24 artículos de enmienda, total 42. La Constitución española, que ya es larga y entrometida, comprende 169. El Código Giscard se extiende por los meandros de un río de 461 artículos y 5 protocolos. No, no se han vuelto locos. La sabiduría popular lo resume bien: Junta de rabadanes, oveja muerta.

Sin duda era necesaria una revisión de los Tratados de la Unión, dado el aumento de los miembros de 15 a 25 países (o 27 cuando accedan Bulgaria y Rumania). Pero el proyecto de la Convención aprovecha esta circunstancia para dar un paso más en el camino de la creación de una Federación Europea, lo que podría aceptarse si no fuera porque amenaza con entrometerse gradualmente en todos

los asuntos personales, económicos, sociales y políticos de los europeos.

Es cierto que el texto insiste en los principios de “subsidiariedad” y “proporcionalidad” en el funcionamiento de la UE. Según estos principios, la Unión deberá intervenir justo lo necesario para complementar la acción de los Estados cuando éstos se enfrenten con cuestiones que sobrepasen su capacidad o su jurisdicción. Pero el contenido del proyecto de Constitución descubre una realidad muy distinta. Son en efecto competencia de la Unión: el establecimiento del mercado único y las intervenciones para fomentar la libre competencia; la aproximación de las legislaciones mercantiles nacionales; la política económica de los Estados miembros y su supervisión por la Comisión; la política monetaria; la política de empleo; la política social; la cohesión económica, social y territorial; agricultura y pesca; medio ambiente; consumidores; transportes; investigación, desarrollo tecnológico y exploración espacial. ¿Sigo? También ha de coordinar y apoyar la salud pública; la industria europea; la cultura; la educación, la juventud y el deporte: la protección civil; la cooperación administrativa. ¿Quién da más?

Conocí a monsieur d’Estaign en el ministerio de Hacienda francés, en una ocasión en que se declaró acérrimo defensor de la empresa pública. Dirigidos por él, los redactores del proyecto olvidan un elemento esencial de las democracias liberales: el papel de la economía de mercado como dique de las posibles extra-limitaciones de la política comunitaria. En efecto, sería muy importante en una Unión tan basada en el Derecho interpretado con ayuda de principios explícitos que la Constitución inscribiera en su frontispicio la economía de mercado y la iniciativa

empresarial, el respeto de la propiedad privada y la libertad de contratación, la libre competencia y la libre formación de precios. Sólo hay alusiones perdidas en puntos lejanos del articulado. Para la defensa de la autonomía individual no bastan los derechos fundamentales del habeas corpus, la libertad de opinión, de asamblea o de asociación. Sin el espacio que la libertad de mercado proporciona a la iniciativa individual, los derechos que los socialdemócratas consideran suficientes no bastan para librar a los individuos de interferencias enfadosas: si no lo creen, pregúntenselo a los dueños de pisos vacíos, a los fumadores de tabaco u otras sustancias, a los inversores deseosos de mejores rendimientos, a las familias en busca de alimentos baratos los domingos y festivos, a los maestros ilusionados con experimentos educativos, a quienes sufren los efectos de las huelgas de servicios públicos sin poder reclamar compensación.

En el proyecto, cualquier atisbo de competencia jurisdiccional entre las legislaciones e instituciones de distintos países es tratado con sospecha. Se olvida así el poderoso mecanismo de progreso consistente en que los individuos lleven su trabajo, sus capitales, su iniciativa empresarial, su domicilio allí donde vean un futuro más halagüeño. Sólo una vez en todo el texto de la Convención he visto una alusión a los efectos benéficos de la acción espontánea de los individuos en un mercado libre y abierto.

Marjorie Grice-Hutchinson

8/05/2003

El nombre de la doctora Grice-Hutchinson, fallecida este año en Málaga a los 94 años de edad, quedará para siempre unido al sorprendente descubrimiento de una llamada "Escuela de Salamanca" de economistas del s. XVI, un grupo de clérigos y estudiosos que profundizaron en el análisis económico para resolver problemas de teología moral. Mas también hay que recordarla por su atractiva personalidad: exquisita elegancia y dulzura de trato, y una gran generosidad demostrada con la cesión de la finca de San Julián a la Universidad de Málaga para investigaciones agrarias. La claridad de exposición, el cuidado de los detalles, la siempre despierta curiosidad, y una modestia desacostumbrada en la vida académica española hicieron de ella un figura querida y admirada por cuantos tuvieron la suerte de conocerla o pudieron leer sus trabajos.

Hija de un abogado inglés afincado en Málaga, la Dra. Grice-Huthinson preparó su disertación doctoral bajo la dirección de Friedrich von Hayek. Le sugirió el tema de su tesis la lectura del libro "La época del mercantilismo en Castilla" de José Larraz. En efecto, allí vio mencionada por primera vez una "Escuela de Salamanca de Economía", compuesta por los teólogos castellanos del s. XVI que buscaron adaptar las enseñanza morales de Santo Tomás de Aquino a las nuevas circunstancias económicas de Castilla y Portugal tras los descubrimientos. Nuestra historiadora comunicó a Hayek la existencia de esos escolásticos castellanos y portugueses, que explicaban el precio de las cosas por la valoración del mercado y atribuían la inflación y depreciación de la

moneda castellana a la llegada de abundantes metales preciosos de las Indias, lo que entusiasmó al austriaco, que desconocía esos predecesores del subjetivismo y el cuantitativismo. De la tesis salió en 1952 un librito titulado "The School of Salamanca. Readings in Spanish monetary theory", selección de textos de esos teólogos-economistas, precedida de un comentario que señalaba la importancia de sus avances en la teoría de los precios relativos y del valor del dinero.

En 1978 publicó "El pensamiento económico en España (1177-1840)", reeditado en español en 1991. Un primer capítulo trata de la condena de la usura por las grandes religiones monoteístas y en especial la católica. Pese a la puesta al día de la teología de los negocios en el nuevo ambiente mercantil del siglo XVI, la Iglesia se resistió hasta muy recientemente a aceptar la legitimidad del cobro de un interés por el mero transcurso del tiempo: "El tiempo es de Dios", decían nuestros frailes economistas, y no se puede cobrar por él. Sin embargo, la realidad es muy terca y los teólogos fueron haciendo concesiones doctrinales, como la de que era lícita una compensación por demora en la devolución del préstamo o la constitución de un rédito vitalicio o incluso temporal a favor de quien cedía a cambio una propiedad inmobiliaria o una cantidad de dinero. También se declaró lícito el cobro de un interés al Rey Nuestro Señor cuando éste emitía deuda pública, ya en forma de "asientos" a favor de banqueros en los libros de la Real Hacienda, ya en forma de "juros" situados sobre rentas fiscales futuras. La Dra. Grice-Hutchinson descubría además en ese libro, con una sonrisa contenida, los viejos trucos utilizados desde tiempos del Antiguo Testamento por prestamistas y prestatarios alcanzados de fondos para disimular los acuerdos "usurarios", como era la "mohatra" o venta ficticia de la

prenda, que el prestamista revendía a su cliente a un precio más alto cuando devolvía el préstamo. En ese mismo libro, retornando a la Escuela de Salamanca, destacó la aportación de esos teólogos a la teoría del precio, pues llegaron a considerar que era justo el que "corría en la plaza, sin coacción ni engaño". Concluía con un esbozo del pensamiento de los "arbitristas" que en abundantes memoriales propusieron medidas prácticas para devolver a Castilla y los demás reinos españoles la prosperidad perdida.

La lectura de una recopilación de trabajos publicada por Alianza Editorial en 1993, con el título de "Ensayos sobre el pensamiento económico en España", quizá sea la mejor manera de acercarse a la obra de esta fina historiadora. Quiero destacar en él el trabajo titulado "Algunas contribuciones españolas a las primeras actividades de la Sociedad Real de Londres". El protagonista de esta sorprendente historia era el conde Sandwich, embajador de Su Majestad Británica en Madrid de 1665 a 1667. Lord Sandwich sostuvo una activa correspondencia con la Royal Society, institución formada apenas un año antes para el fomento de las ciencias, sobre diversos resultados de la actividad científica en la España de Carlos II . Parece imposible que hubiera investigación científica y técnica en la España de Carlos el Hechizado. El embajador se hizo lenguas del culto ambiente de que supo rodearse don Juan José de Austria, el primer ministro y hermanastro del Rey por la vía natural, que era consumado músico, pintor y orfebre. Sandwich, además de enviar el libro de Gabriel Alonso de Herrera "Obra de Agricultura" a su corresponsal en la Royal Society John Evelyn, tradujo al inglés "El arte de los metales" de Alvaro Alonso Barba, envió una máquina sembradora española, además de semillas de melón y calabaza, y comunicó observaciones astronómicas de matemáticos españoles.

La desaparición de Marjorie Grice-Hutchinson ha llenado de tristeza a todos los historiadores españoles de la economía.

El peso de la púrpura

14/10/2003

La estrechez económica, confusión política y desorden público que, según refieren los medios de comunicación, aquejan a Irak parecen abonar la postura de quienes se opusieron a la intervención de EEUU, Reino Unido y Australia en aquel país. Quienes, por el contrario, consideraban necesario derribar por la fuerza el régimen de Sadam Husein y mostrarse firmes frente al nuevo terrorismo ven esas dificultades como el costo inevitable de una acción civilizadora. Es muy difícil averiguar a distancia la verdadera importancia y gravedad de las dificultades que sufren los iraquíes, aunque los relatos de viajeros y el recuerdo de experiencias históricas me inclinan a pensar que periódicos, radios y televisiones desenfocan la situación. Sólo el tiempo dirá si la guerra ha abierto en Irak un precipicio insalvable o si gracias a ella veremos un segundo país islámico seguir el camino de Turquía hacia la democracia.

Pude oír nuestro ministro de defensa, Federico Trillo, referir su rápido viaje de visita a las tropas españolas que, junto a soldados polacos y centroamericanos, mantienen el orden en dos provincias. No quiso empequeñecer las dificultades con las que se enfrenta la acción de los aliados. El restablecimiento de un mínimo orden es condición indispensable para que el país pueda funcionar en lo político y lo económico. Es cierto que, excepto en Kurdistán, todos los días ocurre algún acto terrorista por mano de partidarios del depuesto sátrapa. La inseguridad explica que colegios y universidades aún no hayan abierto sus puertas. Falta en muchas poblaciones combustible para los hogares. Explicó el ministro la

dificultad de obtener piezas de recambio mayormente francesas y rusas para los equipos de los servicios públicos, por lo que no se ha restablecido aún el suministro de agua potable y electricidad en todas partes.

Sugirió sin embargo Trillo que los corresponsales de guerra no fueran quizá los mejores reporteros para analizar la administración de la paz. Una muestra de la exageración de algunas denuncias es la del saqueo del Museo Nacional de Irak. Se habló de 170.000 de piezas robadas durante los primeros días de la ocupación. Ahora se ha sabido que antes de la guerra se puso en marcha un plan de salvaguardia de las piezas, tanto en los sótanos del museo como en almacenes distantes. De lo expuesto en las galerías públicas, escribe David Blair del Daily Telegraph de Londres, se encuentran otra vez en las estanterías y vitrinas todas las piezas más famosas e importantes, a falta de 32. De una caja fuerte subterránea desvalijada con ayuda de llaves y claves faltaron unos 3.000 objetos, de los que han devuelto 2.900. Parece que los americanos no han perpetrado pues la destrucción de la memoria histórica de Mesopotamia.

El presidente Chirac, afectado de folie de grandeur, pidió hace poco que los estadounidenses traspasaran la soberanía al Consejo de Gobierno provisional en el plazo de un mes. El plan del Paul Bremer, el administrador civil de Irak, parece mucho más sensato. Primero ha pedido al Consejo provisional un texto constitucional, que debería haberse entregado en septiembre pero cuya redacción ha tropezado con las diferencias entre chiítas, sunnitas y kurdos. Al propio tiempo ha encargado la confección de un censo electoral que permita garantizar la limpieza del segundo paso, a saber, unas elecciones nacionales limpias. Por fin el tercer paso será la

creación de un Gobierno de coalición entre las diversas etnias y la aprobación de la Constitución. Nosotros los españoles tardamos tres años en andar ese camino, desde la muerte de Franco en 1975 hasta la aprobación de nuestra ley fundamental en 1978. ¡Un mes, dice el megalómano!

Al propio tiempo, debe avanzar la reconstrucción económica. Durante el siglo XX, ha cambiado notablemente la actitud de las grandes democracias vencedoras en una guerra. Después de la Primera Guerra Mundial, Francia, el Reino Unido y EEUU exigieron a los imperios centrales cuantiosas reparaciones. Tras la segunda, EEUU ayudó a aliados y enemigos con el Plan Marshall. Ahora no cabría en cabeza alguna que los americanos decomisaran los pozos de petróleo iraquí para resarcirse de los gastos de guerra. Se ha calculado en 70 mil millones de dólares la suma necesaria para reconstruir Irak en el medio plazo. El presidente Bush ha comunicado al Congreso que va a necesitar la no despreciable suma de 20 mil millones de dólares durante el próximo año.

Las ayudas son útiles, pero las reformas monetaria y económica son esenciales, como lo demostró el milagro alemán basado en las medidas liberadoras del canciller Erhard en 1948. La administración americana ha empezado a transformar el país en una verdadera zona de librecambio. La tarifa del arancel se reduce al 5%. El dinar de Saddam se sustituye por una nueva moneda estable. Habrá libertad de inversión extranjera y de repatriación de dividendos. Se venderán todas las empresas públicas, excepto el petróleo, que será un monopolio del Estado administrado por el nuevo Banco central. Así se acabarán cuarenta años de socialismo

Ba’ath. Irak aún puede sorprendernos, espero que a tiempo para la reelección de George Bush.

Rentas políticas

04/11/2003

La búsqueda de rentas políticas es la persecución socialmente perniciosa de transferencias de riqueza con ayuda de los poderes públicos. El análisis de estas actividades comenzó con la controversia sobre los aranceles proteccionistas en el comercio exterior. Un economista de origen austriaco, Gottfried Haberler, argumentó en 1936 que la protección otorgada a una industria nacional no causaba grandes pérdidas para el conjunto de la sociedad si, en vez de utilizarse el arancel para fomentarla, se beneficiaba a los fabricantes nacionales con un subsidio directo, financiado con impuestos generales. El arancel exterior encarecía el bien importado, lo que forzaba a los demandantes a consumir menos, a precios más altos. Mas esa pequeña pérdida de bienestar incluso se podía evitar si la protección se convertía en una transferencia fiscal, en una mera redistribución de la riqueza de consumidores a fabricantes.

Gordon Tullock dio un gran paso adelante en el análisis de la utilización del poder político para conseguir rentas al margen del proceso productivo. En 1967, señaló que los esfuerzos para conseguir rentas políticas acabarían por disipar todo el beneficio que un grupo de presión pudiera obtener con ayuda de la Administración. El gasto en servicios de abogados y economistas, en asociaciones patronales, relaciones públicas, campañas de opinión, contribuciones electorales llevaría a los competidores por el favor político a un punto de equilibrio en el que la renta política obtenida se había perdido en las arenas del lobby. Lo más grave es que, en ese punto final, la productividad económica se habrá visto

reducida por efecto de la intervención, sin ningún beneficio neto para los contendientes.

El mal no para ahí. Una vez creado el arancel, o controlados los precios de frutas y verduras, o prohibido el descuento de libros, o limitados por ley los horarios y días de apertura comercial, el gasto de lobby continúa para defender la situación obtenida, o, si ésta es estéril, para volver a la situación competitiva y tirar por la borda todo el esfuerzo realizado. Aparecen pues nuevos gastos no productivos para defender la situación de privilegio legal. El fenómeno es bien conocido. Una vez concedida una subvención, privilegio exclusivo, beneficio "social" o renta política, nada hay más difícil que retirarla. Incluso si todos están de acuerdo que la suma de esas trabas maniata la economía nacional, los grupos de interés aceptan que todo se reforme menos lo suyo. Vean si no la situación de Alemania. Esa poderosa economía ha dejado de crecer debido a los excesos del Estado de bienestar, a la estrechez de miras de los sindicatos, a las infinitas reglamentaciones de una vieja Administración. El canciller social-demócrata Schroeder ha tenido que poner en juego su futuro político para sacar adelante un mínimo plan de reforma competitiva. Francia, por su parte, parece derivar placer masoquista del daño que le infligen sus ubicuos lobbies. A un panal de rica miel cien mil moscas acudieron y por golosas se vieron presas de patas en él.

La competitividad

07/11/2003

Cunde entre los empresarios la inquietud por la “pérdida de competitividad” de España frente a los países del Centro y Este de Europa que son candidatos al ingreso en la UE, especialmente en la industria del automóvil. También preocupa la competencia que Corea, China e India plantean a nuestros fabricantes y trabajadores en astilleros, textiles, servicios informáticos. La revaluación del euro respecto al dólar agudiza estos temores: por ejemplo, encarece las exportaciones españolas a Norteamérica de vinos y alimentos elaborados. Para un economista, no es del todo correcta la creencia de que los países compiten. Compiten las personas y las empresas. Decir que España pierde competitividad frente a países menos adelantados porque nuestros costos laborales o nuestro nivel de protección del medio ambiente es más alto es tomar la parte por el todo.

Poca gente sabe que el gran filósofo escocés David Hume también fue notable economista. En un ensayo publicado hacia 1760, titulado “Los celos comerciales” denunció la suspicacia con la que los “Estados que han hecho algunos progresos en el comercio miran el progreso de sus vecinos. Consideran que todas las naciones comerciales son sus rivales y suponen que es imposible que ninguna florezca, si no es a sus expensas”. Contra esta visión estrecha y maliciosa, afirmó Hume que el aumento de comercio y riqueza en una nación, lejos de dañar la riqueza y comercio de sus vecinos, los fomenta. “Un Estado no podrá llevar muy lejos su industria y comercio, cuando todos los Estados vecinos están hundidos en la ignorancia, la desidia y la barbarie”.

Es un error considerar un país como si fuera una sociedad anónima, con una cuenta de resultados que es la balanza de pagos y una estrategia de negocio. La variedad de los individuos y empresas que lo constituyen hace muy difícil generalizar sobre los efectos del cambio de la moneda o de los tipos de interés sobre la actividad económica del país en su conjunto. En primer lugar, si tomamos una instantánea de los efectos de una revaluación, o de un abaratamiento de los intereses, es evidente que daña a unos lo que beneficia a otros: los importadores de maquinaria, que quizá sean los mismos que los productores de textiles o de productos lácteos, se benefician de una apreciación de la moneda; los bancos padecen de lo que favorece a los compradores de viviendas. Lo mismo ocurre con las condiciones laborales, que afectan diversamente según sea la relación capital-trabajo. En segundo lugar, si en vez de una foto tomamos un vídeo del proceso económico, podremos ver las empresas reaccionar y adaptarse a los cambios de condiciones financieras o laborales para mantener su rentabilidad. Ante la competencia de mercancía y servicios más baratos venidos de países capaces de exportar bienes mostrencos, o “commodities” cual hoy se dice, las empresas y los individuos españoles se ven forzados a subir por la escala de valor. El espolonazo es desagradable, pero a la postre conveniente.

Por otra parte, si China, pongamos, vende mucho al extranjero, también tendrá que comprar, sobre todo ahora que pertenece a la Organización Mundial del Comercio. Es un mercado potencialmente inmenso, que no podrá ser cliente de las empresas españolas si nosotros no le abrimos nuestros mercados. Aunque parece que el gobierno chino está manteniendo el renmimbi artificialmente barato y eso abarata sus exportaciones, eso tenderá a encarecer los costos de las empresas chinas en un plazo no muy

largo y entretanto empujará las competidoras españolas a refinar sus productos.

Los Estados y sus gobiernos sí influyen en la capacidad competitiva de las personas y las empresas del país, en la medida en que elevan obstáculos institucionales a la buena marcha de los negocios, con leyes laborales impertinentes, impuestos opresivos o cotizaciones sociales enfadosas. Que se aplique el cuento el que deba.

¿Zona monetaria óptima?

11/11/2003

Robert Mundell, en una casi inadvertida comunicación del año de 1961, titulada “Una teoría de las zonas monetarias óptimas”, echó las bases del que hoy es el imponente edificio del euro. En apenas nueve páginas, detalló las condiciones para que la Unión Monetaria europea pudiese funcionar sin estorbo, para que Europa llegara a ser una zona monetaria óptima. Por ello fue galardonado con el premio Nobel de Economía en 1999. Tal es, para bien o para mal, el poder de las ideas. Mundell sólo olvidó una cosa: un “óptimo monetario” es algo muy distinto de un “óptimo económico”.

En la referida nota, Mundell buscaba demostrar que un régimen monetario común sólo puede aplicarse en zonas o regiones que tengan una misma estructura económica o puedan converger rápidamente a ella. Imaginemos un país llamado Canadá, en el que corre una moneda de curso legal. Este país está dividido en dos zonas: el este produce automóviles, el oeste sobre todo productos madereros. Una repentina subida de los precios del petróleo reduce el consumo de vehículos pero no el de muebles y provoca un aumento del paro en el este. Si, para estimular la demanda, el banco central reduce los intereses, aliviará temporalmente el desempleo en el este a costa de aumentar la inflación en el oeste. Si por el contrario, mantiene una política monetaria estricta, sólo podrá evitar la inflación en un sitio a costa de desempleo en otro. La misma política monetaria no conviene pues igualmente en totalidad de un país con una estructura económica diversa: el “Canadá” no es una zona monetaria óptima.

De aquí que, para la aplicación de una política monetaria común en la Unión Europea, sea conveniente que la estructura económica de sus miembros converja de tal manera que los choques "transversales" les afecten a todos igualmente. Lo mismo cabe decir de la evolución de las economías en el tiempo: el ciclo del Reino Unido, dice Gordon Brown, su ministro de Hacienda, debe estar sincronizado con el del Continente antes de que los británicos adopten el euro.

Hay un remedio, añadió Mundell, para esta falta de convergencia o sincronía: "un ingrediente esencial de una moneda común, o de una zona de moneda única," dice "es una gran movilidad de factores de producción". Supongamos que el banco central decide mantener una política monetaria de dinero caro a pesar de la aparición de desempleo en el sector de vehículos. Esa política monetaria única resultaría sin embargo sostenible si los desempleados en el sector automotor pasan a emplearse rápidamente en el sector maderero. En resumen y según Mundell, Europa se convertirá en una zona monetaria óptima si todos los países miembros tienen la misma estructura, sincronizan sus variaciones cíclicas, o si, a falta de ello, dan muestra de una gran movilidad de factores.

En este modelo, pues, la rápida adaptación de los factores productivos a las cambiantes circunstancias de costos o de demanda no es algo valioso en sí, sino un remedio para las dificultades de la política monetaria cuando hay diversidad de estructuras o asincronía de ciclos. Sólo si las economías europeas convergen o los ciclos se sincronizan, dicen los partidarios del euro, será posible mantener la política monetaria anti-inflacionista que imponen los estatutos del BCE.

Todo esto pasa por alto que las economías nacionales están compuestas de innumerables individuos y empresas con estructuras y evoluciones variadísimas. No hay regiones este ni oeste, hay individuos. La competencia, la movilidad de factores, la productividad se multiplican cuando compiten actores con estructuras distintas y tiempos diferentes. Los bancos centrales deben ocuparse sólo de mantener el valor del dinero. Si la política monetaria del BCE conviniese a toda Eurolandia sólo porque todos los países fueran igualmente rígidos y síncronos, nos encontraríamos en una zona monetaria óptima con una economía pésima.

Nacionalismo y democracia

10/12/2003

Los sentimientos nacionalistas nos hacen perder la calma, incluso a quienes, como yo, no somos nacionalistas, ni de Cataluña, ni de España, ni de Europa, aunque sí seamos patriotas. Como discípulo que fui de Karl Popper y Friedrich Hayek, encuentro imposible compaginar liberalismo y nacionalismo: para el uno, era necesario conseguir sociedades cada vez más abiertas basadas en la autonomía individual; para el otro, la nación no era más que la versión moderna de la tribu transformada por el colectivismo integrador. Eran sin duda patriotas, en su caso, patriotas de adopción de la Gran Bretaña que les había acogido cuando huían de la barbarie racista alemana: Popper aceptó con alegría el título de "sir" que le concedió la reina de Inglaterra y Hayek mantuvo su pasaporte británico hasta el final de sus días, aun cuando fijara su residencia en EEUU y en Alemania. Pero defendieron siempre el individualismo por sobre las emociones colectivas. Para ellos, lo que une a los ciudadanos es la ley más que la sangre y el suelo.

Ya sé que en el siglo XIX, liberalismo, democracia y nación eran ideas gemelas. Muchos creían que las libertades individuales expresadas en el sufragio desembocaban naturalmente en la autodeterminación colectiva. Mas la experiencia de los horrores del siglo XX ha hecho ver que hay que delimitar muy claramente los derechos individuales de los pretendidos derechos comunales. Los individuos necesitan sin duda el marco de un Estado democrático para relacionarse políticamente: sólo en ese marco aceptan que les gobiernen sus rivales políticos cuando éstos han conseguido una mayoría de votos (en general, relativa y temporal).

Pero no debe olvidarse lo dicho por James Buchanan, otro filósofo de la libertad: “la autodeterminación, como extensión del principio liberal de que declara lícitos los acuerdos voluntarios entre los sujetos que los suscriben, sólo es aceptable en la medida que esos acuerdos no tenga repercusiones negativas graves sobre terceros”. La autodeterminación nacionalista tiene a menudo un carácter total, que en su versión extrema niega la personalidad política e incluso personal a quienes no participan del entusiasmo metafísico de la nación en marcha.

No tengo ni necesidad de decir que en Cataluña el nacionalismo es pacífico y tolerante: cualquiera que haya tenido la suerte de experimentar la generosa hospitalidad de los catalanes lo sabe. Sin embargo, veo tendencias, inclinaciones, derivas que son inquietantes por su parentesco con posturas fundamentalistas. Así lo expliqué en el artículo sobre Pla, un catalán puro si los hubo, que tomó partido por Franco, como también lo hizo Cambó, reaccionando contra la opresión sufrida en el campo republicano. Quizá yo sea demasiado sensible al peligro de determinados mensajes políticos, por haber tenido que soportar el adoctrinamiento sistemático de los vencedores de la guerra civil. Hice mal en decir que la defensa del catalán en la Cataluña de hoy tiene un carácter semejante a la imposición violenta del castellano por los nacionales. Yo también sentí la opresión de ese régimen, por monárquico y liberal, hasta el punto de verme despojado de la oposición ganada y sufrir un confinamiento forzoso, que supusieron mucha perturbación para un joven que intentaba abrirse camino en la vida. Debo decir que nada de lo que ocurre en Cataluña se parece a eso.

No me negarán, sin embargo, que hay políticos que se ofenden de que en el Parlament se hable castellano, que buscan convertir a Cataluña en una Comunidad monolingüe, pese a que según la Constitución el catalán y el castellano son cooficiales. Tampoco me negarán que la historia de Cataluña que se enseña en las escuelas es en muchos puntos discutible y recuerda el tipo de saga que se enseñaba bajo el régimen anterior: idéntico preguntarse por el ser de la nación en decadencia, mismos quejidos por las derrotas infligidas a manos de sañudos enemigos, parecidos deseos de reconstruir imperiales territorios por encima de los mares. Incluso noto a veces un soplo de nacional catolicismo en algunas declaraciones clericales.

Acabo de pasar unos días en Valencia, tierra que igualmente conozco bien. Quizá porque se me ha festejado tanto, he vuelto con la sensación de que allí el ambiente es muy distinto del que se trasluce en Cataluña de los discursos de los electos, los debates de la televisión, las afirmaciones de los tertulianos. La política no lo invade todo como ocurre en momentos de fragor nacionalista. Las conversaciones giran alrededor de los negocios, la fábrica, la exportación, las fiestas, los deportes, la música, el nuevo museo de la Ciencia, la vida corriente. Hubo desbordante alegría por la ubicación de la copa de América. “¡Cómo nos ha ayudado el rey! ¿Llegará el AVE a tiempo? ¡El nuevo puerto va a transformar la ciudad!” Todo esto saltando del valenciano al castellano, sin exclusiones ni reivindicaciones, como también los catalanes fuera de períodos electorales. Y sin quejarse de Madrid, ni de Felipe V, que fue más duro con ellos que con los catalanes.

España, reformas pendientes

09/2/2004

Supongamos que el Partido Popular obtiene mayoría absoluta en el Congreso en marzo. ¿Cuál es la lista mínima de las reformas que debería aplicar el Gobierno del Sr. Rajoy? Ya no podemos fiar el crecimiento de la economía española al tirón de las grandes economías europeas: Alemania y Francia, es cierto, están empezando a poner en marcha reformas que quizá las saquen de su presente estado comatoso, pero los españoles debemos centrar nuestro crecimiento en algo más que el aumento de la población activa. Además, ya no es posible achicar las vías de agua con devaluaciones. Debe aumentar el grado de competencia en nuestra economía (que no es lo mismo que aumentar la competitividad, pues la competencia aumenta con las importaciones de bienes y servicios).

Así, es necesario terminar con el aplazamiento de la plena libertad de horarios comerciales y reducir la arbitrariedad en la concesión de licencias de apertura de los comercios. También es necesario liberar la oferta de suelo para vivienda, sedes comerciales y centros de producción (lo que implica revisar el sistema de financiación de los Ayuntamientos que retienen suelo para aumentar sus ingresos). En el mismo mercado del suelo, la oferta de viviendas en alquiler es raquítica porque la ley sigue protegiendo al inquilino, con tres años mínimos de contrato, dificultades de desahucio por impago, escaso resarcimiento de daños producidos. La mayor competencia debe extenderse al mercado de trabajo. Las reformas han sido insuficientes para reducir la lacra del empleo precario, que es el resultado de un

exceso de indemnización por despido para amplios colectivos de trabajadores más antiguos. Las reformas impositivas han sido de lo más notable de lo realizado por el último Gobierno de Aznar, pero no deberían detenerse, aunque fuera necesario tomar alguna de las propuestas del PSOE: un tramo único del IRPF con un tipo igual al impuesto de sociedades y un mínimo exento general simplificarían el sistema impositivo y evitarían mucha ingeniería fiscal.

Sería necesario un Pacto de Estabilidad y Crecimiento con las Autonomías y los Ayuntamientos más efectivo que el actual, en especial obligando a consolidar todos los organismos y empresas que dependen de las corporaciones locales. La Seguridad Social tendría que financiarse con impuestos generales y no con cotizaciones que equivalen a un impuesto regresivo sobre el empleo. Esto, unido a condiciones más severas para gozar del subsidio de paro, reduciría la cifra artificialmente hinchada del desempleo. El camino seguido por la reforma de las pensiones públicas no resuelve la insuficiencia constitutiva de un sistema de reparto. Los jóvenes que accedan al mercado de trabajo deberían poder todos capitalizar sus pensiones, lo que implicaría la necesidad de emitir deuda del Estado para financiar las de reparto subsistentes. Ya sé que la UE limita la proporción de deuda respecto al PIB, pero creo llegado el momento de traer a la superficie el déficit escondido de las obligaciones por compromisos de jubilación.

¿Me atrevo a decir que la enseñanza y la salud son las últimas empresas públicas por privatizar? El que los presupuestos del Estado y de las Autonomías financien estos servicios no implica que tengan que ser producidos y suministrados por el sector público. Nadie se atreve a hablar ya del bono escolar y sólo en Villena se

explota un hospital público privadamente en sistema de concesión. Para no quitarles del todo el aliento, no diré nada de la necesidad de sanear nuestra democracia haciendo que los partidos políticos, asociaciones empresariales y sindicatos sean financiados exclusivamente por sus miembros.

Presiones sobre el Banco Central Europeo

08/3/2004

La independencia del Banco Central Europeo es un activo precioso que los europeos debemos defender sin descanso. Si el Banco es independiente y se atiene a su objetivo primordial de “mantener la estabilidad de precios”, se abstendrá de inyectar “chutes” de dinero a la economía europea para reanimarla, aunque se lo reclamen quienes creen que es posible hacer otra política monetaria que no sea la de en mantener constante el valor del euro a lo largo de los siglos.

Como la inflación de Eurolandia, medida por el Índice armonizado de precios al consumo está creciendo por encima del 2% anual, no creo que el Consejo de Gobierno del BCE vaya a reducir el tipo de interés básico; y si lo hace, pues mal. Sin embargo, en Europa cunde la preocupación porque el euro se ha revalorizado tanto frente un dólar mal gobernado: los políticos y cabilderos empresariales claman por una reducción del tipo para que las inversiones en euros no sean tan apetecibles y la moneda se deprecie un poco.

La independencia del BCE, que no pueden ni recabar ni aceptar instrucciones “procedentes de las instituciones u organismos comunitarios, de ningún Gobierno de un Estado miembro ni de ningún otro organismo”, se ve amenazada por otro camino, el de los intentos de llegar a acuerdos con otros países para fijar el tipo de cambio. Si Schroeder, ahora que es más amigo de Bush, consigue convencer al presidente americano de que hay que tomar

medidas artificiales para detener la caída del dólar, causada por el creciente déficit público y comercial de EEUU, ello equivaldrá a arrastrar la moneda europea por el mismo camino de perdición que el dólar. Precisamente uno de los puntos flacos del Estatuto del BCE es que la política cambiaria no está en manos del Banco sino de los representantes de los Estados en el Consejo Europeo. El artículo 109 del Tratado permite, por ejemplo, que dicho Consejo, sobre la base de una recomendación de la Comisión de Bruselas, pueda celebrar acuerdos para crear un sistema de tipos de cambio mundiales. Es cierto que previamente tendría que "consultar" al Parlamento Europeo; y también al BCE para que ello sea compatible con el objetivo de la estabilidad de precios. Pero no me fío nada y, en evitación de enjuagues, doy gracias como siempre al obstáculo que supone la regla de unanimidad.

Dirá alguno que la economía europea no puede soportar una revaluación tan aguda del euro. Nuestras compañías están declarando beneficios. La coyuntura va a mejor. Admitirán ustedes que Francia y Alemania van mal por muy otras razones que las cambiarias: no les viene mal un poco de disciplina monetaria para que por fin pongan manos a la obra de la reforma.

Constitución, para qué

11/4/2004

El Tratado constitucional de la Unión Europea revive con la victoria electoral de Zapatero. Volvemos a oír razones por las que, nos dicen, necesitamos una Constitución europea. La primera es instrumental: sin reforma de los actuales tratados, la UE no puede funcionar. ¿Cómo llegar a decisiones operativas en la Comisión si alrededor de la mesa se sientan 25 comisarios? ¿Cómo legislar si el Consejo de jefes de Estado y presidentes de Gobierno tiene 26 miembros, porque Francia lleva dos?

La segunda razón es más política: reducir las materias en las que es necesaria la unanimidad, pero sin caer en la mayoría simple de países, pues algunos son minúsculos. De ahí la cuestión de si debe prevalecer la voluntad de quienes reúnan el 50 por ciento de países con el 50 por ciento de la población, o 55/55, o 54/54.

La tercera razón es politiquísima: la esperanza de que el mayor aerodinamismo de las decisiones y las instituciones empuje a Europa hacia una unión cada vez más profunda, camino de su transformación en un gran poder mundial capaz de mirar a EEUU a los ojos. Las elites giscardianas cubren la píldora de la centralización con dos capas de azúcar, para que los ciudadanos confundidos por la letra pequeña se unan de corazón al proyecto: el mercado único y la subsidiariedad.

Es cierto que la libertad económica exige un entorno de cortas reglas comunes para toda el área que permitan a individuos y compañías contratar sin trabas, pues las normas locales muchas veces sirven para proteger intereses bastardos. Así, la Comisión

puede imponer la competencia de cerveceras en Alemania, o de empresas eléctricas en Francia, o de distribuidores de automóviles y de licitadores de obras públicas en toda la Unión. Pero a su vez ese poder central reforzado puede ser atrapado por los lobbies obreros y limitar las horas de trabajo para todo el Continente; o ser ocupado por los redistribuidores de la renta y prohibir la competencia fiscal entre países.

Para que los políticos locales acepten esa centralización (la buena y la mala), se refuerza la “subsidiariedad” y la “proporcionalidad”, conceptos oscuros donde los haya. Se trata de que las decisiones no se tomen en el centro cuando pueden dejarse en manos de instancias políticas inferiores y que las comunes no se aprovechen para engordar los poderes situados en Bruselas. Siempre poderes y nunca individuos.

Para el individuo, la mejor subsidiariedad es la competencia, sea entre productores o entre instituciones: reglas mínimas y mucha variedad, para poder desplazarse en busca del lugar o la legislación más convenientes. Otra Constitución, sí, pero mucho más pequeña: que se contente con defender la libertad de movimientos de personas, mercancías, servicios y capitales y prohibir los subsidios.

Aznar y Thatcher

26/4/2004

José María Aznar esperaba retirarse con aplauso. Había traído la prosperidad económica a España, había apoyado a las dos democracias más antiguas en una renovada lucha por la libertad, había hecho frente a la matonería de Francia y Alemania en el seno de la Unión Europea, había intentado mantener los nacionalismos de campanario dentro de nuestra Constitución, y había renunciado después de dos legislaturas, como prometió. Pero estos logros han contado poco para una mayoría de votantes españoles, que no han podido aguantar la tensión de encontrarse en guerra contra dos terrorismos, el nacional de ETA y el mundial de Al Qaeda. En vez de eso, Aznar es ahora el “mentiroso” que utilizó la masacre de Atocha para ganar votos, el “asesino” responsable de muertes en Irak y en España, el “dictadorzuelo” que aplastó la libertad de expresión.

Me atrevo a trazar un paralelo entre los últimos días del mandato de Aznar en España y la salida de lady Thatcher de la escena política británica. En ambos casos, la izquierda ilustrada se sintió libre de cubrir de insultos a líderes que, cuando se escriba la historia, serán recordados por haber ayudado a encaminar a sus dos países hacia la prosperidad perdida. Recetaron amargas medicinas que hicieron su efecto. Tony Blair no ha tocado las reformas de Thatcher. Zapatero repite a quien quiera oírle que “no tocará la economía” y mantendrá el déficit cero y las rebajas de impuestos. Pero mientras la herencia de los dos gobernantes conservadores se mantiene de hecho, sus personas se denigran de palabra.

Aznar fue más suave que Thatcher, en consonancia con la mayor timidez española. Ella rompió el poder del sindicato minero, combatió contra los generales argentinos en las Malvinas, no se inmutó ante las huelgas de hambre hasta la muerte de los presos del IRA. Fue el primer gobernante europeo en suprimir los controles de cambios, privatizó empresas nacionales y viviendas municipales, combatió la inflación, redujo impuestos. Hoy la economía británica es mayor que la de Francia y crece a un ritmo que deben envidiar las grandes naciones del Continente – excepto España.

Los logros de Aznar también han sido notables. Basó su política anti-inflacionista sobre la búsqueda de un presupuesto equilibrado. España consiguió participar en el proyecto del euro desde el principio y sorprendió así a quienes dudaron de la capacidad de España para cumplir las condiciones de Maastricht. Había congelado los sueldos de los funcionarios durante tres años y fue recortando el déficit público hasta conseguir un pequeño superávit. Privatizó 51 empresas públicas y trajo 31 mil millones de euros a las arcas del Estado. Una modesta reforma laboral condujo a un aumento del número de inscritos en la Seguridad Social de 13,5 millones a casi 17. Ayudó a crear 5 millones de nuevos puestos de trabajo. Redujo el tipo marginal del impuesto sobre la renta de las personas físicas del 56% al 44%. España sigue creciendo al doble que sus vecinos europeos.

Las ministras de Educación de sus Gobiernos iniciaron una reforma de la enseñanza para mejorar la calidad y la seriedad de los estudios en las escuelas públicas, reformas que ahora pueden estar en entredicho. Una timidísima reforma de las pensiones en el marco del Pacto de Toledo y la creación de un mínimo fondo de

reserva al menos sirvió para crear la conciencia de un grave problema sin resolver. La ambiciosa política de obras públicas buscó mejorar las vías de comunicación y distribuir el agua de Autonomías hasta entonces mal atendidas.

Los Gobiernos de Aznar lucharon con algún éxito contra el terrorismo de ETA: tolerancia cero de la "Kale borroka", ilegalización de Batasuna, cumplimiento íntegro de las penas por los terroristas, apoyo de Francia para privarles del santuario francés. Cuando Marruecos dio un pequeño golpe para relanzar sus reivindicaciones territoriales por la fuerza, una operación de policía cerró el incidente, por cierto, con el apoyo de EEUU y no de Francia. Como Thatcher, Aznar fue un firme atlantista, colocándose al lado de los americanos para defender la libertad en el mundo. A Aznar le quedaron cosas por hacer, la liberación del suelo, el bono escolar, una verdadera reforma de las pensiones públicas, mayor inversión en defensa, pero el saldo es positivo.

Tanto lady Thatcher como José María Aznar cometieron errores. La Dama de Hierro sintió poco entusiasmo por la reunificación alemana, no supo mantener con suficiente firmeza su visión de una Europa de Estados, creó un impuesto de capitalización municipal que los británicos consideraron injusto. El desastre de este impuesto fue una muestra de su incapacidad para comunicarse con el electorado, sobre todo durante sus últimos años de gobierno. Aznar también falló en este punto. Hizo mucho por Cataluña pero dio la impresión de que se tiraba al cuello de los nacionalistas. Fue a las Azores a ponerse al lado del presidente Bush y del primer ministro Blair pero no explicó bien la necesidad de apoyarles a fondo en la lucha contra el terrorismo internacional.

Tanto Thatcher como Aznar reñían demasiado a sus conciudadanos como unos preceptores, amenazándoles con el dedo para que hicieran sus deberes. Arrastraron a sus países hacia la modernidad poco amablemente – y ahora la mitad del país les detesta. Pero pueden estar seguros de un lugar honroso en la historia de sus países y del mundo occidental.

Diccionario de pensamiento económico en España

04/5/2004

Bajo la dirección de Luis Perdices y John Reeder, acaba de publicarse en Editorial Síntesis un Diccionario de pensamiento económico en España (1500-2000) de útil y absorbente lectura. En un volumen muy manejable, de 925 páginas, quedan resumidas las aportaciones al pensamiento económico realizadas en España durante cinco siglos. El curioso lector podrá ampliar sus conocimientos en los ocho tomos (uno por venir) de Economía y economistas españoles, dirigida por el Prof. Fuentes Quintana. Pero este diccionario alcanza un detalle y una precisión más que suficientes para los economistas que quieran ilustrarse sobre las vidas y las ideas de quienes les precedieron.

El título mismo indica que no se trata de un repertorio de la doctrina nacional de España, sino de la ciencia y la política económica en España, pues la economía y los intercambios científicos entre economistas no tienen fronteras. El diccionario destaca las aportaciones hechas en España al acervo científico mundial: cortas aportaciones quizá pero alguna crucial, como las de los teólogos del siglo XVI, que explicaron la formación del precio por la demanda y la oferta, y la inflación y el tipo de cambio por la cantidad de dinero. Mas también hace hincapié en la transmisión de conocimientos de un país a otro, en el éxito de ciertas ideas y métodos y el fracaso de otras, en la adaptación de las doctrinas a las realidades locales y su efecto en la sociedad: son especialmente interesantes los artículos sobre la influencia de economistas de

naciones extranjeras y sobre las traducciones de sus obras, aunque he echado en falta otro sobre versiones extranjeras de obras castellanas, que hubo muchas y muy reveladoras del aprecio en que se tenía a nuestros economistas.

Los autores han tenido el buen criterio de elegir sólo cinco nombres de economistas españoles vivos: Fuentes Quintana, Rojo, Manuel Varela, Mas-Colell, y Xavier Sala i Martín: ¡qué distinto es el modo de trabajar de estos dos últimos! Los artículos que tratan de instituciones tienen especial interés, como la "Asociación para la reforma de los aranceles de aduanas" de Madrid o el "Fomento del trabajo nacional" de Barcelona, La Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, la Junta para Ampliación de Estudios, los Servicios de Estudios de los bancos, en especial del de España, las Facultades de Econnomía. Los artículos sobre la influencia de Marx y Keynes son reveladores de los inesperados vericuetos de la transmisión de las ideas. De la lectura de las voces, que se arraciman como cerezas, emerge una visión de la historia de España que sorprenderá incluso a los historiadores de profesión: la variedad de los llamados a la economía y su patriotismo a veces apasionado, el apasionamiento de los debates, la influencia (mayormente para bien) del pensamiento económico en la política.

No necesito decir más para picarles la curiosidad.

Israel y Palestina

16/5/2004

La anécdota: reunida la Comisión Trilateral en Varsovia, habla Kissinger sobre la política del gobierno Bush. La categoría: examinada la situación palestina, decepcionan las propuestas "progresistas". Es un debate que interesa, pues el nuevo ministro de Asuntos Exteriores español, Miguel Angel Moratinos ya mostró simpatías vehementemente palestinas como representante de la Unión Europea en Oriente Medio.

Kissinger, lejos de adoptar el tono soberbio de un gurú de fama mundial, habló con inusitada modestia sobre el gobierno de su presidente George Bush. Se quejó de la caricatura que circula sobre la presente administración norteamericana: se la presenta como dirigida por un guerrero agresivo, asesorado por maníacos fundamentalistas. La realidad, dijo con su voz grave y rasposa, es otra: el actual gobierno norteamericano, cometa errores o no, es un grupo de personas serias, enfrentado con graves problemas, a los que quiere aplicar soluciones eficaces.

Es curioso que, para conseguir la paz entre Israel y sus vecinos musulmanes, los pacifistas de la izquierda europea propongan con característica suficiencia soluciones inaplicables. Mantienen que deben obedecerse al pie de la letra las resoluciones del Consejo de Seguridad de la ONU, si es necesario imponiéndolas EEUU a sus clientes israelíes por la razón o por la fuerza: vuelta a las fronteras de 1967, desmantelamiento de todos los asentamientos judíos en Cisjordania y Gaza, y el retorno de los refugiados palestinos a su

tierra de origen, todo ello a cambio del reconocimiento de Israel por sus vecinos árabes.

Ninguna persona responsable puede creer que las fronteras de 1967, que no eran sino una línea de alto el fuego, sean sostenibles. La razón no es sólo la exigua distancia al mar, sino convicción de que la retirada de Israel sería interpretada por muchos árabes como el primer paso de la total eliminación del Estado de Israel. Por otra parte, son muchos los israelíes que comprenden que no pueden incluir dentro de su territorio una grande y creciente población palestina. La propuesta de Sharon de abandonar la franja de Gaza, tan fuera de lo que acostumbra y tan controvertida en su partido, señala un primer paso de vuelta al Plan de Camp David, que Clinton promocionó con ahínco y Arafat saboteó con saña: la disposición a aceptar un Estado palestino de territorio coherente, a colaborar en el asentamiento de los refugiados en territorio palestino, a intercambiar territorios para que las poblaciones de Israel y Palestina pudieran vivir en paz al lado la una de la otra y no en explosiva mezcla.

Todo esto se encuentra aún lejos, mas es posible acercarlo si nos dejamos los europeos de incantaciones legalistas de la Resolución 242. La división entre los otrora aliados atlánticos da alas a los extremistas de ambos bandos. Al igual que la distancia entre europeos y americanos ha envalentonado a los terroristas de Al Qaeda y ha alimentado el fuego de la resistencia anti-democrática en Irak. Las propuestas europeas de ceder en todo a las peticiones palestinas alejan la paz más que la acercan. En fin de cuentas, ¿de quién somos más amigos?, ¿de la democracia israelí o de las satrapías árabes?

Un gran presidente

16/6/2004

Reagan marcó el mundo con la huella indeleble de su presidencia: la Unión Soviética vencida sin provocar un holocausto atómico, la economía de su país liberada de la inflación y el estancamiento, el orgullo de sus compatriotas recuperado tras el gran desastre de Vietnam y las pequeñas humillaciones de Carter el breve. Sobre todo destacó por su sintonía con el pueblo americano, que reconoció en él al sheriff tranquilo y valeroso de las leyendas del Oeste, que, tras luchar a brazo partido con los cuatreros, supo alejarse hacia el poniente de una vida tranquila acompañado de su fiel Nancy.

Muchos de los que ahora aceptan a regañadientes la realidad de sus éxitos fueron sus críticos y enemigos implacables. La temerosa opinión europea, dispuesta ayer como hoy a ceder ante los enemigos de nuestras libertades, se burló de su definición del comunismo como el Imperio del Mal, y se resistió como pudo al rearme de la “Guerra de las Galaxias” y la instalación de misiles de medio alcance en nuestro Continente. Pero Reagan, casi siempre con fortuna, campeó contra los adversarios de Occidente: apoyó a Margaret Thatcher contra los dictadores argentinos, derrotó dictadorzuelos del Caribe, mostró firmeza en Oriente Medio, y, sobre todo, consiguió poner a los soviéticos contra las cuerdas. La historia nunca olvidará su exhortación en el Berlín dividido de 1987: - ¡Abra esa puerta, señor Gorbachov ¡Eche abajo ese muro!

Su política económica sigue siendo incomprendida. La parte que en general se admira, pero con cierto temor a lo drástico de los

remedios, fue la política monetaria aplicada en la Reserva Federal por Paul Volker para centrifugar la inflación que había penetrado en los entresijos del sistema social: los tipos de interés llegaron casi al 20% y las expectativas de continuas subidas de precios desaparecieron, con lo que se crearon las bases de un crecimiento sostenido que duró casi siete años. Más discutidas fueron las tres rebajas de impuestos, pese al creciente déficit público: Reagan se inclinaba por una drástica reducción del gasto social (despilfarro lo llamaría yo) pero el Congreso se opuso; en lo que sí tenía razón era en negarse a considerar el impuesto como un instrumento de política coyuntural. Los impuestos afectan radicalmente las decisiones de inversión y consumo de los particulares, por lo que no es posible el crecimiento económico si el Estado reduce el ingreso disponible de individuos y empresas. Con su castigo inicial al sindicato de controladores aéreos y su apoyo a la empresa privada, consiguió crear once millones de empleos durante sus años en la Casa Blanca. Aprendió a hablar y convencer, no sólo como actor, sino también como conferenciante de General Electric en giras de difusión del ideario capitalista. Hizo sus prácticas de político activo como gobernador de California, marcando directrices y dejando hacer a sus subordinados. Era sobre todo un hombre de convicciones claras y sencillas, un hombre sin dobleces y lleno de optimismo, como es el pueblo americano. Si no hubiera de vez en cuando gobernantes americanos de ese talante a la cabeza del mundo occidental, habríamos dejado de ser libres hace tiempo.

El esfuerzo de Alemania

18/7/2004

A principios de la década de 1990 el ingreso medio por persona de Alemania superaba en 14% el del Reino Unido. En 2003 eran los británicos los que gozaban de un ingreso medio superior en un 10% al de Alemania. La situación relativa alemana queda bien clara: Alemania se encuentra estancada mientras la economía más abierta y más flexible de la Gran Bretaña gana puestos en la clasificación europea. El canciller Schroeder presentó al principio de la presente legislatura el "Plan 2010" con propuestas para reformar a fondo del mercado de trabajo y del sistema de bienestar de la República Federal. Su popularidad en las encuestas de opinión ha caído más bajo que nunca.

Mientras la economía crece, la gran mayoría de los votantes de las democracias avanzadas piden creciente protección social, ya sea con normas laborales que dulcifican el esfuerzo diario, ya sea con prestaciones cada vez más generosas en sanidad y pensiones. Pero ese continuo aumento de la protección social, que al principio parece inocuo, acaba poniendo en peligro la prosperidad del país.

El Plan de Schroeder está encontrándose con obstáculos políticos y constitucionales que a veces parecen insuperables. La República Federal es un modelo del sistema de frenos y contrapesos creados para evitar los abusos de poder de partidos políticos o grupos de interés a costa de la mayoría silenciosa. El poder co-legislativo del Senado y la Cámara, los poderes muy amplios de los Länder o Autonomías, llevan a que las decisiones o concesiones demagógicas no puedan introducirse de golpe, al albur de una victoria electoral

o de una huelga general. Pero una vez introducidas, esos mismos frenos y contrapesos atan las manos de los gobiernos reformistas. La división de poderes, instaurada para retrasar los abusos de poder, se convierte en un baluarte defensivo de los buscadores de rentas.

Sin embargo, no debemos desesperar. La creciente rigidez laboral y la expansión del gasto social están sometidas a tres frenos, lentos pero eficaces. El primero es la evidencia de estancamiento de la empresa en la que uno trabaja y de la economía en general. El segundo es la resistencia a pagar cada vez más impuestos. El tercero es la apertura del país a la globalización y la competencia internacional. Daré dos muestras de la operación de algunos correctivos en las empresas alemanas. La Siemens acaba de acordar con el poderoso Sindicato del Metal que sus trabajadores en Alemania aumenten sus horas de trabajo de 35 horas semanales a 40, sin aumento de paga, para evitar el traslado de las plantas a otros países. La DaimlerChrysler, por su parte, está inmersa en un conflicto colectivo con el mismo sindicato porque quiere reducir los costos de su planta de Baviera en €500 millones, bajo la amenaza de llevar la producción a Bremen o a Sudáfrica. No es que los trabajadores alemanes no sean productivos: la prueba es el superávit de exportaciones industriales alemanas. Es que esos tan productivos trabajan pocas horas.

Otra muestra de medidas tomadas para limitar la deriva del gasto social la encontramos en algunas reformas aplicadas por Schroeder en su camino hacia el 2010. Los pacientes que acuden a un médico de la Seguridad Social tienen que pagar un euro por visita. Eso ya ha reducido las visitas de 550 millones al año a 500 millones. El objetivo de estas y otras medidas semejantes es

intentar reducir el gasto del sistema público de salud de €142 miles de millones a €119 en 2007.

El canciller Schroeder, socialdemócrata, ha visto la cuestión con claridad. Alemania no puede pagar beneficios y servicios sociales cada vez más generosos si no crece la riqueza. También ha comprendido, porque los datos se lo han metido por los ojos, que la proliferación de cuantía de esos privilegios laborales puede paralizar el desarrollo económico. Igualmente ha entendido que el modo de financiar las prestaciones sociales puede infligir graves distorsiones a la economía nacional. Si las medidas de política laboral resultan en un aumento de los costos de producción, las empresas comienzan a pensar en la temida “deslocalización” y el crecimiento de la producción nacional desmaya. Si las conquistas sociales han de financiarse con las cuotas de la Seguridad Social, el gasto se cubrirá con lo que a fin de cuentas es un impuesto sobre la mano de obra. Lo que no sé es si los votantes se lo agradecerán, pero a la fuerza ahorcan.

George Bush, naturalmente

26/9/2004

La actitud de los europeos y en especial de los españoles hacia el presidente Bush es miope y derrotista. De este lado del Atlántico se ve a George Bush como un vaquero matón y poco inteligente que, en su intento de gobernar el mundo sin hacer caso de sus aliados ni de la ONU, está encaminándonos a todos hacia la catástrofe. Si pudiéramos votar en las elecciones americanas apoyaríamos a Kerry, una de cuyas promesas electorales es sacar las tropas de su país de Irak. Seguimos con la actitud que dio la victoria a Zapatero frente a Aznar: preferimos sonrisas, contradicciones, apaciguamiento a seriedad, coherencia, firmeza. Gracias a Dios, esta vez no importa, pues parece que las elecciones en EEUU las va a ganar Bush. Pero los españoles preferimos ponernos claramente del lado del perdedor.

George Bush en sus aciertos ha mezclado errores. Hay aspectos de su política económica que son preocupantes: está financiando la guerra con deuda pública, atiende a las peticiones de protección contra las importaciones por parte de sectores en decadencia como el acero y los agricultores; promete cuanto le piden los grupos de interés con poder de voto; no ha cumplido su compromiso de reformar las pensiones públicas ni se ha inclinado francamente por el bono escolar. Es triste que la democracia moderna empuje los políticos por el camino de la facilidad. Faltan las barreras constitucionales que evitarían la necesidad de competir electoralmente con medidas y promesas conocidamente dañinas.

La posibilidad de endeudarse el Estado para otra cosa que no sean inversiones públicas de larga maduración es una de las corruptelas del poder absoluto que la democracia debería haberse evitado: en tiempo de guerra, los gobiernos emiten dinero en exceso y se endeudan sin límite, en vez de reducir los dispendios heredados de tiempos de paz. Es una pena también que, en el momento de redactar la Constitución de EEUU en 1783, los padres de la patria americana prestaran oídos al industrialista Hamilton en vez de al liberal Madison y concedieran al Congreso "el poder de regular el comercio con las naciones extranjeras": no hay mejor límite para las intromisiones del Estado en la vida económica como la plena libertad de comercio, interior y exterior. El "welfare" o sistema de bienestar de EEUU fue objeto de una bienvenida reforma del presidente Clinton, cuando condicionó el subsidio de pobreza al desempeño de un trabajo; pero Bush no se ha atrevido aún a convertir parte de los derechos de pensión de los jóvenes en una cuenta personal; y, en cuanto ayuda directa a las familias para la educación de sus hijos, no se ha enfrentado a los cabilderos de la escuela pública y sólo promete financiación a las familias de clase media para pagar la universidad. Acierta sin embargo en lo principal, que es la reducción de impuestos: cuanto mayor es la renta disponible de los ciudadanos, mayor es la libertad personal y más poderosos son los incentivos para ahorrar e invertir.

Su política exterior tampoco es perfecta, pero no por las razones que aducen los europeos. Antes del 11 de septiembre, Bush, como Republicano tradicional que era, se inclinaba por una política de aislamiento de EEUU, reforzada por un justificado escepticismo hacia las capacidades de la ONU. Los terroristas de Al Qaeda cambiaron todo eso: EEUU había entrado en guerra. Bush ha basado a partir de entonces su política exterior sobre dos

principios: la libertad de defenderse de sus enemigos y la necesidad de reforzar la democracia en el mundo. No veo qué haya de malo en esa estrategia, excepto que se necesita mucha decisión y costosos medios para llevarla a cabo. Si en algo se ha equivocado Bush es en creer que podía repetir fácilmente en Irak el éxito relativo obtenido en Afganistán y el mismo efecto disuasorio sobre Corea del Norte y sobre Irán que sobre Libia. No ha puesto suficiente tropa en el campo de batalla ni ha actuado con suficiente decisión contra quienes en Irak se atreven a tirar de las barbas al Tío Sam. Pero si sale reelegido no cejará. Distinta es la postura de Kerry, una postura que creo está volviendo contra él al electorado americano. Kerry ha dejado de explicar lo que haría para alcanzar la victoria y organizar la paz en Irak. Ahora quiere salir corriendo. Imaginen el ánimo que una derrota americana en Oriente Medio daría a los terroristas. En nada ha cambiado desde que, pese a haber sido condecorado en el campo de batalla, acusó a los soldados americanos ante el Senado de los EEUU de haberse comportado como criminales de guerra en Vietnam.

La actitud de los europeos hacia el liderazgo americano raya en la esquizofrenia. Por un lado, pretendemos influir amistosamente en la política exterior de EEUU pero sin contribuir de forma significativa a su esfuerzo militar. Por otro, hablamos de crear unas fuerzas armadas propias con el fin de contrarrestar el poderío americano. Queremos al mismo tiempo ser protegidos y jugar a respondones, aprovecharnos de su defensa, mientras proclamamos nuestro distanciamiento: una actitud la nuestra típica de adolescentes inmaduros.

Imágenes valen más que palabras: para muchos españoles, la foto de las Azores, en la que Aznar acompañaba a Bush, Blair y Barroso

se ha convertido en el epítome de lo obsceno; en cambio, la foto de la Moncloa, en la que Zapatero junta manos con el perdedor Schroeder y el corrupto Chirac, es el bienaventurado símbolo de nuestra nueva política exterior.

Sen elogia a Hayek

08/10/2004

No puede imaginarse dos Premios Nobel de Economía más distantes que Amartya Sen y Friedrich Hayek. Examinan el comportamiento humano y conciben el bien común de forma radicalmente distinta.

Sen se ha especializado en el estudio de la "elección social", buscando analizar la racionalidad de las decisiones colectivas, detallando el contenido positivo de las libertades individuales, e intentando medir y corregir las desigualdades sociales.

En cambio Hayek dedicó su vida a explicar la "evolución social espontánea", señalando la incapacidad de la razón humana para planificar la vida social, definiendo la libertad como defensa contra la violencia y la coacción, y mostrando la justicia social como un concepto vacío.

El 21 de septiembre de 2004, Amartya Sen celebró en el diario Financial Times de Londres el sesenta aniversario de la publicación por Hayek de "Camino de servidumbre", un año antes de acabar la Segunda Guerra Mundial, el libro en el que avisaba del peligro que corrían las libertades bajo un sistema socialista de planificación racional. Como alumno que fui de ambos (y como admirador muy crítico de Sen y menos crítico de Hayek), quiero señalar con piedra blanca este homenaje al viejo maestro austriaco por quien declara tener unas ideas económicas y políticas muy distintas.

Tres son las razones por las que Sen quiere celebrar "Camino de servidumbre". La primera y más importante es que Hayek juzga

todas las instituciones por su contribución a la libertad humana. El mercado tiene que ser apreciado no solamente porque es un motor de prosperidad (que es lo que la mayoría de los economistas han destacado), sino sobre todo porque fomenta y garantiza la libertad individual.

La segunda razón del elogio de Sen es que Hayek no rechaza de raíz el Estado de Bienestar. Acepta que las democracias creen una red de salvamento para quienes no tengan las capacidades necesarias para funcionar en el mercado, versión mínima aceptable si la apoyan todos los ciudadanos. La tercera es una razón que Sen denomina "psicológica": se trata del peligro de conceder poderes administrativos ilimitados a los planificadores socialistas porque necesariamente caerán en la corrupción política y económica. En palabras de Hayek, "el socialismo sólo puede ponerse en práctica con métodos que la mayoría de los socialistas desaprueban". Con todos sus defectos y en la medida en que es competitivo, el mercado limita automáticamente el albedrío de los poderosos. Para Sen, Hayek acierta, en suma, al pedir que se tome en consideración la psicología administrativa y la tendencia a la corrupción antes de decidir qué debe o no debe hacer el Estado. Quedaría yo muy contento si políticos y ciudadanos aprendiesen esta sencilla lección.

África

28/10/2004

El visitante queda fascinado por Gabón, no tanto por el contraste de la vida africana con la europea, como por una inquietante capacidad de recordarle cosas que prefiere olvidar. Ante sus ojos se presenta el rigor de nuestra madre Naturaleza y la salvaje oscuridad que se esconde en el corazón de todos los hombres.

Gabón, con la mitad de la superficie de España tiene poco más de un millón cien mil habitantes y un creciente número de inmigrantes de partes más pobres. Hace un siglo que franceses y alemanes empezaron a cortar en sus bosques el “okué”, el árbol que se desenrolla en finos tableros, cuyos troncos aún descienden en tropel por inmensos ríos. Entre las dos guerras comenzó la exportación del manganeso para la industria del acero, y se descubrieron oro y diamantes. A partir de 1956, los gaboneses entraron en la era del petróleo, bombeado en aguas de la costa por las grandes petroleras, que siempre parecen descubrir más yacimientos cuando comienzan a agotarse las reservas, como en estos momentos. Las crisis energéticas de la década de 1970 animaron la producción de uranio para las centrales nucleares francesas. Hay un ferrocarril a través de la selva, pocas carreteras, deficiente educación y servicios de salud. No hay hambre pero sí carencias. Tanta riqueza natural parece una maldición: adormece las energías creadoras de los agraciados, despierta la concupiscencia de buscadores de fortuna, corrompe los líderes naturales.

Antes de que los ingleses prohibieran la trata de negros, el negocio del Africa ecuatorial fue más siniestro y también corruptor. Es curioso que nadie recuerde a los árabes que ellos eran los que cazaban esclavos en el Este africano. En Guinea, los reyezuelos locales vendían "ébano" a tratantes portugueses, vascos, franceses, americanos, hasta que a finales del siglo XIX se abolió la esclavitud. La capital Libreville la fundaron idealistas franceses de 1848, con 272 hombres, mujeres y niños, liberados de un barco negrero brasileño: organizaron para ellos un "falansterio", un poblado socialista según la doctrina de Fourier.

Es revelador que el alcalde de la nueva población pronto se negara a trabajar en la huerta, alegando que él era "el jefe". El paternalismo tribal aún es el de Gabón hoy. Los beneficios obtenidos de la madera, minerales y petróleo quedan en manos de los cabecillas, que disponen de ellos como les place, pero con la prudencia necesaria para mantener contentos a sus familiares y seguidores y a los miembros de otras tribus. Lo que nosotros consideramos corrupción es la forma tradicional de disponer de la riqueza, como cuando en la Andalucía de Felipe y Guerra se decía que "¡por fin roban los nuestros!". Así, Gabón está gobernado por el presidente Omar Bongo desde hace 36 años, no todo el tiempo como dictador, sino como jefe que sabe mantener la paz y gozar de la riqueza. Bongo es el segundo presidente desde la independencia en 1960. Instauró el multipartidismo y las elecciones libres en 1985. Pese a algunos golpes y crisis económicas, ha mantenido, con la ayuda omnipresente de los franceses, una moderada libertad de prensa, no mata ni tortura como Obiang en Guinea, no enciende la guerra civil, no guerrea contra sus vecinos. El francés es la lengua oficial. La principal preocupación del país es ver si designa

un sucesor adecuado, como Franco en su día. No es poco esto, en un Continente destrozado por la violencia civil y militar.

Es revelador que Bongo sea miembro de una tribu minoritaria, los “bateké”, por lo que gobierna en relativa paz: si perteneciese a una de las grandes etnias, cual la “bapunú” o la “fang”, habría corrido la sangre como en Ruanda, Sudán, Costa de Marfil, Congo... Bongo asignó los 43 puestos del Consejo de Ministros cuidadosamente entre su familia y también entre los miembros de etnias distintas a la suya. El peso de las tradiciones tribales es aplastante: el incesto no es tabú, las niñas púberes son llevadas al abuelo para iniciarlas; todo pertenece al “nganga” o sabio que encabeza la gran familia. La religión animista subyace, pese a un barniz de religión cristiana o musulmana: las enfermedades se deben al mal de ojo, antes de las elecciones los ministros visitan su poblado en la selva para consultar a sus antepasados con ritos inmemoriales, en las ciudades cunden el vudú y las ceremonias de la masonería rosacruz; se perpetran sacrificios humanos, cuanto más dolorosos por la proximidad de la víctima, más meritorios.

Todo el mundo lo sabe, nadie lo dice. En momentos cruciales de la vida social, aparecen cadáveres de niños, atados de pies y manos, y privados de ojos, dedos, y otros órganos, que han servido para oscuras ceremonias. El viajero tiene testigos fidedignos de víctimas en ese estado, arrojadas por el mar o abandonadas en la selva. Mientras caminaba por la selva tras un guía guineano que penosamente se abría paso por la vegetación con su “panga”, sorprendido ante una familia de huidizos elefantes, calado por repentinas lluvias tropicales, se le presentó cegadora la evidencia de que las fuerzas oscuras de la animalidad humana deben encauzarse y disciplinarse. La reverencia idólatra ante la

Naturaleza, la tolerancia integral de costumbres salvajes, el respeto ilimitado de todas las culturas, no son aceptables. Hay un mínimo de valores irrenunciables que hemos aprendido de la religión cristiana y la ilustración racional. Apoyemos el África que quiere civilizarse.

El fracaso de América Latina

19/11/2004

Álvaro Vargas Llosa acaba de publicar un libro notable, con el título de "Rumbo a la libertad: por qué la izquierda y el ‘neoliberalismo’ fracasan en América Latina" (Planeta). Su lectura es obligada para todos los que se interesen en el subdesarrollo, especialmente para quienes tienen puestas sus esperanzas de remedio tanto en el socialismo como en el liberalismo. Lejos de ser un ensayo de los que se lleva el viento, el estudio de ese curtido periodista y elegante escritor que es el joven Vargas Llosa está construido sobre una sólida base científica y un íntimo conocimiento de la realidad de Iberoamérica. El socialismo, el populismo, el nacionalismo económico en los que tantas almas generosas pusieron su esperanza tenía que fracasar, pero lo hizo en América con más dureza que en los países del norte. El capitalismo, la democracia, las uniones aduaneras no han conseguido remediar los daños causados por los intervencionistas de derecha e izquierda. Las razones que aduce Vargas Llosa para ese doble fracaso deberían convertirse en instrumentos de análisis de uso obligado.

La tesis del libro consiste en señalar que ningún salto adelante es posible con los cinco principios de opresión que caracterizan la historia y el presente de América Latina: corporativismo, mercantilismo de Estado, privilegio, transferencia de riqueza y legislación política. Estos principios de opresión se remontan a los Estados indígenas y a la época de la colonización hispana, pero las repúblicas nacidas de la independencia no supieron corregir tales vicios. Las sociedades americanas al sur del río Grande han

seguido organizándose sobre la base de colectivos en vez de primar la autonomía individual. El comercio, apenas libre algunos años tras la destrucción del monopolio español y portugués, ha estado intervenido por el Estado, ya para primar la exportación, ya para reservar el mercado nacional o comunitario a grupos privilegiados. Naturalmente, el privilegio de los poderosos o de los burócratas no se ha reducido al comercio, sino que tomó forma de latifundismo en el siglo XIX, y en el XX de empresas públicas detentadas por sus empleados, de exclusivas en el negocio bancario, o directamente de corrupción política. El efecto de estas corruptelas ha sido la permanente transferencia de ingreso y riqueza de productores a buscadores de rentas. Por fin, todos estos vicios necesitaban la continua legislación para cambiar las reglas a favor de colectivos poderosos. El ejemplo de las 318 enmiendas a la Constitución mexicana por los gobiernos del PRI es llamativo. Indica una utilización del Derecho para objetivos coyunturales e interesados en Latinoamérica. Sin reglas imparciales para la protección de los derechos humanos, los derechos de propiedad y el cumplimiento de los contratos, no es posible conseguir un desarrollo económico y social sostenible. Los observadores de fuera nos asombramos del caos de la historia de Latinoamérica: revoluciones, dictaduras militares o civiles, cambios bruscos de política económica. Vargas Llosa busca explicar estos vaivenes por la ilegitimidad de las repúblicas en la conciencia de sus pueblos. El conservadurismo de los gobiernos al servicio de los terratenientes durante el siglo XIX desembocó en la sangrienta revolución mexicana de 1910, pronto imitada. Esa revolución y sus imitadoras, sin embargo, no crearon sociedades abiertas al servicio del individuo, sino repúblicas basadas en la soberanía popular concentrada en un presidente todopoderoso. La desilusión ante el fracaso de regímenes

autocráticos apenas vestidos de un manto populista abrió la puerta a golpes militares y revoluciones comunistas aún más alejados de la legitimidad. Una de esas sublevaciones ha sido la que agudamente llama Vargas Llosa, la revuelta de las elites de la década de 1980 para traer un falso capitalismo.

Una de las peores desgracias de América Latina es su relación con EEUU. El antiamericanismo de los latinos es una forma de desplazar la culpa propia sobre cabezas ajenas, pero los vecinos del norte han sido torpes en su relación con el resto de América. El proteccionismo comercial desde finales del siglo XIX, la ayuda económica y política a gobiernos corruptos y sus protegidos durante la guerra fría, los cambios de la política de inmigración y, ahora, el inmenso fracaso de la guerra contra las drogas han contribuido al odio al capitalismo liberal que EEUU debería representar. Hasta las instituciones internacionales apoyadas por Occidente, como el FMI, han cometido graves errores: no supo ver la crítica implícita que suponía la fuga de capitales de Iberoamérica, mayor en los últimos veinte años del siglo XX que toda la ayuda del Fondo a los países en desarrollo.

Quizá lo más útil del libro sea el análisis del fracaso de esa revolución de las elites, de ese intento de traer el capitalismo a sus países, que sólo ha tenido éxito en Chile. También los economistas fracasamos cuando nos especializamos en exceso y olvidamos las condiciones sociales y legales de la sociedad abierta. La vuelta al libre mercado que ahora tantos latinoamericanos ponen en cuestión ha fracasado por no haberse liberado las repúblicas de los cinco principios de opresión tradicionales.

La pregunta acuciante es si podrá Latinoamérica seguir el camino de libertad y prosperidad que señala Vargas Llosa en su último y esperanzado capítulo, o si seguirá el ejemplo de Chávez dedicado a derruir estatuas de Colón el día de la reivindicación del indígena.

Reformas económicas

23/11/2004

El programa económico de George W. Bush para su segundo mandato es ambicioso y parece positivo en su conjunto, si es capaz de llevarlo adelante. La reforma del sistema fiscal, la creación de cuentas personales en la Seguridad Social, la reducción de indemnizaciones judiciales por daños y perjuicios serían mejoras radicales y necesarias. El programa de calidad de la enseñanza pública, sin embargo, no es un programa tan bueno como la introducción del bono escolar de la que habló en la campaña electoral de 2000. También hay que preguntarse si el abultado déficit presupuestario, así como el de la balanza de pagos y consiguiente depreciación del dólar, pueden dar al traste con la ansiada recuperación de la economía "useña" y la del mundo entero.

¿Qué es esto de "useña"? Pues "de USA", adjetivo que copio de Pío Moa, por evitar trabalenguas como "estadounidense" o imprecisiones como "yanquis", que éstos eran los del Norte en la Guerra de Secesión. Ya dirán mis lectores si les parece bien. Entrando en harina, diré que la limitación de las indemnizaciones otorgadas por los jurados en los juicios por daños es una medida ampliamente esperada que quedó sin aprobar en el primer mandato de Bush: allí se pasan la vida en los tribunales.

También es necesaria una transformación del sistema fiscal y no sólo en EEUU. En el primer mandato, el cambio tomó el camino fácil de recortar impuestos, principalmente sobre beneficios del capital. Ahora su plan es más ambicioso. Pretende que el Congreso

simplifique las reglas del impuesto sobre el ingreso de las personas físicas, para, rebajando tipos, animar el ahorro y premiar el riesgo empresarial. Seguramente no se atreverá a proponer un tipo único en la tarifa del impuesto (como, ¡oh maravilla!, nos prometen los jóvenes turcos del equipo de Solbes para 2006). También ha puesto la condición de que esta reforma sea neutra por lo que toca a los ingresos, es decir, que no multiplique el déficit público: para ello quiere Bush ampliar la base del impuesto suprimiendo deducciones, excepto la de intereses por la compra de vivienda y la de donaciones culturales y de caridad. Para soslayar obstáculos, ha propuesto que una Comisión apolítica estudie la reforma. Además le ayuda el que hay un impuesto que debe reformarse inmediatamente: se trata del Impuesto mínimo sobre el ingreso (Alternative Minimum Tax) creado para que los muy ricos no pudieran evitar del todo el pago del impuesto alegando pérdidas en la Bolsa. El aumento aparente de los ingresos de la clase media, por efecto de la inflación, la expone a esta exacción mínima obligatoria. Precisamente aprovechando la supresión de esta figura impositiva, puede Bush tener el gusto de suprimir la deducción de los impuestos locales en la declaración del impuesto federal, lo que castigaría a los residentes en estados como Nueva York, que en su mayoría votaron por Kerry.

Propone Bush permitir a los trabajadores más jóvenes colocar parte de sus contribuciones a la Seguridad Social en cuentas personales de inversión en activos financieros. A corto plazo, ello supondría un aumento de la deuda, por la necesidad de seguir pagando las pensiones de los mayores, con un ingreso menor en la Caja de las pensiones de reparto. A medio plazo, sin embargo, la inversión del ahorro forzoso de los jóvenes aumentaría la capacidad de crecimiento de la economía. Además sería aceptable

reducir las futuras pensiones públicas de los titulares de esas cuentas de ahorro forzoso. La reforma sería valiente y oportuna, si el Gobierno de EEUU la consiguiera, pues el actual sistema de pensiones públicas está en quiebra técnica.

En su primer mandato, el presidente Bush consiguió la aprobación de la Ley "No dejar atrás a ningún niño" (No Child Left Behind Act). Cada estado establecería unas pruebas de calidad de la enseñanza y la Federación ayudaría entonces a los colegios que no alcanzaran el mínimo con fondos y formación profesoral. Pero después de un año, si no mejoraban los colegios, tendrían que permitir que los padres se llevaran a sus hijos a otros institutos o les pagaran clases particulares. Ahora quiere extender este programa a toda la enseñanza media. En vez de tanta complicación, sería mejor que las familias pudieran elegir el colegio que quisieran, con ayuda de un bono escolar.

EEUU está financiando la guerra contra el terrorismo principalmente con deuda pública, como desgraciadamente ha ocurrido desde la aparición del Estado moderno. Esa deuda la coloca entre sus ciudadanos y entre bancos centrales extranjeros. La compra de deuda en el interior reduce la capacidad de gasto de los particulares y reduce el crecimiento potencial de la economía. Los bancos centrales extranjeros, sobre todo los de China y Japón, ayudan así sin querer a financiar la guerra y reducen el déficit de la balanza de pagos de EEUU. Pero la generosa política monetaria de Greenspan está contribuyendo a depreciar el dólar. ¿Qué puede ocurrir si un día empiezan a vender esos bonos porque su valor se reduce demasiado? No quiero ni pensarlo.

La talla de Aznar

10/12/2004

Durante las casi once horas de su declaración ante la Comisión Investigadora del 11 de marzo, José María Aznar confirmó su integridad como persona y su solidez como político. Pretendida víctima de un espectáculo de acoso y derribo, se tornó en acusador de quienes, en su afán de desprestigiarle, habían dado pábulo a falsos rumores e incluso habían arrojado sobre su Gobierno culpas de acción u omisión por la espantosa matanza de Atocha. Incluso si no coincidiéramos con la totalidad de sus afirmaciones, seguiríamos sosteniendo que Aznar salió indemne de los cargos que varios diputados de izquierda y nacionalistas le imputaban.

El primer cargo con el que hubo de enfrentarse Aznar fue que su Gobierno había mentido deliberada e interesadamente al atribuir a ETA durante casi un día y medio la autoría del crimen, porque ello daría sin duda al PP la victoria en las inminentes elecciones generales. Por el contrario, los ministros creían sinceramente que se trataba de ETA. A quienes seguimos el pormenor de las investigaciones policiales durante aquellas horas del 11 y 12 de marzo nos parecía cierto lo que decía el Gobierno. Los intentos de la banda terrorista vasca de organizar un atentado de semejantes proporciones en la Estación de Chamartín las Navidades anteriores parecían confirmarlo. Ibarreche lo creyó. Rodríguez Zapatero, según declaró Aznar ante la Comisión, le dijo eso mismo en la primera de las dos conversaciones telefónicas que mantuvieron. Luego se descubrió la camioneta con cintas coránicas y Acebes dio cuenta inmediata del hallazgo y ordenó que se abriera una investigación subsidiaria siguiendo la pista islámica. La ministra

Ana de Palacio envió telegramas atribuyendo el atentado a ETA por un exceso de confianza en la validez de los primeros indicios mas no en el marco de un intento deliberado de esconder la realidad. En fin, oídas las detalladas declaraciones de Acebes primero y de Aznar luego ante la Comisión, creo que a muchas personas de buena voluntad les parecerá que no hubo mentira deliberada, todo lo más error inicial explicable.

Un error que, en mi opinión, sí cometió el Gobierno Popular fue el no convocar inmediatamente la Comisión del Pacto Antiterrorista. Aznar lo explicó en la Comisión diciendo que no quería distraer de sus perentorias obligaciones a los ministros encargados del caso. Quizá hubiera servido para unificar posturas frente a este nuevo ataque el que los diputados de la oposición hubieran participado en las deliberaciones sobre las medidas a tomar. En vez de la unidad ante el ataque, corrieron informaciones improbables, pero fueron los enemigos del gobierno quienes las lanzaron. Por ejemplo, se difundió el bulo de que el Gobierno había llevado a la firma del Rey un decreto aplazando las elecciones. La SER habló de cadáveres de terroristas suicidas encontrados en los vagones destrozados. Hay que decir que esa radio y los periódicos afines organizaron una campaña sistemática para desalojar al PP, con un tono rayano en el odio personal, como tenían acostumbrados a sus oyentes y lectores desde la victoria de los populares por mayoría absoluta en el año 2000. A esa campaña periodística se añadió el comportamiento ilegal de quienes se acordaron para asediar las sedes del PP durante la jornada de reflexión, acusando al Gobierno de mentir y sobre todo de ser culpable de la matanza por haber apoyado a EEUU en la guerra del Irak.

El segundo cargo, explícito en boca de izquierdistas y nacionalistas extremos, implícito en las preguntas de otros más moderados, es que el atentado no habría ocurrido si Aznar no hubiera apoyado tan claramente al presidente Bush en la guerra de Irak. La culpa la tuvieron sola y únicamente los terroristas. No debería haber hecho falta que Aznar lo dijera. Envidió la suerte de Bush de que no le culparan a él y al Gobierno americano del ataque a las Torres Gemelas y al Pentágono. El atentado de Atocha demuestra precisamente que es necesario combatir el terrorismo islámico con toda firmeza y decisión, no que haya que lavarse las manos como Pilatos y dejar el trabajo duro en manos de otros más valientes. Aznar decidió, en contra de la mayoría de la opinión pública española y de algunos de sus ministros, que había que estar del lado de Bush y Blair en la cuestión de Irak, a riesgo de perder las siguientes elecciones. Pero esas son las reglas de juego de la democracia parlamentaria: el presidente del Gobierno puede tomar decisiones impopulares si cree que la salud pública lo exige. Luego los votos hablan. Creo que de todas maneras habría ganado las elecciones si los terroristas islamitas no hubieran buscado cambiar el signo de éstas con un ataque que acobardara al pueblo español. Otra vez digo que una persona ecuánime tendrá que admitir que Aznar tenía razón cuando afirmó que el atentado buscaba precisa y calculadamente dar un vuelco a las elecciones que parecía tener ganadas el PP.

El tercer cargo contra Aznar era la falta de previsión y preparación ante un posible ataque de terroristas islámicos. Si a algún Gobierno no se le puede acusar de dejación ante el terrorismo y en especial ante esa parte, minoritaria por cierto, del Islam dedicada a destruir la civilización occidental, es al Gobierno de Aznar. La persecución desatada contra José María Aznar desde el 11-M

debería parecer excesiva incluso para sus críticos. Para quienes creemos que el sitio de España es estar al lado de los EEUU y sus aliados contra nuestros enemigos, la figura de Aznar se engrandece a medida que pasa el tiempo.

¿Adónde vas, Europa?

02/3/2005

El presidente del Gobierno español, señor Rodríguez Zapatero, dio muestras de imprudencia al convocar precipitadamente el referéndum consultivo del domingo 20 de febrero sobre la proyectada Constitución de la UE. Nunca se pensó que fuera a ganar el "no", puesto que los cuatro principales partidos: socialistas, populares y nacionalistas de derecha vascos y catalanes, apoyaban la aprobación. Se temía, sin embargo, una gran abstención y muchos "noes" malhumorados. Al final, un amplio 78% de los que votaron dijo "sí", mas la participación justo alcanzó el 42% del cuerpo electoral, dos puntos por encima de lo que se consideraba el mínimo aceptable: he aquí un resultado que deslució las esperanzas de que la consulta fuera una fiesta del europeísmo y del zapaterismo.

No es nada satisfactorio que un 58% de los votantes se mantenga lejos de las urnas en una consulta de tanta importancia, la mayor abstención de todas las votaciones generales desde que se restauró la democracia en España. En efecto, el porcentaje de los "síes" aplicado a la totalidad del cuerpo electoral equivale a un mero 32%. Muchos se negaron a votar porque parecía que el referéndum era un plebiscito sobre la persona del presidente del Gobierno. Muchos se retiraron disgustados por una campaña electoral que apeló a los sentimientos más que a la inteligencia. ¿Adónde se pretende que vaya Europa con este nuevo texto constitucional? La respuesta no está nada clara, por lo que la abstención de tantos votantes es comprensible.

El proyecto europeo es ambiguo por su propia naturaleza, pues sus creadores han buscado siempre mantener un púdico claroscuro para disimular profundas diferencias y resistencias entre los socios y conseguir que fuesen uniéndose casi sin darse cuenta. El método "Jean Monnet" ideado, aplicado desde antes del Tratado de Roma, ha consistido en utilizar la armonización económica para facilitar la integración política. Se empezó por la Comunidad del Carbón y del Acero y Euratom, siguió el Mercado Común, luego fue el Mercado Único y, más recientemente, la Unión Monetaria y el euro. La Unión Europea ha ido creándose por la puerta de atrás.

Este modo de proceder ha tenido sin duda éxito, y la mejor prueba de ello es que el club ha crecido sin parar: de seis ha pasado a tener veinticinco miembros, y aún quedan unos cuantos a la espera de entrar. Los nuevos socios ya no acuden por motivos meramente económicos, como la conveniencia de participar en una gran unión aduanera o las ventajas de competir en un mercado tan amplio. Acuden porque esperan ayudas para elevarse al nivel de los socios más prósperos, pero sobre todo porque quieren anclar definitivamente su sistema democrático y mejorar su seguridad.

Esta forma de proceder sufre dos desventajas: una, que la integración se realiza sin el apoyo explícito de los ciudadanos; otra, que la economía sufre al convertirse en un instrumento político. Del déficit democrático son muy conscientes las elites que van pastoreando el pueblo hacia el objetivo indefinido y disimulado de la unión federal. Por eso han buscado reunir en un solo texto acromegálico lo fundamental de la UE y pasarlo a la aprobación de los 25 países. Por eso han aumentado en este nuevo tratado la importancia del Parlamento Europeo, haciéndolo colegislador con el Consejo de Ministros y exigiendo su aprobación de los gastos de

la UE. Por eso han transformado la figura del presidente del Consejo Europeo, con la ampliación de su mandato a dos años y medio, renovable por una sola vez.

Sin embargo, la cifra de abstenciones en el referéndum español, y seguramente en otros futuros, indica el poco arraigo de las instituciones europeas en las conciencia de los europeos: el Parlamento, el Consejo, la Comisión son entes que flotan en el limbo de Bruselas, sin verdadera relación con los ciudadanos.

La economía crea prosperidad cuando es abierta y competitiva. Mas cuando se la utiliza para fomentar sentimientos de unidad política y solidaridad social, se tuerce y adultera y acaba funcionando mal. Eso es lo que pasa hoy a nivel nacional en el corazón del continente, en Francia, Alemania, Italia. Es lo que puede pasar si las vías abiertas al intervencionismo social presentes en el proyecto de Constitución se ensanchan a instancias de los empleados de la Comisión en Bruselas, como ha venido ocurriendo con todos los poderes incipientes que se les han concedido en el pasado. No sólo tienen todas las competencias exclusivas, y las compartidas (que no pueden ejercer los Estados más que si la UE las olvida); también tendrá la Unión poderes para "coordinar las políticas económicas, las políticas de empleo y las políticas sociales". Tiemblo. Con un texto como éste en la mano, que impone la consulta de las políticas de las empresas con los sindicatos, o el derecho a la limitación de la jornada de trabajo y a las vacaciones pagadas, por dar unas pocas muestras, me temo que no habrá límites al intervencionismo de Bruselas.

En este barco estamos montados, y ciertamente no nos conviene bajarnos. El esfuerzo de todos los amigos de la libertad y la

prosperidad debe, pues, concentrarse en apoyar las políticas de apertura del mercado hacia dentro y hacia fuera, como la directiva de servicios –a la que se opone Francia– o la Agenda de Lisboa, que ha vuelto a lanzar Barroso. Seguirá concurrido el limbo de la abstención.

Privatizar la TV pública

11/3/2005

Un “Comité de sabios” presidido por Emilio Lledó ha cocinado un Informe sobre el futuro de RTVE, con un voto particular y crítico de Fernando González Urbaneja, el presidente de la Asociación de periodistas. La postura de Urbaneja es la más sensata de todas. Denuncia que la propuesta del resto de los sabios es continuista, pues no corregiría la alegría en el gasto, el mal uso de los recursos humanos, la desorganización burocrática, la falta de espíritu comercial de nuestra televisión pública. Urbaneja tiene razón. Si el Estado asume la deuda de 7.000 millones de euros acumulados por RTVE y además subvenciona la mitad del gasto de las cadenas públicas con 600 millones de euros anuales (la parte que se considera “servicio público”), faltará incentivo para reformar. Además, una TV que tira con pólvora del rey en uno de los dos cañones, seguirá planteando una competencia injusta a las TV privadas, por mucho que se le obligue a reducir la publicidad que contrata.

No parece habérseles ocurrido a los miembros del Comité que la mejor televisión pública es la que no existe. Es un síntoma de la decadencia de la democracia sin reglas bajo la que vivimos el que se considere normal que haya una televisión gubernamental, sea nacional o de las Autonomías. ¿Por qué todo el mundo considera posible confiar en la competencia mercantil para conseguir una oferta variada, contrastada y libre de publicaciones escritas y parezca normal que las autoridades controlen uno o varios canales de TV? Para disimular sus apetencias, los lobos gubernamentales se visten con pieles de cordero y hablan con voz profesoral de la

necesidad de un “servicio público” de TV. La verdad es otra: los políticos no quieren soltar un poderoso instrumento de convicción subliminal que les permite mejorar su imagen e influir en el voto.

Los mejor intencionados sufren “el síndrome BBC”, reconocible por dos síntomas: la esperanza de que en España sea repetible un servicio no comercial de TV a la británica; y la creencia de que la BBC es neutra. Todo servicio público televisivo se caracteriza por el paternalismo y la falsa objetividad: moraliza aburriendo y cae en lo “políticamente correcto”, como hoy se dice. Entre las dos guerras mundiales, Churchill tuvo que comprar tiempo en Radio Montecarlo para avisar de los planes agresivos de Hitler y pedir incansablemente el rearme, porque la BBC apelaba por turno al partido conservador y al laborista, ambos contrarios al rearme del Reino Unido. El mes pasado la BBC, siempre al servicio del “establishment”, ha admitido un prejuicio subliminal contra los críticos del proyecto de Constitución europea, Ya sabemos que la TV española en abierto es de ínfima calidad, pero los que se sientan disgustados por sus tristes programas deben aplicar el sano correctivo de marcharse a la competencia, aprovechando la oferta de los innumerables programas de todo el mundo puestos a nuestra disposición gracias al satélite, el cable y la banda ancha.

Bienes y servicios públicos

25/3/2005

Los socialistas de todos los partidos han causado una inflación de derechos sin deberes y de servicios públicos sin suministro. Son bienes públicos, según el título uno de la Constitución Española, la educación, la protección de la salud, el acceso a la cultura, el disfrute del medio ambiente, el patrimonio artístico y cultural, una vivienda digna y adecuada. El título octavo reparte las competencias sobre el control de los ferrocarriles, carreteras, puertos y aeropuertos entre el Estado y las Autonomías. Según leyes recientes promulgadas de 1980 a 1988, son servicios públicos cuya titularidad corresponde al Estado la radiodifusión y la televisión, el suministro de combustibles gaseosos por canalización, los transportes públicos regulares permanentes de viajeros de uso general, las telecomunicaciones. En caso de que alguna compañía privada quiera suministrarlos, lo podrá hacer sólo por graciosa concesión administrativa. La lista no tiene límite, pues el artículo 128 de la Constitución dice que “mediante ley se podrá reservar al sector público recursos o servicios esenciales, especialmente en caso de monopolio”.

¡Claro que sí!, dirán muchos lectores. No se puede confiar al caótico mercado la protección de esos bienes públicos y el suministro de esos servicios esenciales. Sólo el Estado puede garantizarlos. Pues para cambiarles las ideas, quiero introducir dos conceptos en el discurso: la noción de bienes y servicios colectivos; y la diferencia entre producir bienes colectivos y redistribuir riqueza.

Digan “bienes y servicios colectivos” en vez de “públicos”. Todo cambia de golpe. Colectivo es aquello que se consigue mejor cuando hay cooperación de muchos, en vez de meros esfuerzos individuales. La cooperación puede ser competitiva, empresarial, política. La competencia económica es una forma de cooperación social, una cooperación no planeada que emerge de la persecución del interés individual, cuando se trata de bienes y servicios divisibles. La organización empresarial es una forma de actuación colectiva: una empresa de fabricación de automóviles es un esfuerzo colectivo para el que los accionistas, gerentes y empleados firman contratos de cooperación para lanzar los productos al mercado.

Por fin, hay ciertos bienes y servicios, como son la defensa nacional, la justicia, los museos nacionales, la investigación científica fundamental, que es posible no puedan alcanzarse óptimamente por empresas o asociaciones y que los ciudadanos de un país acuerdan financiar coactivamente con impuestos. Pero como la financiación fiscal se presta a abusos por parte de quienes monopolizan el poder del Estado, siempre hay que preguntarse en el caso de los bienes colectivos, mal llamados “públicos”, si no conviene para su mejor producción privatizarlos.

El peligro aparece cuando las decisiones sobre la producción colectiva de bienes y servicios se mezclan con la búsqueda de la redistribución de la renta. Por ejemplo, no hay duda de que la educación acaba siendo de mejor calidad cuando es privada. En vez de ser estatal, suminístrese a quienes lo necesiten un bono escolar; así se redistribuye sin limitar la elección individual y la iniciativa empresarial. En democracia, nadie es soberano

Abril de 2005

El constitucionalista Francesc de Carreras escribió en el diario La Vanguardia de Barcelona, el 3 de febrero, un luminoso artículo titulado '¿Es Ibarretxe un demócrata?'. Debería ser de lectura obligada para quienes, apelando a la soberanía popular y al derecho de autodeterminación, justifican la destrucción del orden constitucional que ha servido de base para la convivencia de los españoles durante los últimos veinticinco años. Es parte de la esencia de una democracia liberal el que la soberanía no esté nunca en unas solas manos. Si la soberanía no se comparte entre distintos poderes del Estado, corren grave peligro las libertades personales.

Bien sé que el artículo 1.2 de la Constitución española dice que "la soberanía nacional reside en el pueblo español, del que emanan los poderes del Estado". Me permito disentir respetuosamente de esa fórmula, que encuentro en contradicción con las instituciones establecidas en el resto del texto constitucional. ¿Quién es ese "pueblo"? Esas palabras crean la falsa impresión de que una parte de la sociedad, el "pueblo", puede definir sin apelación lo que es justo y bueno. De ahí a decir que el "Pueblo" vasco o el catalán o el gallego pueden autodeterminarse como Estadonación no hay más que un paso, que muchos están dispuestos a dar sin atender a las repercusiones en la convivencia social.

La democracia liberal, en la tradición de la Gran Bretaña y sobre todo de EEUU, no se basa en la soberanía popular. Los ciudadanos desempeñan en el momento de las elecciones un papel censor, mas no ejercen directamente el poder, excepto en algunos casos, como en los juicios por jurado. El referéndum preceptivo, usado en Suiza

y en diversos Estados de la Unión americana, no es ejercido por el "pueblo" sino por una parte de los ciudadanos, y su tenor puede ser derogado posteriormente por las Cámaras y los Tribunales.

Allí el poder se encuentra dividido, más o menos perfectamente, entre Legislativo, Ejecutivo y Judicial, y además está separado entre la Administración central y las jurisdicciones locales. Nadie sostiene que la mitad más uno de los votantes o de los representantes populares pueda actuar a voluntad, como una asamblea de "sanscoulottes" en la Francia revolucionaria. Fue Karl Popper quien con más acierto supo definir, en La sociedad abierta y sus enemigos(1945), el verdadero papel del pueblo en una democracia: "No es posible caracterizar la democracia como la regla de la mayoría, aunque la institución de las elecciones generales tenga suma importancia, pues una mayoría podría gobernar tiránicamente. En una democracia los poderes de los gobernantes tienen que ser limitados; en una democracia, es posible destituir a los gobernantes, es decir, el gobierno, sin derramamiento de sangre".

El profesor Carreras señala algo evidente: el ejercicio de la presunta soberanía popular puede resultar perjudicial. Por eso –añade con atinadas palabras que no me resisto a citar– los Estados democráticos se han ido dotando de instrumentos diversos para el control de ese poder popular: "elecciones periódicas, división de poderes, inviolabilidad de los derechos fundamentales, principio de seguridad jurídica, responsabilidad de los poderes públicos, garantías procesales..." Todas estas instituciones reparten la soberanía de tal forma que nadie tenga el exclusivo monopolio de la misma, lo que no obsta para que ese reparto se organice de

manera que los ciudadanos tengan modos de decidir eficazmente sobre cuestiones generales que a todos atañen.

En especial, la inviolabilidad de los derechos fundamentales equivale al derecho de veto de un solo individuo frente a decisiones mayoritarias o cuasi unánimes de invadir su esfera personal, torturándole para obtener una confesión o imponiéndole unas creencias religiosas. Los derechos humanos son la excepción más clara e inmediata a la idea de la soberanía popular irrestricta.

Hayek observó, en la Constitución de la libertad (1960): "La soberanía popular es el concepto fundamental del demócrata doctrinario. Esto significa que para él el gobierno de la mayoría es ilimitado e ilimitable. El ideal de democracia, cuyo intento original era el de impedir todo poder arbitrario, se ha convertido así en la justificación de un nuevo poder arbitrario".

El erróneo concepto de que, en democracia, el pueblo es soberano absoluto es una morbosa herencia de los revolucionarios franceses, recibida directamente de Luis XIV, el rey al que los catalanes levantados en armas contra Felipe IV quisieron entregar Cataluña. De ese concepto deducen los demócratas plebiscitarios de hoy que el pueblo, constituido en nación, puede establecer las normas que apetezca y conculcarlas cuando le venga en gana. Para ellos, la nación como entidad metafísica puede pasar por encima de los derechos de las minorías, reclamar territorios irredentos, imponer el uso de una lengua vernácula, proclamar su independencia con ríos de sangre, sin preguntarse si los individuos son ya razonablemente libres y prósperos en la situación existente ni si los cambios impuestos encienden la mecha de la discordia.

El poder absoluto de la mayoría y la primacía indiscutible del sentimiento nacional no son compatibles con las formas de vida templadas de la democracia.

Un no francés

26/4/2005

Aumentan las posibilidades de que el pueblo francés rechace por mayoría la llamada Constitución Europea en el referéndum del 29 de mayo. Las opiniones sobre las consecuencias de tal rechazo son para todos los gustos y todas ellas pesimistas: van desde el augurio de un total y catastrófico hundimiento del proyecto de unificación de nuestro Continente, hasta la seguridad de que la compleja y obscura maquinaria de la UE seguirá funcionando como siempre, pasando por la previsión de la apertura de un nuevo y complicado período constitucional. Una sobria evaluación de las repercusiones del "no" francés quizá nos haga ver la situación con más optimismo.

Francia es con Alemania el motor de la unificación europea. Si el tratado constitucional sobre el que van a votar los franceses se interpreta como la coronación de los esfuerzos realizados desde 1957 para crear la UE, el que uno de los dos pilares de la Unión lo rechace puede parecer en efecto un golpe poco menos que mortal para el proyecto europeo. Los holandeses han convocado su referéndum para el 1 de junio: son muy europeístas, pero el asesinato del cineasta Van Gogh a manos de fundamentalistas islámicos ha despertado un sentimiento de rechazo contra la apertura de las sociedades europeas a incontables refugiados. Si Francia vota mayoritariamente "no", más probable que Holanda lo haga también, actitud negativa que puede extenderse a Dinamarca, Polonia y Chequia. Con eso, el referéndum británico de 2006 estaría perdido. En suma, un "no" francés echaría a pique el texto constitucional cocinado en la Convención de Versalles.

Cabe preguntarse el por qué de la creciente intención de voto negativo de los franceses. Un elemento fundamental es el disgusto de una mayoría con su patético presidente Chirac, al que más de dos tercios de opinantes consideran poco de fiar. Se le ve como cabeza de una "clase política" alejada de los problemas diarios de los ciudadanos, como la delincuencia atribuible a los inmigrantes, la calidad de la enseñanza, el desempleo, el poco dinamismo de la economía. Luego está la creencia de que la nueva Constitución abriría el camino a la integración de Turquía, de que está demasiado cerca del modelo económico "anglosajón", y la evidencia de que perpetúa poderes de veto en política exterior y de armonización fiscal. En todo caso, muchos ciudadanos de los diversos Estados usan los referendos europeos para expresar su malhumor frente a sus Gobiernos. Esto no es sino una manifestación de la falta de eco popular del proyecto europeo, lo que ha llevado a los partidarios de la nueva Constitución a la actitud paradójica de poner en duda la conveniencia de preguntar directamente a los votantes lo que piensan sobre Europa. Las elites europeas lamentan de boquilla el "déficit democrático" en la construcción europea, mas al propio tiempo quieren continuarla por caminos indirectos o por imposiciones impopulares.

Siguiendo con su inveterada costumbre de explicar las cosas a medias, los euroentusiastas han presentado el proyecto de Constitución como mayormente una ordenación y simplificación de los Tratados vigentes, necesaria, se dice, porque la ampliación a 25 o 30 miembros hace que la UE sea ingobernable. Su disgusto ante un rechazo indica que hay mucho más en el texto. Hay una carta de derechos que consagra peticiones sindicales sobre horas de trabajo, vacaciones, participación en los consejos de administración de sociedades, que no son exigibles bajo las

disposiciones actuales. Se abre camino a una política exterior unificada e independiente de los EEUU. Se extiende el campo de las decisiones por mayoría, lo que los eurócratas desean para evitar la competencia de países con mayor libertad laboral, impuestos más bajos, servicios más ágiles.

El rechazo de este texto forzaría el inicio de otro período constitucional, para la revisión de la carta que tan pocos apoyos parece concitar. Un nuevo intento de escribir una Constitución para Europa podría resultar aún más disgregador que el de Versalles. Sería mejor contentarse con imponer de hecho alguna de las reformas aunque fueran rechazadas: por ejemplo, Javier Solana podría acudir a las reuniones de la Comisión, sin voto pero con el apoyo de Benita Ferrero-Waldner, la comisaria de Asuntos Exteriores, y así constituirse en la voz mundial de la UE.

Por cuanto se refiere al resto, la UE continuaría como en estos últimos tiempos, funcionando a trancas y barrancas cual acostumbra. No parece que la presencia de 25 miembros la haya paralizado. Nada cambiaría en materia económica: el Pacto de Estabilidad que controla los déficit públicos ya está aguado; la directiva de liberación de servicios ya ha caído bajo los golpes de Francia y Alemania, algo que indica cómo funcionaría la UE con una Carta escrita por la vieja Europa. En resumen, el intento de presentar el rechazo del proyecto de Constitución como el fin de la UE es mera maniobra táctica, como lo es la negativa a diseñar un “plan B” para ese caso.

El lado positivo de un “no” francés sería una Europa más respetuosa de la voluntad popular en cada Estado miembro, más

variedad en materia de modelos sociales y económicos, mejor aliada de EEUU.

La moral del mercado

20/9/2005

Escribo para celebrar la vida y lamentar la muerte de Rafael Termes, quien, como ese otro gran maestro español de la libertad, Lucas Beltrán, se declaraba "cristiano penitente y liberal impenitente". Recordaré siempre con orgullo que, en compañía de otros buenos economistas, combatimos juntos en defensa de la libre economía de mercado, que él llamaba sin rebozo "capitalismo". Su original pensamiento, que asociaba religión con libertad, merece un comentario doctrinal, en estos desgraciados tiempos en que tantos aúnan religión con fanatismo.

Consideraba Termes que un católico podía defender el capitalismo e incluso debía hacerlo si era consecuente con la concepción del individuo como ser libre y responsable de su propia vida. Pocos disputan la eficacia del libre mercado en la producción de bienes y servicios. Pero son muchos los que en la Iglesia y fuera de ella sostienen que el capitalismo es radicalmente inmoral y contrario a las enseñanzas de Cristo. Termes tuvo el mérito de hacernos ver que el libre mercado contribuye a elevar la calidad ética de nuestro tiempo de tres maneras: se basa en la moral de servicio, fomenta la virtud personal y es el modo más eficaz de combatir la pobreza del mundo.

El capitalismo, decía Termes, "tiene su moral". Esa moral es el "resultado del propósito de descubrir y atender las necesidades de los demás, lo cual, en ausencia de violencia, fraude o dolor, y sin merma de la busca del legítimo interés propio, es una manifestación del espíritu de servicio inherente al capitalismo".

Además, dijo citando palabras de Juan XXIII, que en el libre mercado florecen importantes virtudes, como son “la diligencia, la laboriosidad, la prudencia en asumir los riesgos razonables, la fiabilidad y la lealtad en las relaciones interpersonales, la resolución del ánimo en la ejecución de decisiones difíciles y dolorosas, pero necesarias para el trabajo común de la empresa y para hacer frente a los eventuales reveses de la fortuna”.

Por fin, argumentó sobre sólidas bases empíricas que el capitalismo actual favorecía precisamente esa victoria sobre la pobreza que es el ideal de toda persona bien nacida y de buen corazón. Para ello tenían que darse tres condiciones en las regiones en desarrollo: a saber, la propiedad privada y el respeto de los contratos; el libre funcionamiento del mecanismo de los precios; y la libertad empresarial, tanto en el éxito como en el fracaso. El resultado sería el que estamos viendo en todo el Sudeste asiático, en algún país de América Latina y en escasos lugares de África: la elevación del nivel de vida de cientos de millones de personas de entre las más humildes del Planeta. Pero esas condiciones, siendo necesarias, no eran para él suficientes. Para conseguir la redención de los pobres de forma definitiva, el libre mercado tenía que ir acompañado por el respeto de los derechos individuales a la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad, cual reza la feliz fórmula de la Declaración de Independencia de Estados Unidos de América del Norte, que él citaba tan a menudo.

Descanse Rafael Termes en paz, tras muchos años de labor bien hecha.

Federalismo enfermo

08/11/2005

Uno de los aspectos más desgraciados de este principio del siglo XXI en España es el renacimiento del nacionalismo, tanto local como español. El prólogo del Estatut parece escrito por algún filósofo alemán romántico del siglo XIX, peregrino del espíritu del pueblo, místico de la relación entre tierra, lengua e historia, lloroso por las heridas que causara el opresor extranjero. Examinen sus conciencias, señores nacionalistas, y confiesen que no es del todo injusta esta descripción. Pues bien, igualmente podría aplicarla al nacionalismo franquista de mi juventud, que ahora, como un virus maligno, está infectando a vascos, catalanes y gallegos.

Apoyé nuestra Carta Magna y, por cierto, ayudé a redactar alguno de sus artículos económicos, porque creía y creo que recoge el espíritu del patriotismo constitucional que definió Habermas: un amor al propio país, por razón de que, recogiendo lo mejor de su tradición, está organizado liberal y democráticamente.

El documento remitido a las Cortes Generales es en realidad una pequeña Constitución. Por muchos retoques que consiga hacerle el frívolo del presidente del Gobierno (tontamente dijo que aceptaría todo lo que viniese del Parlament y ahora se desdice), creo que cambia fundamentalmente nuestro orden fundamental: en efecto, busca transformar el Estado de las Autonomías que nos dimos en 1978 en un Estado federal asimétrico, como lo denominó ese otro frívolo de president de la Generalitat (bobamente se ocupa de promover a su hermano, mientras arde Roma).

Si la mayoría del Parlament quiere reformar la Constitución Española, hágalo siguiendo el procedimiento del Título X. Las Asambleas de las Comunidades Autónomas pueden enviar una

propuesta de reforma a las Cortes y defenderla ante ellas. Si la reforma modifica los derechos y deberes fundamentales, tendrán que aprobarla los dos tercios de las Cortes, que luego serán disueltas inmediatamente. La razón de estas precauciones es evitar que una mayoría relativa, nacional y especialmente local, legisle opresivamente.

Una de las razones por las que el texto propuesto por el Parlament no nos alarma tanto como debería es que Cataluña se encuentra dentro de España y Europa: por eso no inquieta demasiado que el proyecto tienda a romper la unidad del mercado español, hable de un sistema de planificación de la economía catalana, pida el control catalán del comercio, los puertos y aeropuertos, o la catalanización del sistema de justicia y notariado, la universidad y la enseñanza toda, y paro de contar. Un ordenamiento superior garantiza que haya remedio para los despropósitos. Ese es el papel de las directrices y reglamentos de la UE y de la Constitución española, con todos los defectos de esas normas.

Los parlamentarios catalanes, en su afán de blindar sus competencias, han creado un monstruo Frankenstein de Estatut. El nuevo texto se mete en todos los entresijos de la vida civil, dando poderes para quedarse con todo el dinero, ordenarlo todo, vigilarlo todo; atarlo todo, atado y bien atado.

¡Federalismo, qué de pecados se cometen en tu nombre! El federalismo está muy bien mientras no sirva para blindar pequeñas claques de padrinos locales, obstaculizadores de toda reforma. Estamos viendo la dificultad con que se enfrenta la ansiada reforma de la economía alemana por el continuo choque entre el Bundestag y el Bundesrat. En Nigeria, en Pakistán, en Argentina,

los jefecillos locales de estados o provincias se atrincheran en el gasto excesivo y el clientelismo electoral. No basta con meter al Estatut en la horma constitucional, ni basta con que lo apruebe el 80% del Parlament para evitar que sea opresivo.

Una Constitución o un Estatut no se puede redactar a la manera de las constituciones progresistas españolas del siglo XIX, con un "¡trágala perro!", cual rezaba la brutal canción de los liberales de 1821. El proyecto, so capa de separar Iglesia y Estado, es claramente anticlerical. Además, una norma fundamental no puede imponer a los católicos de Catalunya el aborto o a la eutanasia como un derecho fundamental. Todo lo que toca al feminismo, los derechos laborales, el medio ambiente, la economía, la educación, la cultura, está teñido de ese falso progresismo que ha venido a sustituir la religión en las conciencias de los nacionalistas republicanos de hoy.

La propia Constitución española no está libre de alguno de esos defectos, pero al menos fue el resultado de un acuerdo entre españoles de todas las creencias y convicciones, en vez de una imposición de una mayoría coyuntural sobre una minoría desasistida.

¡Pobre Cataluña, pobre España!

Las dos caras de Adam Smith

18/11/2005

El gran libro de Smith, “La teoría de los sentimientos morales” (1759), comienza con las palabras siguientes: “Por muy egoísta que se suponga que es el hombre, es evidente que hay en su naturaleza algunos principios, que le hacen interesarse por la fortuna de los

demás, y hacerle necesaria su felicidad, aunque nada derive de ella si no es el placer de verla". Se equivocan pues quienes creen que para Smith, los hombres se mueven sólo por el propio interés, aunque ese sea un impulso muy poderoso: "este sentimiento, como todas las demás pasiones originales de la naturaleza humana, no se limita a los virtuosos y humanitarios, aunque quizá lo sientan con exquisita sensibilidad. El mayor rufián, el violador más endurecido de las leyes de la sociedad, no carece completamente de él.

Es bien sabido que Adam Smith, en "La riqueza de las naciones" (1776), presentó una imagen distinta del ser humano. La frase se ha hecho famosa: "no es de la benevolencia del carnicero, el cervecero o el panadero de lo que esperamos nuestra cena, sino de sus miras al interés propio, y nunca les hablamos de nuestras necesidades sino de sus ventajas". Al escribir su tratado sobre la economía, Adam Smith pareció olvidar lo dicho en su libro de 1759. Los comentaristas alemanes lo llamaron "das Adam Smith Problem". Es este algo más que un problema de historia del pensamiento: parece señalar una división casi esquizofrénica en el ser humano.

El premio Nobel Vernon Smith escribió en 1998 un trabajo titulado "Las dos caras de Adam Smith", en el que contrastó estas dos teorías de Adam Smith con experimentos realizados en laboratorios informáticos, con personas y dinero reales. En el "juego del dictador" uno de los jugadores recibe 100 dólares y puede decidir cómo los reparte con otro de los estudiantes; si este segundo rechaza lo que le dan, ambos quedan sin nada. Según la teoría "La riqueza de las naciones", un reparto aceptable sería 99 dólares por 1, pues el segundo estudiante no debería rechazarlo al considerar que 1 dólar es mejor que nada. Pero en los juegos de laboratorio, el

receptor a menudo rechaza sumas mucho mayores, por considerarlas injustas. Además cuando el “dictador” ha conversado con el receptor, suele atribuirle una suma mayor que cuando el juego es anónimo. Por eso, Vernon Smith sostiene que Adam Smith había descubierto intuitivamente dos tipos de comportamiento coexistentes en los seres humanos: la reciprocidad positiva en los intercambios personales cara a cara, y el amor de uno mismo en intercambios impersonales en el mercado económico. Cuando se trata de conocidos, entran en juego los sentimientos morales del primer libro del maestro escocés. En cambio, cuando el comercio es a distancia, los individuos miramos por nuestro propio interés. En las relaciones directas opera la reciprocidad no monetaria, disciplinada por sanciones sociales. En el mercado económico, la remuneración es monetaria y la represión de los incumplimientos opera por garantías comerciales o castigos legales. Así funcionan las sociedades libres.

Los límites de la educación pública

02/12/2005

Para John Stuart Mill era un axioma casi evidente que el Estado tenía la obligación de exigir e imponer un nivel mínimo de educación para cuantos hubiesen nacido a la ciudadanía en su seno. Consideraba una obligación exigible de los padres el que preparasen debidamente al nuevo ser que hubieran traído al mundo, para desempeñar su papel en la vida, para sí y para el resto de la sociedad. Pero no en vano presentó esa exigencia en su ensayo “Sobre la libertad” (1859): sería el primero en deplorar, añadió, que toda la educación o una gran parte de ella estuviera en manos del Estado. “Una educación pública general no es sino un instrumento para moldear a la gente a gusto del poder predominante en el gobierno”.

Los establecimientos de educación creados y controlados por el Estado deberían reducirse a ser experimentos educativos para estímulo y ejemplo de sus competidores privados. Una cosa es exigir a las familias que den a sus hijos un mínimo nivel de educación y otra muy distinta es crear un sistema educativo público predominante.

En España hoy, tanto la Administración central como la autonómica dictan la mayor parte del contenido de los estudios en todos los niveles e incluso imponen el idioma en el que se ha de impartir la enseñanza. La educación obligatoria se ofrece sobre todo a través de institutos públicos o de centros concertados sometidos a un férreo control administrativo, hasta llegar a la censura de los libros de texto escolares.

Los centros privados enseñan en lo fundamental lo mismo que los institutos; sus profesores reciben su remuneración, no del colegio, sino de la Hacienda autonómica y sus plazas se reparten por un sistema de puntos cuasi-soviético, que prima la cercanía del domicilio y el puesto de trabajo, y la escasez de medios de los padres. Han dejado de ser establecimientos privados para convertirse en concesiones o estancos educativos. En la enseñanza superior, las Universidades públicas reciben una financiación de las Autonomías que las privilegia frente a las privadas: No contentas con esto, las Autoridades deciden el contenido de los títulos oficiales que permiten el ejercicio de las profesiones, como la medicina, el derecho, las ingenierías y relegan el resto de las enseñanzas a ser meros títulos propios. Además, para que esos títulos oficiales valgan en toda la UE, se va a imponer un patrón europeo de estudios universitarios definido en Bolonia. No sé cómo hay buenas Universidades en Estados Unidos sin el debido control público. So pretexto de fomentar la igualdad de oportunidades, nuestras diversas Autoridades utilizan pues el dinero público y su potestad reguladora para moldear las mentes de los jóvenes. En aras de la libertad individual habría que privatizar todos los centros de enseñanza, como se ha hecho con el acero o las líneas aéreas. Para que mis lectores no se asusten, me contentaré con proponer una reforma más modesta: que la financiación pública a la enseñanza se entregue a las familias y los alumnos en forma de un bono que puedan gastar en el establecimiento de su elección, sea público, concertado o privado de verdad.

Neo-intervencionismo europeo

22/2/2006

En España, no menos que en otras partes de nuestra bendita Unión Europea, la política nacional vuelve a interferir en la vida económica con renovada intensidad. Esta forma de nacionalismo equivoca lo que constituye la esencia de la actividad económica: se la entiende como una forma de contienda bélica, en la que la victoria de una parte implica la derrota de la otra y por ello las autoridades se creen llamadas a defender el interés nacional. El mercado libre es otra cosa: en él la competencia hace que se acuerden los tratos más convenientes para las dos partes e indirectamente también para el conjunto de la sociedad. Si ambas no esperaran ganar, no concluirían el acuerdo. Además, "como llevados por una mano invisible, los que así persiguen su propio interés promueven el interés público, aunque no sea ésa su intención"

Los ejemplos abundan. Las maniobras del antiguo gobernador del Banco de Italia, Antonio Fazio, para evitar que el banco holandés ABN comprara Antonveneta y el banco español BBVA la Banca Nazionale del Lavoro terminaron de forma ignominiosa con su carrera, pero no sin antes cubrir de fango la ilustre institución que presidía. La directiva de liberación de servicios financieros en la UE cuenta con la oposición de Francia y Alemania y va a ser diluida por el Parlamento Europeo, pese al apoyo que le han declarado Irlanda, el Reino Unido, varios países del Este y España, donde la parte liberal del Gobierno sigue remando hacia buen puerto, sin hacer caso al despiste del capitán. El ministro de Economía francés insurgió contra la idea nefanda de que una industria estratégica,

cual es la de productos lácteos representada por Danone, pudiera caer en manos extranjeras.

Ahora se plantea en iguales términos políticos la oferta pública de adquisición (OPA) presentada por la empresa anglo-holandesa Mittal Steel para la adquisición del grupo Arcelor. El primer ministro de Luxemburgo, Jean Claude Juncker, el ministro de economía francés, Thierry Breton y el vicepresidente del Gobierno español, Pedro Solbes, han expresado su rechazo de esa OPA o al menos su preocupación por el carácter "hostil" de esa oferta de compra. ¿Quiénes son esos señores para decir nada político sobre la tal OPA? El Gran Ducado de Luxemburgo podrá expresar una opinión en la medida en que es dueño del 5,62% del capital, pero si la adquisición no resulta en la creación de un excesivo dominio del mercado, quienes tienen la última palabra son los accionistas. Es significativa la descripción de la OPA como hostil, metáfora bélica si las hay. En realidad, eso quiere decir que los compradores se han dirigido directamente a los accionistas por encima del Consejo de Administración, cuyo papel debe reducirse a defender los intereses de los dueños: si creen que el precio es bajo o que la compañía producirá más valor de mantenerse independiente, es su deber decirlo. Parece, sin embargo, que en el caso de Acerlor-Mittal, el mercado está en principio a favor, pues las acciones de la "opada" han subido un 30% y de la "opante" un 6% desde el anuncio. Si los empleados temen que la adquisición resulte en reducciones de plantilla (lo que el Sr. Mittal ha negado), deberían volverse contra el actual Consejo de Administración por no haber sabido desplegar su mano de obra y mejorar su negocio convenientemente. Lo peor son los ribetes de racismo de esta defensa, al ser el comprador un multimillonario de origen indio

(aunque de residencia británica y financiador del Partido Laborista), lo que parece molestar a los blanquitos alguacilados.

Un amigo americano

26/3/2006

La Fundación FAES del Partido Popular español se ha convertido para muchos medios de comunicación en el mandinga blanco de la canción de cuna de Montsalvatge, el coco que viene a comerse a los negritos progresistas que no quieren dormir. Aconsejo una visita a la página web de la Fundación, porque está realizando una útil labor en muchos campos, entre otros en el internacional, donde es cada vez más necesario contrarrestar la desacertada política exterior del Gobierno español frente a los Estados Unidos.

Muchos españoles sentimos, en efecto, honda preocupación por la "deriva atlántica", ese paulatino alejamiento entre la Unión Europea y EEUU en las mentes y en los hechos. Si bien el tono de las relaciones entre Europa y Estados Unidos ha cambiado sensiblemente desde la llegada de Condolezza Rice al Departamento de Estado y de Angela Merkel a la Cancillería de Alemania, no cesan los desencuentros políticos en una atmósfera de desconfianza y crítica mutuas. En algunos países como Francia y España, la opinión pública sigue dando muestras de hostilidad, no sólo contra la persona de George Bush, sino incluso contra the American way of life. A eso se añade la creciente importancia que el área del Pacífico está tomando para la política y la economía de EEUU. No es exagerado decir, pues, que la amenaza de un divorcio trasatlántico se cierne sobre la unidad del mundo democrático.

Por esas razones, Francisco Cabrillo, Jaime García-Legaz y yo mismo hemos publicado en FAES un libro titulado "Un Área Abierta de Prosperidad Atlántica", en el que proponemos la completa liberalización de las relaciones económicas entre Estados Unidos y la Unión Europea, como preludio de una mayor integración comercial del mundo. El Atlántico norte es la zona de mayor prosperidad del globo y el principal motor de la economía mundial. La UE y los EEUU conjuntamente concentraban en 2003 el 42% del PIB mundial, 24% de las exportaciones globales y el 31% de las importaciones globales. De las inversiones directas del mundo, el 62% provino de nuestras dos zonas. En EEUU y Europa se negocia el 79% del volumen de todas las bolsas de valores y realiza más del 70% del valor de las fusiones y adquisiciones. ¿Quién podría pensar que, en 2003, la inversión directa de los EEUU en Irlanda fuera más de dos veces y media la realizada en China? El volumen de los activos estadounidenses en el Reino Unido es una y media veces mayor que todo el capital de esos americanos en Asia. En 2001, las empresas estadounidenses proporcionaban empleo directo a 3,2 millones de trabajadores en la UE, mientras que, en 2002, las filiales europeas lo hacían a 3,6 millones de trabajadores en los EEUU. Todo lo que pudiera servir para ahondar esas relaciones económicas y fomentar una mayor actividad productiva en nuestra parte del mundo contribuiría al acercamiento entre americanos y europeos y también al desarrollo del resto de las economías del mundo.

El esfuerzo por liberar el comercio ya no pasa por la reducción de aranceles, excepto para la agricultura. Hoy día son las barreras no arancelarias las que dificultan los intercambios de mercancías, de capitales y servicios entre nuestras economías. Deben abandonarse las medidas anti-dumping, la salvaguardia de sectores

amenazados, las intervenciones para crear campeones nacionales, el favoritismo nacional en la contratación pública. Esa es la forma de hacer crecer las economías.

No proponemos una zona de libre comercio entre la UE y EEUU, defendida por un arancel frente al resto del mundo. Muchas de las medidas que proponemos servirían también para la liberalización del mercado mundial: así, la supresión de aquí al 2010 de la subvenciones a las exportaciones agrícolas; así, la reducción de los aranceles a un tipo igual para todos los productos del campo y de la industria cualquiera sea su proveniencia. Forma parte esencial de nuestro plan el atraer a esa zona de prosperidad otras naciones del norte de América, del hemisferio sur, del Extremo Oriente y el Pacífico, del Magreb y de Africa del Sur, si se avinieran a aceptar las mismas condiciones. Llamamos este plan un "Doha plus", es decir, un acuerdo por el que los firmantes empezaran por aplicarse todas las liberaciones ofrecidas por todas las partes de la Ronda Doha.

Una de las medidas de nuestro proyecto es inmediatamente factible. Consiste en unificar el régimen comercial de los países más pobres del mundo en ambos mercados. En vez de abrir sólo el mercado europeo a los 78 países del Asia, Caribe y Pacífico firmantes de tratados como el de Cotonou, y franquear únicamente el de EEUU a los países incluidos en acuerdos como el Tratado de Libre Comercio de América Central CAFTA, franquearíamos a todos ellos el acceso igual en ambas zonas.

El franco compromiso de los líderes de EEUU y la UE sería esencial para conseguir este objetivo de liberar los intercambios transatlánticos y por ese camino los mundiales. Ese primer paso

habrían de darlo con una proclamación solemne, el presidente de los EEUU utilizando la autoridad de "camino rápido" en negociaciones comerciales de que aún goza hasta mitad de 2007 y el Consejo Europeo, puesto que las materias comerciales son de la exclusiva competencia de la Unión. No es imposible.

Síndrome de Estocolmo

31/3/2006

En 1973, las víctimas de un secuestro de seis días en un banco de Estocolmo formaron un lazo emocional con sus apresadores, llegando a defenderlos tras su liberación. Así se puso nombre a un fenómeno que ocurre desde los tiempos más remotos de la historia de la humanidad: la esclavitud psicológica de los débiles ante los violentos que los oprimen. La reacción de alivio general ante la proclamación de una "tregua permanente" por la ETA es comprensible, pero no la ceguera de algunos, como los que han llegado a hablar del "regalo" que la ETA nos ha hecho al resto de los españoles. La situación real es muy otra: la ETA no nos regala nada pues ha sido derrotada, como lo fue el IRA en Irlanda del Norte, que ha entregado las armas sin conseguir ninguno de sus fines. Las concesiones que se le hagan para conseguir que deponga definitivamente las armas deben ser las justas y sólo las justas para que la dirección pueda salvar la cara ante sus miembros más violentos. Por eso hay que alabar el gesto del presidente Rodríguez Zapatero de pedir el apoyo del líder de la oposición durante las negociaciones con la banda criminal. La presencia de Mariano Rajoy al lado del presidente infunde confianza en quienes de ninguna forma aceptaríamos que se dilapidara lo conseguido en tantos años de lucha contra los terroristas.

La espantosa matanza perpetrada por los seguidores de Al Qaeda en la estación de Atocha de Madrid el 11 de marzo de 2004 ha vedado por algunos años el camino de la muerte para los terroristas vascos. No es que les temblara la mano ante el asesinato masivo: baste recordar la bomba que los etarras hicieron

estallar en los almacenes Hipercor de Barcelona. Es que saben que la reacción popular ante una sola muerte más habría sido tan viva como la que siguió a la de Miguel Angel Blanco en 1997, cuando España se llenó de manos blancas alzadas en protesta contra la violencia. En la siniestra competencia entre bandas armadas para socavar las bases de la civilización han ganado los fundamentalistas musulmanes. Otro elemento ha contribuido a la derrota de la ETA, la impaciencia por salir a la calle de los 493 presos. La justicia les había asestado un duro golpe, al evitar que algunos de los más crueles fueran excarcelados por una indulgente interpretación de la reducción de penas por buena conducta. Eso ha profundizado la depresión de ese colectivo, seis de cuyos miembros habían escrito una carta en 2004 a la dirección de la banda para decir que nunca se habían "encontrado tan mal" y que "en las actuales circunstancias, la lucha armada que desarrollamos hoy en día no sirve". De hecho hubo algunos que brindaron con champagne para celebrar la noticia de la tregua permanente. La persecución policial en Francia y España, así como la firmeza de las condenas impuestas por la Audiencia Nacional a los que caían en manos de la justicia, habían ido reduciendo los efectivos de los terroristas a niveles mortecinos. Incluso se adivinaban dificultades económicas en el recrudecimiento de la campaña de extorsiones, descritas con el eufemismo de "impuesto revolucionario". Una de las causas de esa penuria era la ilegalización de Herri Batasuna, el brazo político de la ETA, conseguida por José María Aznar, pues por ello habían dejado de percibir subvenciones y sueldos del Parlamento, las Diputaciones y los Ayuntamientos del País Vasco.

Los terroristas sentían pues dolorosamente la presión de su situación y del calendario: la banda infiltrada y diezmada; los presos desesperados e impacientes; la caja vacía y, además, la

amenaza de que sus lacayos políticos no pudieran concurrir a las elecciones municipales en la primavera de 2007 si se mantiene la ilegalización de sus formaciones políticas.

Los etarras se caracterizan por su mala prosa y su soberbia. La expresión "tregua permanente" recuerda la mente burocrática de las SS. ¿Qué es una "tregua permanente"? No es ni provisional ni un alto el fuego. Es una suspensión de actividades violentas que durará o no durará, insinúan, según el Gobierno obedezca o no las imposiciones de la banda. Aunque está derrotada, sigue hablando en sus comunicados como si dictara términos a los vencidos: "¡Gobiernos de Francia y España! Portaos responsablemente. Exigimos la auto-determinación de toda Eukalherría, incluida Navarra y las provincias francesas de Iparralde, aunque no quieran. Habéis reconocido a Cataluña como nación, hacedlo con el País Vasco. Si no..."

Mi temor y el de los muchos españoles que no queremos ceder a la violencia, que creemos que es mejor morir de pie que vivir arrodillados, es que el Gobierno caiga en la tentación de ceder demasiado para conseguir un armisticio rápido. Acercar los presos a las cárceles del País Vasco, bien, puesto que está dentro de los poderes del Ejecutivo. Legalizar Herri Batasuna, bien, si abandonan las armas. ¿Más autonomía de las tres provincias vascongadas? Como vamos hacia otra España aún más descentralizada, pues bien. Pero ni un ápice más. El PSOE y el PP juntos pueden conseguir esa paz democrática que todos anhelamos

Milton y Rose

27/11/2006

En la fiesta del cincuenta aniversario de la Sociedad Mont Pèlerin, cómo estaban de compenetrados, qué buena pareja hacían Milton y Rose Friedman. Nos encontrábamos precisamente en el pueblo suizo de ese mismo nombre donde Hayek reunió en 1947 a un grupo de pensadores liberales para crear una sociedad que aún va adelante a toda marcha y que ha servido a los liberales clásicos de refugio en un mundo hostil a sus ideas.

A la primera reunión acudió un pequeño grupo de profesores americanos, entre otros Frank Knight, George Stigler y el propio Friedman. En la cena del cincuenta aniversario sonó un fox-trot: Milton y Rose, dos figuras de mínima estatura, bailaron unidos a la perfección. Esos pasos tan armónicos eran la representación de una vida de compañía y trabajo en común.

La familia de Rose había emigrado a EEUU, como otras muchas familias judías. Salieron desde lo que hoy es Ucrania, para residenciarse en Oregon, justo antes del estallido de la I Guerra Mundial. Milton, en cambio, nació en Nueva York, hijo de inmigrantes también judíos. La familia de ella, tenderos; la de él, sastres. Se conocieron y casaron en la Universidad de Chicago, adonde habían acudido con exiguas becas y la ayuda de sus familias. Tanto se embebieron en la atmósfera intelectual de esa universidad que luego Milton fue máximo representante de la Escuela de Economía de Chicago, que tanto bien ha hecho en el mundo con sus avances científicos y recomendaciones prácticas.

Durante la II Guerra Mundial vivieron en Washington, donde Milton trabajó como estadístico, curiosamente, entre otras cosas, en el cálculo del aumento de impuestos necesario para evitar una inflación bélica: una idea keynesiana de la que Friedman se confesó arrepentido en sus memorias, tituladas Dos personas con suerte (1998). Entonces estaba tan embebido en la atmósfera keynesiana que llegó a mantener que aparece inflación cuando una economía crece por encima de su máximo potencial – o, como dicen algunos economistas anticuados de hoy, cuando hay un "gap inflacionario" –, porque la demanda agregada es mayor que la oferta de bienes y servicios. Ni mención del exceso de creación de dinero y sus efectos, a lo que tanta importancia daría en años subsiguientes. Conocí a Milton y Rose Friedman en Hong Kong en 1978, cuando se rodaba la serie de televisión Libertad de elegir, que él protagonizó. Milton había obtenido ya el premio Nobel de Economía (1976), lo que ayudó mucho a su difusión. Juntos escribieron el libro de la serie y su secuela, La tiranía del statu quo, dos excelentes ensayos de divulgación sobre las ventajes del libre mercado y las resistencias a su implantación. Apenas nacida la Constitución española del 78 conseguimos que la segunda cadena de TVE transmitiera los diez episodios, lo que marcó el renuevo de la lucha en España a favor del libre mercado, lucha que lentamente ha ido produciendo sus frutos que parecían imposibles de alcanzar. En esos libros y otros trabajos anteriores lanzó Friedman muchas de las ideas controvertidas que se están convirtiendo en políticas generalmente aceptadas: el bono escolar, la sustitución del servicio militar obligatorio por un ejército voluntario o el rechazo de los controles de precios y salarios.

Su primer asalto contra el keynesianismo reinante después de la guerra mundial tuvo lugar con Teoría de la función de consumo

(1957). Este libro buscó echar abajo la idea tan típica de Keynes de que el consumo tiende a desmayar a medida que los individuos van obteniendo mayores ingresos, por lo que había que aumentar el gasto público, incluso consentir déficit presupuestarios, si se quería evitar que la economía cayera en el estancamiento y el desempleo. Para Friedman, por el contrario, los individuos dedicaban a lo largo del tiempo una proporción constante de su renta al consumo, y las economías tendían espontáneamente al pleno empleo si no lo impedían intervenciones ociosas de los gobiernos.

La colaboración más destacada de Friedman con una economista, Ana Schwartz, dio por fruto La historia monetaria de los EEUU (1963). Ese grueso volumen ha tenido importancia sobre todo por haber mostrado que la catastrófica prolongación de la gran depresión de 1929 se debió no a un fallo del capitalismo, como tantos creen aún hoy, sino a un error de la Reserva Federal agravado por la política económica del presidente Roosevelt. El Banco Central de los EEUU permitió que la oferta de dólares se redujera en casi un 25% en once meses, de 1931 a 1932, y Roosevelt empeoró la situación con unas vacaciones bancarias mal concebidas. Cuando ahora sentimos duramente los efectos en la coyuntura de una ligera reducción en el continuo aumento de la oferta monetaria, podemos imaginar las repercusiones de una reducción absoluta de un cuarto en la cantidad de dinero.

Friedman continuó con su crítica de las teorías keynesianas, primero con los Ensayos sobre la cantidad óptima de dinero (1969) y luego con su propuesta de dejar que los tipos de cambio de las monedas los fijara el mercado. Ya nadie se atreve a sostener que la mera creación de dinero por el Banco Central facilite el

crecimiento real de un país, ni que lleve de por sí a fomentar el empleo. Friedman ha dicho tantas verdades que ha tenido que sufrir feroces ataques: por ejemplo, alguna mente turbia le ha acusado de haber apoyado la dictadura de Pinochet, cuando sólo le visitó protocolariamente durante media hora, y no hablaron de economía. Quien dude de que era amigo de la libertad no conoce bien ni su persona ni su obra.

Madres solteras

19/10/2007

Durante la preparación de un estudio sobre la economía y la empresa de Castilla y León, me he topado con un hecho sorprendente, un hecho que me atrevería a decir muy preocupante: se trata del aumento de la proporción de los nacidos de madre no casada en Castilla la Vieja y en España en general. ¿Sabían ustedes que más de uno de cada cuatro nacidos en España en 2005 nació de madre soltera? Incluso en nuestra Vieja Castilla, la proporción de que los padres de más de uno de cada cinco nacidos no están casados es inesperada para quienes creíamos que esa parte de España era de costumbres tradicionales.

Cuadro 1: Porcentaje de nacidos de madre no casada

1975 1985 1995 2005

Conjunto de España 2,03 7,97 11,09 26,57

Castilla y León 1,74 6,75 8,02 21,09

Fuente: Instituto Nacional de Estadística

La velocidad del cambio indicada en el Cuadro 1 también quita la respiración: en treinta años una proporción de más o menos un 2 por ciento se ha convertido en más de un 20 por ciento, un 25 para el conjunto de la nación. Por si a mis amigos de las tierras del Cid y su rey Alfonso les consuela, no es la región castellano-leonesa la que se encuentra a la cabeza de la tabla: en el Cuadro 2 presento la Autonomías que en la actualidad muestran un porcentaje mayor de la media. La sorpresa, sin duda, es Canarias, con casi la mitad de

nacimientos fuera de matrimonio. Mi familia paterna es oriunda de aquellas islas y me he permitido señalar este hecho a algún amigo de allí, que me ha contestado con una sonrisa: "el Carnaval...". No creo que la cosa sea para tomársela a broma y diré por qué. Cuadro 2: Porcentaje de nacidos de madre no casada

CCAA 2005

Canarias 46,60

Baleares (Islas) 34,87

Cataluña 29,75

Madrid (Comunidad de) 27,39

Conjunto de España 26,57

Fuente: Instituto Nacional de Estadística

No soy quién para juzgar las vidas privadas de los demás, ni me corresponde adoptar un tono moral que en mí bordearía en lo ridículo. Conozco a muchas parejas ligadas por lo que el Derecho inglés llama common law marriage, es decir, unidas por un lazo afectivo y social muy firme, que viven en familia, con hijos perfectamente educados y que, sin embargo, no han pasado por la vicaría ni la alcaldía. También sé de muchas madres solteras o solas, muy dignas e incluso heroicas, que no han querido, o podido, vivir con el padre de sus hijos. Muchas veces la separación es la única salida de situaciones insoportables.

La vida en familia es a menudo difícil, incluso peligrosa, como lo atestigua la violencia de género endémica en nuestro país. No puedo sino respetar a la joven que, en una situación comprometida,

no ha elegido la vía del aborto. Además, el nacido de madre soltera o sola no tiene la culpa de su situación, si es que culpa hay, y es aberración de otros tiempos el someterle a discriminación o trato vejatorio. Pero, ¿uno de cada cuatro? O ¿uno de cada dos? Nuestro sistema educativo y nuestra Seguridad Social, ¿no estarán fomentando una disolución de la familia tradicional con efectos incalculables?

La experiencia de Estados Unidos es elocuente al respecto. La autora americana Kay Hymowitz ha hecho notar recientemente en Heritage Foundation que son las madres de clase menos educada las que más generalmente viven sin padre en la familia. En el año 2000, de las mujeres estadounidenses que sólo han cursado de 9 a 14 años de escuela el 33% vive allí sin marido, mientras que en esa situación sólo se encuentra el 10% de las que estudiaron durante 16 años o más. También es llamativa la diferencia de clase en el porcentaje de familias de mujeres solas que en Estados Unidos se encuentra por debajo de la línea de pobreza, el 36%, mientras que sólo se clasifica como pobre el 10% de las parejas casadas. "Separadas y desiguales", las llama Hymowitz. Deduzco que muchas de nuestras madres solteras no podrán escapar de la trampa de la pobreza, sobre todo si tienen más de un hijo sin padre.

La solución que inmediatamente se nos ocurre a los españoles es ayudar a esas madres solas con dinero y servicios públicos. También en Estados Unidos es gratuita la educación primaria y secundaria y lo es desde la década de 1860, mucho antes que en España. También en Estados Unidos la Seguridad Social ha venido prestando ayuda incondicional a las madres solas sin trabajo desde 1935, mucho antes que en España. En realidad, debería decir

"prestaba", pues el republicano Newt Gringrich desde el Congreso y el demócrata Bill Clinton desde la Presidencia reformaron en 1996 el sistema de Welfare, porque era evidente hasta para los más ciegos que ese tipo de ayudas habían creado un gueto de madres negras y puertorriqueñas, sin empleo, que no paraban de hacer hijos para cobrar más dinero del Estado.

Esa ley se denominó "Ley de conciliación de la responsabilidad personal con la oportunidad de trabajo". Sin entrar en detalles, solamente diré que los estados de la Unión se vieron forzados a retirar la ayuda pública a las madres que no buscaran y encontraran un trabajo remunerado. Si la remuneración no era suficiente para mantener su familia recibirían ayuda pública, pero a condición de estar empleadas con un salario, por pequeño que fuera. Hubo quien profetizó que un millón de niños más caerían en la pobreza. El resultado de la reforma, sin duda ayudada por la prosperidad de estos años, ha sido muy distinto. Desde 1991, la tasa de fertilidad de las mujeres por debajo de veinte años ha caído en un tercio. Desde 1989, el número de niños "pobres" ha disminuido alrededor de un 12%. De 1996 a 2005, las personas que reciben ayuda de la Seguridad Social han pasado de 12,2 a 4,5 millones.

Los españoles siempre vamos retrasados en la imitación de los estadounidenses. No me sorprendería que, dentro de unos pocos años, tengamos que pasar por el trance de una explosión de pobreza en el conjunto de familias "uniparentales", que dicen los modernos. Entonces quizá nos resignaremos a imitar a los norteamericanos en la manera de paliar el problema que hemos agravado con nuestros regalos de dinero público, sin exigir nada a

cambio, a toda madre que traiga un niño al mundo. Economistas extravagantes

Primavera de 2007

La profesión económica llevaba tiempo haciéndose lenguas de las pequeñas biografías que el correctísimo y muy sabio profesor Francisco Cabrillo venía publicando en Libertad Digital. Incluso algunos doctores de esos que detestan el libre mercado y sólo leen tan liberal publicación a escondidas comentaban lo divertido e irreverente de esos "retratos al aguafuerte". Ahora, para suerte de quienes se perdieron algún episodio, Cabrillo ha lanzado al mercado un librito que recoge todas esas historias de "economistas extravagantes".

Siempre he creído que el estudio de la ciencia económica no es para almas jóvenes de tiernas ambiciones. No porque las conclusiones de la economía puedan ser destructivas de las utopías comunitarias típicas de la adolescencia y de algunos residentes en el Palacio de la Moncloa, más bien porque las vidas de los maestros de la economía abundan en detalles escabrosos y sonoros fracasos, lo que la hace materia poco apta para la formación cívica con que el Gobierno quiere sustituir el estudio de la religión.

Casi todos esos grandes maestros de la ciencia del dinero fueron incapaces de hacerse millonarios. No me refiero a enriquecerse vendiendo libros de texto, como Samuelson, una actividad casi marxista, por basarse en la acumulación del valor trabajo, sino especulando sanamente. Que yo sepa, no contamos más que con tres hábiles especuladores en la historia de nuestra disciplina: Cantillon, quien, como relata Cabrillo, acabó asesinado o asesinando; Ricardo, que apostó por la victoria de Waterloo

comprando deuda pública inglesa, y Keynes, quien, tras un breve tropiezo, se hizo rico en el mercado de divisas. ¡Poco edificante lección es ésta para futuros gestores de carteras o constructores de viviendas protegidas, el descubrir que los economistas no saben hacer dinero a montones!

Cabrillo utiliza hábilmente los aspectos pintorescos o incluso salaces de las vidas de los economistas para sazonar su entretenidísimo libro. Comienzo por señalar que nada vende como el sexo. El libro se abre con San Bernardino de Siena entre comerciantes y sodomitas y con San Antonio de Florencia clamando contra la usura y las malas mujeres. Es característico del método de Cabrillo el hacernos ver que, si bien estos santos varones declamaban contra determinados vicios, sí sabían de la utilidad del comercio y los precios libres: así ayudaron a echar las bases de la teoría económica. No paran ahí los aspectos sexuales de estos retratos al buril. Rousseau no pudo llevar a sus cinco hijos a la inclusa porque un defecto de nacimiento o una esforzada práctica amorosa en la juventud le hicieron estéril o incluso impotente. El marqués de Mirabeau, que no consiguió crear una monarquía parlamentaria encabezada por Luis XVI, escribió libros pornográficos como El libertino de calidad o El arte de variar los placeres del amor, que prometo no buscar entre los bouquinistes de las orillas del Sena. Y nada digamos del hijo espurio de Carlos Marx, o de la muerte en duelo por amor del socialista Lasalle, o de la excelencia de Schumpeter como amante, jinete y economista; o de la pasión de Keynes, locamente enamorado del pintor Duncan Grant.

Burla burlando, Cabrillo recoge y explica alguna de las ideas fundamentales de la teoría económica, cuya comprensión no

vendrá mal a jóvenes y mayores. Explica el que Adam Smith, crítico de los aranceles proteccionistas, aceptara el cargo de comisario de las aduanas de Escocia señalando que el autor de La riqueza de las naciones consideraba utópico pensar en un Reino Unido con plena libertad de comercio, lo que sorprendentemente llegó en 1846. Expone con brevedad la filosofía utilitarista de Jeremías Bentham... y describe su momia, situada en los pasillos del University College de Londres, que el viejo excéntrico contribuyó a fundar. Desvela las razones económicas por las que Malthus se oponía a los anticonceptivos: aplazar el matrimonio hasta tener un buen pasar era "un incentivo a la laboriosidad". Al tiempo que habla de los amores de Richard Kahn con Joan Robinson, la economista de la competencia imperfecta y el maoísmo perfecto, explica el papel del "multiplicador" en los ciclos económicos.

La lección más importante que imparte el profesor Cabrillo con tanto humor es lo peligroso, en realidad lo inane, de la intervención administrativa en la economía y de la protección estatal de aquellas actividades que mal sobrevivirían a la competencia. Las chuflas que dirige a Monsieur de Laffemas, empeñado en obligar al clero francés a plantar moreras para la producción de seda, o las burlas a la planificación universal de la economía francesa propuesta por François du Noyer, corren paralelas con la denuncia del español Sancho de Moncada, que pedía que se castigara con la pena de muerte la exportación ilegal de moneda. Con igual ironía castiga los cambios de opinión y el escaso valor universal de las teorías y recetas de Keynes.

Cuenta Bertrand Russell en sus memorias que, recluido en la cárcel por objetor de conciencia durante la Primera Guerra Mundial, un carcelero vino a reprenderle por las carcajadas que le

producía la lectura de Grandes victorianos, de Lytton Strachey. Nunca se me ocurriría leer alguna de estas pequeñas biografías en clase, pues ello podría echar abajo la fama de la economía como ciencia lúgubre.

Bono escolar, eficiencia y libertad

18/12/2008

Diversos representantes de las universidades públicas de la Comunidad de Madrid, encabezados por el excelentísimo y magnífico Rector de la Universidad Complutense de Madrid, don Carlos Berzosa, se manifestaron en las calles de la capital el 10 de diciembre para reclamar la pronta entrega de fondos comprometidos por el Gobierno regional cuyo pago se está retrasando. Diversas declaraciones del señor Berzosa indican que la manifestación tenía un significado más amplio que el de expresar angustia por una falta de liquidez. Se trataba sobre todo de salir en defensa de la universidad pública, al parecer amenazada de privatización y de invasión por empresas capitalistas. Tras estas actitudes late una idea algo elemental: los problemas de la enseñanza superior en España se resolverían con sólo multiplicar los fondos que el Estado y las Autonomías entregan a las universidades públicas.

En las universidades españolas son numerosos los departamentos en los que se enseña bien y se realizan notables investigaciones. Sin embargo, en su conjunto, el nivel de nuestras universidades no se corresponde con el progreso alcanzado por España en el último cuarto de siglo. Las clasificaciones internacionales las colocan en puestos que deberían avergonzarnos. La primera española en la lista del Times Educational Supplement es la de Barcelona, que ha pasado del puesto 194 en 2007 al 186 en 2008; todas las demás van por detrás. La Universidad de Jiao Tong de Shangai sólo incluye nueve españolas entre las primeras 500 del mundo. Es notable el contraste con la calidad de las escuelas de negocio

percibida internacionalmente. Así, el Wall Street Journal ha otorgado el primer puesto mundial a ESADE, tanto en 2006 como en 2007. El Economist, por su parte, coloca el IESE y el Instituto de Empresa en 2008 entre las diez primeras escuelas del mundo. Fíjense que son todas privadas y que se financian con las matrículas y aportaciones de empresas. Esas escuetas cifras indican que algo pasa en nuestro mundo universitario que no es la falta de financiación.

Por emplear una metáfora ciclista, si hay instituciones españolas de enseñanza superior capaces de colocarse el maillot amarillo y, al mismo tiempo, nuestras universidades van rezagadas en la cola del pelotón de los domésticos, el defecto tiene que ser sistemático. La conclusión insoslayable es que la organización y el marco de incentivos de las universidades deben cambiar. Visto con ojos de economista, el mercado universitario está dominado por un cártel de empresas públicas sindicalizadas que prestan poca atención a las necesidades y deseos de su clientela, sea ésta la estudiantil, la empresarial o la de la sociedad. La razón primera tiene que ser que las universidades públicas reciben la mayor parte de su financiación independientemente de cuán bien desempeñan su misión y cuán satisfechos quedan sus clientes. En mi opinión, pues, es necesario introducir más competencia en ese mercado, de tal forma que los productores presten más atención a los demandantes.

Dirigí para el Consejo Económico y Social de la Comunidad de Madrid (CES) un trabajo realizado por los profesores Villar y Castelao, de la Universidad CEU San Pablo, y titulado El bono universitario, o la financiación directa al estudiante universitario. Estaré encantado de enviar la segunda edición aumentada y

corregida a los lectores que me lo pidan a través de mi página web. Primeramente, ponemos en duda que la educación superior sea una actividad que, no sólo merezca financiación pública, sino que deban realizarla en su mayor parte centros públicos. Luego, nos preguntamos sobre la forma que debe tomar la financiación pública para que mejore la calidad del producto. Nuestra tesis es que las universidades serían mucho más eficaces si estos fondos se entregaran directamente a los estudiantes o a la familia en forma de vales o bonos universitarios, o por medio de una desgravación fiscal. Ello supondría un acicate competitivo con efectos sin duda maravillosos, como ha podido observarse en los muchos países en los que se ha implantado el vale escolar. En todo caso, las autoridades no son quiénes para decir dónde han de gastar los estudiantes o sus familias las subvenciones a la educación: en un sistema democrático, los individuos deben poder ejercer su libre derecho de elección del centro que prefieran, público o privado.

En el curso 2007-2008, el precio público medio cobrado por matrícula en las universidades públicas de Madrid fue de 1.223,6 euros. El gasto presupuestado por alumno ascendió a 7.486. De esta suma, la Comunidad de Madrid financiará, entre gastos corrientes e inversiones, el 84,4% (6.322 euros), mientras que las matrículas se calcula que sólo cubrirán el 15,6% del gasto, es decir, 1.164 euros. Las universidades privadas tienen que cubrir todo su gasto corriente (incluida la enseñanza, la investigación y la amortización de sus inversiones de capital) con el ingreso por matrícula. Además de aumentar la matrícula pagada por los estudiantes de los centros públicos, con un sistema de vales o de desgravación, el destino de la subvención lo decidirían los propios estudiantes. Imagínense el efecto dinamizador que tendría sobre todos los centros de enseñanza la necesidad de atraer una clientela

que decide dónde gastar su propio dinero y adónde dirigir las subvenciones públicas.

En un reciente programa de radio, el rector de la Complutense, señor Berzosa, me tildó de fanático defensor del anarco-capitalismo por haberme atrevido a proponer que los estudiantes o sus familias decidan en qué institución gastar las ayudas públicas. También le ha irritado sobremanera que haya sido el CES el que haya editado el estudio del que hablo. No nos sorprendamos: es normal en la España hoy que personas de convicciones izquierdistas exijan la prohibición de un trabajo científico por el mero hecho de que critique alguno de los dogmas de su ideología, en este caso, la exigencia de imponer un monopolio público en la educación. Sea como fuere, mientras en la Comunidad de Madrid no se restablezca el sistema de censura previa de tiempos pasados, seguiré sin doblar la cerviz ante el pensamiento único progresista.

Maestro de economistas

01/2/2012

Nadie que haya conocido a Fabián Estapé podrá olvidar su explosiva personalidad ni pasar por alto su obra de profesor. Las anécdotas que recogen su especial concepto inconforme de la vida son parte de la pequeña historia de la profesión económica.

Recuerdo haberle oído contar algún incidente de su paso por el Rectorado de la Universidad de Barcelona, en los últimos tiempos del franquismo. Una representación de los estudiantes de la Facultad de Económicas le visitó para que suspendiera las clases con motivo de la muerte de Ho Chi Minh. Les contestó: "No sabía que estuviese delicado..." Y a continuación les preguntó, muy serio: "Pero ¿ustedes que buscan realmente?" Cuando los estudiantes le contestaron que la caída del General Franco, les replicó: "Eso lleva unas pólizas". Luego repartió unos puros para que salieran fumando de su despacho. Me confió su intención: unos líderes que salen del despacho del rector saboreando un habano no pueden conducir las masas a la Revolución.

De Estapé, hay que alabar sobre todo su magisterio de un grupo de jóvenes que luego destacaron por su visión contestataria de la Economía. Estoy pensado, sobre todo, en el malogrado Ernest Lluch, asesinado por ETA en el momento en que daba sus mejores frutos intelectuales. Destacaré la admiración de Estapé por Schumpeter y Galbraith, cuyos estudios de la figura del empresario innovador y de la empresa capitalista, llenaron muchas de sus lecciones en la cátedra de Zaragoza y Barcelona.

Los alumnos no se perdían una sola de sus clases, llenas de humor y erudición. También tuvieron gran importancia sus trabajos de historia del pensamiento económico, afición transmitida a sus discípulos, no sólo de las dos Universidades mencionadas sino también en la de Valencia. Sus Ensayos de esa materia de 1971 y su edición de Textos olvidados de 1973 son libros que atesoro en mi biblioteca. Pero cuando quiera recordarle, leeré otra vez Sin acuse de recibo (2000), cuyo título refleja bien el desenfado de esas, sus memorias.

Para quien no le conociera, diré que se perdió uno de esos "raros" de los que hablaba Carande, un profesor soprendente e inclasificable: sub-comisario de la Comisaría de Desarrollo con López Rodó, el todopoderoso ministro de Franco; afiliado luego a Comisiones Obreras y al PSUC; inspirador de nacionalistas catalanes de izquierdas: un ave tropical de plumaje multicolor en el gallinero de la Universidad española.

José Barea, una leyenda

07/9/2014

La crucial colaboración con José María Aznar durante el primer gobierno del PP convirtió a Pepe Barea, como todos le llamábamos, en el mejor ejemplo de lo que se puede conseguir cuando al conocimiento se une la voluntad. El presidente del Gobierno se jugaba su prestigio en conseguir que España fuera un miembro fundador del club del euro. Para ello se necesitaba que el déficit público no fuera superior a una cifra equivalente al 6% del PIB. La persona encargada de decir dónde había que cortar el gasto fue nuestro Pepe... y lo consiguió. Bien nos habría gustado a los españoles que, durante la crisis por la que acabamos de pasar, hubiera habido alguien que pusiera el acento en la reducción del gasto en vez de el aumento de los impuestos.

Barea conocía al dedillo el método contable de la UE, muy diferente del tradicional de la Hacienda española. Era necesario convertir la nueva estructura de las cuentas públicas en la segunda naturaleza de nuestra Administración. No había quien le engañara cuando se trataba de saber lo que de verdad pasaba con nuestros dineros. Era el hombre de las tijeras pero su profundo conocimiento de dónde se podía cortar sin dañar la acción del Estado hacía que sus propuestas fueran realizables.

Hasta los últimos días del curso mantuvo el interés de sus intervenciones en la Academia de Ciencias Morales y Políticas. Era un europeísta convencido que quería que la Unión Monetaria aplicara los mismos métodos que él supo enseñar durante toda su vida: buena administración y un poder soberano efectivo. No sé si

el Gobierno español y la UE sabrán convertir sus ilusiones en realidad.

Un físico que sabía de Economía

29/9/2014

Miguel Boyer, que acaba de dejarnos, entró en el Banco de España de mi mano. Allí, aunque su formación era la de físico, pronto mostró su capacidad para entender la economía. Antes de la muerte de Franco, Boyer fue muy activo desde las filas del PSOE. Más tarde, con Felipe González en la presidencia del Gobierno, fue nombrado ministro de Economía y Hacienda.

Desde el Ministerio, Boyer desarrolló una labor interesante, puesto que fue él quien -principalmente con Carlos Solchaga- nacionalizó Rumasa de una forma precipitada. No obstante, su gran labor fue la de ministro de Economía.

Miguel Boyer supo combatir la inflación y liberalizar la economía, lo que chocó con el socialismo más fundamentalista del momento. Consiguió vencer la inflación y liberalizar no sólo el comercio, sino también los alquileres. Por aquella gesta tuve ocasión de elogiarle en el Congreso, aunque yo era el portavoz del partido de la oposición.

Boyer fue una persona de gran claridad mental y de muy profundas convicciones. El efecto de su paso por el Gobierno de España es algo que bien puede haberle enorgullecido.

Preocupa la inmigración

29/3/2017

Va a ser muy difícil impedir la entrada de más inmigrantes a España. De los cinco millones de extranjeros que ahora viven aquí, sobre una población de 44, un millón se compone de residentes en su segunda vivienda o jubilados, y cuatro de trabajadores foráneos. Soy tan impreciso en las cifras porque los hay legales y, otros muchos, ilegales, cuyo número sólo podemos adivinar porque se empadronan en los municipios y tienen cartilla del Servicio de Salud.

En la Comunidad de Madrid las estadísticas indican que es inmigrante un 17% de la población residente y un 25% de la población activa. Esto parece enorme, pero la llegada en masa no ha hecho sino empezar: si en los últimos cinco años se cree que han llegado a España más de tres millones de trabajadores inmigrantes, seguramente vendrán otros tantos en los cinco siguientes.

El atractivo de una economía en crecimiento, las obras públicas como las del tren de alta velocidad AV (ya no es AVE, pues le han quitado la E de España, no se vayan a ofender los nacionalistas), la demanda de servicios domésticos y asistenciales, las necesidades de nuestros hospitales suponen una incesante demanda de mano de obra. La oferta también responderá a esta llamada con entusiasmo: por mar, los subsaharianos (como se llama ahora a los negros de África); por aire, los iberoamericanos, peruanos, ecuatorianos, bolivianos; por tierra, los nuevos europeos: polacos,

rumanos, búlgaros; y no olvidemos a los marroquíes, que siguen viniendo.

“El presidente Pujol mostraba una preferencia casi perversa por los inmigrantes polacos y marroquíes porque, pensaba él, tendrían necesidad de aprender catalán: en cambio, a los latinos les bastaría su español nativo, lo que pondría en peligro la cultura catalana. Pensaría que los norteafricanos se pondrían a bailar la sardana delante de las mezquitas”

Desde el punto de vista puramente económico, la inmigración contribuye a nuestra prosperidad. La Caixa acaba de publicar los resultados de un cálculo estadístico de cuánto han añadido anualmente los inmigrantes al crecimiento del PIB por persona de los países europeos, de 1995 a 2005. Así como en el Reino Unido el resultado es levemente negativo, en Irlanda la contribución de los trabajadores inmigrantes se calcula en un 4,5% anual; y en España, en un 3,8% por término medio cada año de ese decenio. Lo más llamativo para nosotros es que nuestra economía habría decrecido en un 1,2% anual sin inmigrantes. Se trata de una interpolación basada en supuestos que algunos llamarán heroicos, pero esas cifras corresponden con lo que nos entra por los ojos: sin inmigrantes, la economía española no sería tan boyante como la vemos.

La prevención contra esos nuevos entrantes tiene dos elementos: el cultural y el asistencial. Cuando voy a Barcelona en los últimos tiempos noto reacciones casi histéricas ante el peligro que corre la "identidad" catalana por las invasiones foráneas. El presidente Pujol mostraba una preferencia casi perversa por los inmigrantes polacos y marroquíes porque, pensaba él, tendrían necesidad de

aprender catalán: en cambio, a los latinos les bastaría su español nativo, lo que pondría en peligro la cultura catalana. Pensaría que los norteafricanos se pondrían a bailar la sardana delante de las mezquitas.

La cultura catalana, por Dios, no corre ningún peligro. Incluso puede hacer daño tanta catalanidad, como nos hizo a los españoles el nacionalcatolicismo. La cuestión no es cultural ni idiomática. La verdadera cuestión es si el Estado de Bienestar favorece o dificulta que en el ánimo de los extranjeros prenda la democracia y la ciudadanía.

El aviso dramático nos lo han dado los jóvenes musulmanes franceses de la tercera generación. Francia se preciaba de su empeño en asimilar a los inmigrantes para hacer de ellos franceses de cuerpo entero, cualquiera fuese el color de su piel. El fracaso no nace del generoso impulso de hacer de todos los residentes ciudadanos iguales de la República, sino del efecto corruptor de un sistema social que combina una rígida reglamentación del mercado de trabajo con una generosa asistencia pública.

El mejor integrador de las personas de otra cultura es un puesto de trabajo; nada hay tan desmoralizador como la sopa boba. Los argelinos de la banlieue han recibido educación gratuita, viven en casas subvencionadas, gozan de medicina subvencionada, reciben subsidios de paro, sólo quieren empleo protegido, aspiran a una pensión pública generosa. No es de extrañar que no se integren en la sociedad productiva.

El otro revulsivo es el que los nacionales se sienten desplazados de los servicios sociales, educativos, de salud por los recién llegados. En España crece el resentimiento de los padres que no encuentran

sitio para sus hijos en los colegios, de los enfermos cuya espera se alarga porque familias enteras de inmigrantes copan la atención de médicos y hospitales, de los jubilados que temen que las contribuciones de los recién llegados sean insuficientes para mantener sus pensiones. Lo dijo Milton Friedman: el Estado de Bienestar no puede sobrevivir a la libre inmigración; habrá que reformarlo.

En democracia, nadie es soberano

26/4/2017

El constitucionalista Francesc de Carreras escribió en el diario La Vanguardia de Barcelona, el 3 de febrero, un luminoso artículo titulado "¿Es Ibarretxe un demócrata?". Debería ser de lectura obligada para quienes, apelando a la soberanía popular y al derecho de autodeterminación, justifican la destrucción del orden constitucional que ha servido de base para la convivencia de los españoles durante los últimos veinticinco años. Es parte de la esencia de una democracia liberal el que la soberanía no esté nunca en unas solas manos. Si la soberanía no se comparte entre distintos poderes del Estado, corren grave peligro las libertades personales.

Bien sé que el artículo 1.2 de la Constitución española dice que "la soberanía nacional reside en el pueblo español, del que emanan los poderes del Estado". Me permito disentir respetuosamente de esa fórmula, que encuentro en contradicción con las instituciones establecidas en el resto del texto constitucional. ¿Quién es ese "pueblo"? Esas palabras crean la falsa impresión de que una parte de la sociedad, el pueblo, puede definir sin apelación lo que es justo y bueno. De ahí a decir que el pueblo vasco o el catalán o el gallego pueden autodeterminarse como Estadonación no hay más que un paso, que muchos están dispuestos a dar sin atender a las repercusiones en la convivencia social.

“Los ciudadanos desempeñan en el momento de las elecciones un papel censor, mas no ejercen directamente el poder, excepto en algunos casos, como en los juicios por jurado”

La democracia liberal, en la tradición de la Gran Bretaña y sobre todo de EE.UU, no se basa en la soberanía popular. Los ciudadanos desempeñan en el momento de las elecciones un papel censor, mas no ejercen directamente el poder, excepto en algunos casos, como en los juicios por jurado. El referéndum preceptivo, usado en Suiza y en diversos Estados de la Unión americana, no es ejercido por el pueblo sino por una parte de los ciudadanos, y su tenor puede ser derogado posteriormente por las cámaras y los tribunales.

Allí el poder se encuentra dividido, más o menos perfectamente, entre Legislativo, Ejecutivo y Judicial, y además está separado entre la Administración central y las jurisdicciones locales. Nadie sostiene que la mitad más uno de los votantes o de los representantes populares pueda actuar a voluntad, como una asamblea de sanscoulottes en la Francia revolucionaria.

Fue Karl Popper quien con más acierto supo definir, en La sociedad abierta y sus enemigos (1945), el verdadero papel del pueblo en una democracia:

No es posible caracterizar la democracia como la regla de la mayoría, aunque la institución de las elecciones generales tenga suma importancia, pues una mayoría podría gobernar tiránicamente. En una democracia los poderes de los gobernantes tienen que ser limitados; en una democracia, es posible destituir a los gobernantes, es decir, el gobierno, sin derramamiento de sangre.

El profesor Carreras señala algo evidente: el ejercicio de la presunta soberanía popular puede resultar perjudicial. Por eso –añade con atinadas palabras que no me resisto a citar– los Estados democráticos se han ido dotando de instrumentos diversos para el

control de ese poder popular: "elecciones periódicas, división de poderes, inviolabilidad de los derechos fundamentales, principio de seguridad jurídica, responsabilidad de los poderes públicos, garantías procesales...". Todas estas instituciones reparten la soberanía de tal forma que nadie tenga el exclusivo monopolio de la misma, lo que no obsta para que ese reparto se organice de manera que los ciudadanos tengan modos de decidir eficazmente sobre cuestiones generales que a todos atañen.

“Para ellos, la nación como entidad metafísica puede pasar por encima de los derechos de las minorías, reclamar territorios irredentos, imponer el uso de una lengua vernácula, proclamar su independencia con ríos de sangre, sin preguntarse si los individuos son ya razonablemente libres y prósperos en la situación existente ni si los cambios impuestos encienden la mecha de la discordia.”

En especial, la inviolabilidad de los derechos fundamentales equivale al derecho de veto de un solo individuo frente a decisiones mayoritarias o cuasi unánimes de invadir su esfera personal, torturándole para obtener una confesión o imponiéndole unas creencias religiosas. Los derechos humanos son la excepción más clara e inmediata a la idea de la soberanía popular irrestricta

Hayek observó, en La constitución de la libertad (1960): La soberanía popular es el concepto fundamental del demócrata doctrinario. Esto significa que para él el gobierno de la mayoría es ilimitado e ilimitable. El ideal de democracia, cuyo intento original era el de impedir todo poder arbitrario, se ha convertido así en la justificación de un nuevo poder arbitrario.

El erróneo concepto de que, en democracia, el pueblo es soberano absoluto es una morbosa herencia de los revolucionarios franceses,

recibida directamente de Luis XIV, el rey al que los catalanes levantados en armas contra Felipe IV quisieron entregar Cataluña. De ese concepto deducen los demócratas plebiscitarios de hoy que el pueblo, constituido en nación, puede establecer las normas que apetezca y conculcarlas cuando le venga en gana. Para ellos, la nación como entidad metafísica puede pasar por encima de los derechos de las minorías, reclamar territorios irredentos, imponer el uso de una lengua vernácula, proclamar su independencia con ríos de sangre, sin preguntarse si los individuos son ya razonablemente libres y prósperos en la situación existente ni si los cambios impuestos encienden la mecha de la discordia.

El poder absoluto de la mayoría y la primacía indiscutible del sentimiento nacional no son compatibles con las formas de vida templadas de la democracia.

APÉNDICE

El secreto de Montesquieu

Fragmento final del discurso de acceso a la Real Academia Española de Ciencias

Políticas y Morales pronunciado por Pedro Schwartz el 22 de febrero de 2005

“El conservador considera la política como el arte de lograr la mayor cantidad posible de libertad para los individuos, compatible con el mantenimiento del orden social. El conservador es el primero en entender que el ejercicio de la libertad requiere el establecimiento del orden, pero sabe asimismo que se requiere la máxima vigilancia y cuidado para mantener el poder político dentro de sus límites adecuados” - Barry Goldwater (1960)

Este ensayo sobre la separación y división de los poderes del Estado como condición de la libertad de los individuos y la riqueza de las naciones no debe conducirnos a una visión pesimista de la democracia liberal. Está en nuestras manos revisar las bases ideológicas del sistema político y realizar algunas de las reformas institucionales que pre- cisa. Hay además en nuestras suciedades fuerzas económicas y tecnológicas favorables a la consolidación y ampliación de las libertades. Importa, sin embargo, no perder de vista la lección fundamental de Locke y Montesquieu, recogida y ampliada por los grandes pensadores del liberalismo clásico - Hume, Smith, Madison, Tocqueville- y por sus discípulos de nuestro tiempo: Hayek, Berlin y Buchanan. Es esta lección la que anunciamos al iniciar este ensayo: ausentes frenos y contrapesos a la vez civiles, constitucionales, económicos y tecnológicos, la democracia liberal corre peligro de extinción.

Renovación de la filosofía política

La democracia sufre sin duda el acoso de peligrosos enemigos exteriores: fundamentalistas que utilizan inhumana violencia, populistas desconocedores de las verdaderas bases de la prosperidad general, gobernantes que conculcan las libertades de sus súbditos en aras de una ciega eficacia. Habrá que seguir combatiendo a los violentos, por un lado, y colaborando, por otro, en la transición de los autoritarios hacia formas de vida más civilizadas. Pero nuestra principal preocupación debería ser otra: la de reforzar el carácter liberal de nuestras instituciones. Para ello deberemos realizar, sobre todo, un ejercicio de filosofía política que nos lleve por convicción a reforzar el autogobierno de los individuos en nuestros poco prometedores Estados del bienestar, a abrirnos del todo al libre comercio sin preferencias regionales, a echar abajo las barreras que dificultan la difusión de las nuevas tecnologías. Las ideas son más importantes de cuanto creen los deterministas sociales. En tiempos de estabilidad y normalidad, los intereses priman sobre las ideas; no hay cambios si las fuerzas sociales no los propician. Pero en momentos de turbación y transformación las nuevas ideas se deslizan por las grietas del poder establecido y pueden influir en la socie- dad si señalan nuevos caminos a grandes grupos sociales desorientados.

Es quizá exagerada la famosa afirmación de Keynes en los últimos párrafos de su Teoría general (1936) de que, a la postre, las ideas son más poderosas que los intereses:

De hecho, el mundo está gobernado por poco más [que las ideas]. Los hombres prácticos, que se creen libres de cualquier influencia intelectual, normal- mente son los esclavos de algún economista

difunto. Los locos en puestos de autoridad, que oyen voces en el aire, destilan su frenesí de algún escribidor académico de pocos años atrás. Estoy seguro de que el poder de los intereses creados se exagera desmedidamente si se lo compara con la lenta invasión de las ideas.

Esta creencia de Keynes en el poder de las ideas quizá necesite un enfoque algo más preciso, aunque es cierto que las de él tuvieron una in- fluencia rápida y disolvente apenas muerto su autor. Primeramente, las ideas e ideologías sólo pueden irrumpir en el espacio que los intereses en retirada han dejado libre cuando la sociedad se halla sumida en crisis o desconcierto, si bien es verdad que en nuestra civilización, siempre en movimiento, esas situaciones de ruptura son harto frecuentes. En segundo lugar, la sustitución de unas idas por otras no ocurre completamente a capricho: una lógica interna gobierna el rechazo de ideas que el razonamiento o la realidad han demostrado ser falsas. La discusión crítica pasa las creencias a cedazo; la selección natural de los sistemas sociales elimina las menos progresivas si hay suerte y tiempo para que la civilización pueda afirmarse frente a la violencia inmediata.

Siempre hay fuerzas e ideólogos dispuestos a combatir a la sociedad abierta, una forma de vida en común, fértil y progresiva quizá, pero desabrigada y desapacible para quien no gusta de libertad competitiva y de responsabilidad personal. Hoy mismo levantan cabeza nuevos enemigos del individualismo. Los discípulos de John Rawls quieren imponer una filosofía igualitaria cambiando el procedimiento constitucional para obtener resultados predefinidos". El un día defensor del liberalismo clásico y hoy comunitarista militante, el profesor John Gray, de la London School

of Economics (¡la Escuela que fue de Hayek, Robbins, y Popper!), rechaza el liberalismo por individualista, igualitario, universalista y meliorista, lo que lo hace poco adaptado al fracturado mundo post-moderno, y sobre todo a la realidad de las sociedades humanas, que, dice Gray, es comunitaria, jerárquica, localista y cíclica? Aún más preocupante es que la hidra del nacionalismo vuelva a levantar sus cabezas y, apoyada en atávicos sentimientos tribales, rechace el patriotismo constitucional por tímido y pacato.

Límites de la democracia mayoritaria

El concepto de democracia parece haberse reducido en la opinión de las gentes a la elección de representantes y la toma de decisiones por mayo ría simple. Sin embargo, la regla de la mayoría adolece de muchos vicios. En efecto, no hay sistema electoral que no sea defectuoso, en el sentido de que pequeñas modificaciones en sus reglas producen grandes cambios en sus resultados; los sistemas electorales no trasladan de forma robusta las preferencias de los votantes a la composición de los representantes y a las medidas del gobierno.

En las democracias presidencialistas a la americana, obtiene el poder el ganador de una mayoría de los votos (aunque nunca una mayoría de los votos de todos los ciudadanos con derecho a sufragio). En las democracias parlamentarias, ocurre algo semejante cuando el sistema electoral es mayoritario a la británica: normalmente, una minoría de la opinión, si bien la mayor minoría, es la que manda en la Cámara y gobierna. Este tipo de reforzamiento artificial del peso del partido que más votos ha obtenido sólo es soportable en sociedades homogéneas con una tradición de tolerancia.

Los sistemas proporcionales conducen casi por necesidad a coaliciones de gobierno, en las que las promesas hechas al electorado por los diversos partidos se pierden en un magma de concesiones. Gobiernan los representantes de una mayoría de la opinión, pero no es previsible qué es lo que van a hacer con el poder. En muy pocos países se mantiene la pro- proporcionalidad pura; en casi todos se introducen reglas arbitrarias de reforzamiento, como son la exigencia de una proporción mínima de los votos o de un reparto de los restos, como en nuestro sistema d'Hont. No quiere todo esto decir que el electorado no sepa jugar con estos condicionamientos para producir resultados claros en momentos graves. Además, la prohibición del mandato imperativo, al permitir que los representantes puedan olvidar sus promesas electorales según su buen juicio, corrige algunas carencias que nacerían de una aplicación mecánica de la regla de la mayoría simple, pero también les deja las manos libres para olvidarse de los intereses del conjunto de sus electores.

Al rechazar el mandato imperativo, las constituciones democráticas ponen ya un límite a la teoría de la soberanía popular'. La famosísima declaración inicial de la Constitución de los EE. UU. de América, We the People, es una ficción como muchas de las que se utilizan en Derecho constitucional, pero una ficción peligrosa: con el fin de legitimar la obligación de los ciudadanos de obedecer la ley, se supone que la gente participa en la creación de las leyes, o que los representantes del pueblo son el pueblo, o que los gobernantes son los servidores del pueblo? El que estas ideas sean ficciones no las condena de por sí, pues de ficciones está hecha nuestra vida de relación. Pero "la realidad de la regla de gobierno por mayorías legislativas, combinada con la ficción de We the People puede ser una mezcla peligrosa", añade Barnett

“Sin algún tipo de limitación, la soberanía del pueblo plantearía una amenaza no sólo a los deseos, sino también a los derechos y libertades de la gente real, más grave que la que plantó nunca el derecho divino de los reyes?”.

Si atendemos a las notas tomadas por Madison durante los debates en Filadelfia sobre el proyecto de Constitución, o la doctrina contenida en 'The Federalist Papers (1787-1788), vemos que…

“Los redactores de la Constitución tenían la clara convicción de que la regla de la mayoría o democracia pura no era una buena idea. [...] Madison supo comprender que las mayorías eran tan peligrosas para los derechos retenidos por el pueblo como una minoría corrompida o un déspota individual”.

La regla mecánica de la mayoría simple para la toma de decisiones colectivas sólo funciona si está inserta en una matriz de costumbres constitucionales, principalmente dirigidas a la protección de las minorías fren- te a posibles abusos de los titulares temporales del poder. Cuando ya se trata de la auto-determinación de tribus hipnotizadas por la idea de nación, la regla de la mayoría simple es la mejor receta para la opresión de los individuos reales. Sólo si se interpreta la 'soberanía popular' como un poder de censura última, como uno más de los poderes que tienen que concurrir en las decisiones colectivas, pierde algo de su veneno. En todo caso, son indispensables frenos y contrapesos constitucionales, y sobre todo debe estar claramente delimitado y constreñido el campo en el que se toman decisiones políticas.

La importancia del papel del pueblo como censor aparece más claramente en los casos en que los buscadores de rentas han

conseguido detener del todo el crecimiento económico con sus privilegios. Entonces pueden cumplir los votantes su función más necesaria: la de despedir al Gobierno y elegir a quien sea capaz de llevar a cabo reformas que consigan liberar las energías de la sociedad. Mas esto ocurre raras veces, y es mejor que además la Constitución haya creado los suficientes frenos y contrapesos para que la situación de parálisis no se dé. Además, y por si acaso, es bueno que la libertad de comercio y las nuevas TIC mantengan abierta una comunicación con el mundo que limite el poder de los grupos de interés, e incluso de las mayorías proteccionistas.

Frenos y contrapesos

Las reglas y costumbres constitucionales que matizan el uso del poder democrático son más sólidas cuanto más reforzadas se vean por la sepa- ración y división de poderes; tal es la sabia conclusión de la tradición liberal clásica que hemos venido estudiando. Cuando los poderes del Estado se ven obligados a concurrir con otros poderes y obtener su aquiescencia, al menos tácita, para las decisiones colectivas importantes, entonces se desa- parecen muchos de los temores que inspira la democracia mayoritaria.

Ello no quiere decir que quede prohibida toda acción colectiva pública. Hemos dado ejemplos de acuerdos 'unánimes' sobre la conveniencia de una acción colectiva, como fue la prohibición en Inglaterra de calentar las casas con carbón en chimeneas abiertas, lo que hacía irrespirable la atmósfera en invierno. Solo con un acuerdo general era posible la concurrencia de todos en al abandono del carbón, lo que no impedía que luego hubiera protestas por el efecto de la prohibición sobre algunos grupos de personas. El ejemplo indica cómo se han de realizar las

intervenciones co lectivas, sin atender a la identidad de los beneficiados y perjudicados. También es posible llevar a cabo proyectos públicos que beneficien a una minoría, con tal de que paguen por su uso los que los utilicen. E incluso son permisibles ayudas redistributivas si no son a costa del impuesto general, sino financiadas por un grupo territorialmente delimitado, para así extremar la vigilancia contra los abusos.

Separación y división de poderes

De entre los frenos y contrapesos adoptados en defensa de la individualidad cuando se llevan a cabo acciones colectivas necesarias, los más conocidos son los definidos en la tradición constitucional del liberalismo como 'separación y división de poderes'.

Lo primero es distinguir entre separación de poderes y división de poderes. La separación tiene lugar en un plano horizontal, entre las principales poderes superiores del Estado, ejecutivo, legislativo y judicial. La división opera en un plano vertical, entre los poderes centrales del Estado, por un lado, y las autonomías, Lánder o estados, las provincias, los ayuntamientos y, por fin, los votantes y la sociedad civil, por otro.

Esta separación y división no quiere decir creación de compartimentos estancos, sino colaboración o concurrencia de poderes según reglas bien definidas para tomar decisiones colectivas. Otra forma de ver esta separación y división es la de definirla como un poder de veto en ciertas materias, investido en uno u otro poder.

Lo segundo es entender que tal división y separación no tiene como fin poner coto o barrera a la soberanía popular o a la soberanía nacional, sino proteger a las minorías y a los individuos de acciones colectivas arbitrarias. Dicho de otra forma, la división y la separación de poderes es una manera de acercar las decisiones colectivas a la regla de la unanimidad sin paralizar la acción pública.

La regla ideal de la unanimidad

Buchanan y Tullock, dos autores cuyo análisis de las constituciones democráticas han inspirado estas líneas, han hecho ver que, desde el punto de vista del individualismo ético, el ideal regulador de la acción colectiva debe ser el concurso unánime de los ciudadanos. Es cierto que la búsqueda de la unanimidad tiene un gran inconveniente: el coste de alcanzar acuerdos cuando el veto de una sola persona puede impedir toda decisión.

Pero, en primer lugar, hay que señalar que son muchas las decisiones colectivas en las que un individuo goza de poder de veto; las más importantes son las referentes a los derechos humanos, campo en el que el parecer del individuo afectado prevalece contra la inmensa mayoría; así, el derecho a la integridad corporal permite que la persona amenazada de tortura pueda prohibirla aunque toda la comunidad opine que conviene aplicársela en un determinado caso; así, cualquier individuo puede vetar que se censure la libre expresión de un pensamiento suyo, por mucho que todo el resto de la comunidad lo considere escandaloso. Tales poderes de veto no pueden suspenderse nunca en el caso de la tortura, y en otros casos, como el de la detención,

sólo siguiendo un procedimiento con sólidas garantías ante los tribunales.

En segundo lugar, distinguen Buchanan y Tullock entre las decisiones concretas en aplicación de reglas establecidas, en las que no ha lugar la unanimidad, y la elección de reglas constitucionales o meta-reglas, realizadas tras un velo de incertidumbre, que impide saber qué efecto concreto van a tener esas reglas en su aplicación posterior. Además, en el caso de tales meta-reglas, las mayorías mínimas para su aprobación serán menos exigentes cuanto menos importante sea su objeto. Esto se debe a que los individuos comparan el coste de dar poderes a los demás sobre su persona e intereses con el beneficio de llegar a una decisión colectiva que consideran conveniente.

Sobre la base de este criterio es posible entender que los frenos y contrapesos son una manera de hacer oír las voces de las minorías, o de las mayorías silenciosas, acalladas por quienes consigue el apoyo de la mitad más uno de los votos expresados. El veto presidencial en EE.UU. es un cauce para la expresión de los intereses del público general, explotado por los lobbies de buscadores de rentas; más efectivo aún sería si el Presidente pudiera vetar los textos aprobados por el Congreso línea a línea. La necesidad de concurrencia de la mayoría simple de los senadores con las decisiones de la mayoría simple de los diputados permite conseguir los mismos efectos protectores de los individuos que reglas de mayoría reforzada en una sola cámara.

De manera semejante, las declaraciones de inconstitucionalidad de normas por el Tribunal Constitucional cierran el paso al cambio arbitrario de reglas por decisión de mayorías coyunturales, y así

defienden a los me- nos representados contra arbitrariedades políticas. Igualmente, las reservas de poder a nombre de las autonomías protegen a los gobiernos locales de un signo frente a la imposición de mayorías de otro signo en las Cortes nacionales.

El mercado económico como espacio de unanimidad

El análisis de Buchanan y Tullock nos permite interpretar el libre mercado como un espacio de unanimidad, un plano de la actividad social en el que las decisiones se toman por unanimidad débil'. Un trato o contrato económico, en condiciones de competencia suficiente, es un acuerdo voluntario por el que las dos partes implicadas obtienen sendos beneficios, y el resto de la sociedad se abstiene. Los acuerdos en el mercado se apoyan en el voto de dos, nemine discrepante. Son pues acuerdos unánimes. Este carácter se extiende a todos los acuerdos no 'económicos' a los que los individuos llegan voluntariamente, desde la decisión de ir a éste o aquel espectáculo hasta la de constituir un club o una sociedad. Ello no obsta, naturalmente, para que haya reglas legales que establezcan cómo llegar a esos acuerdos evitando la fuerza, la coacción o el engaño, ni que, una vez establecido el vehículo social por unanimidad (débil), haya ocasiones en las que la decisiones subordinadas se tomen por mayoría.

Esto tiene dos consecuencias de fondo. La primera es que una gran parte de la actividad social, sin duda la mayor, se toma por acuerdos unánimes. La segunda es que, cuanto más amplio sea el espacio entregado a la sociedad civil, menos peligro hay de que se impongan abusivamente coaliciones mayoritarias o subrepticias.

La mundialización, defensa contra las arbitrariedades del poder

En la medida en que los mercados sean más amplios, mayor es el campo abstraído de la decisión política mayoritaria. Ello se ve con claridad en el caso de los libres intercambios internacionales. Hemos mencionado la llamativa frase de principios del siglo XX, en EE.UU., The Tariff is the Mother of the Trust. En efecto, las barreras arancelarias facilitan la permanencia de monopolios y cárteles nacidos al amparo del poder político: la mejor mane- ra de combatirlos es abrir las fronteras al libre paso de mercancías, servicios y capitales. Como esas situaciones privilegiadas son en realidad un modo de extraer, por la fuerza de la ley, rentas de los consumidores y los productores excluidos, la apertura de los intercambios internacionales reduce el grado de coacción injustificada existente en una sociedad. Las consecuencias de la mundialización de una economía nacional van más lejos. Los gobiernos tendrán más cuidado en evitar medidas arbitrarias contra propietarios y compañías por el posible efecto de retirada de capitales si disminuye la seguridad jurídica. El remedio no es infalible, como puede verse en el caso de la expropiación ilegal de la petrolera Yukos por el gobierno del presidente Putin. Hay casos en que el efecto tiene lugar, pero de manera menos visible: el presidente Néstor Kirchner, de Argentina, estará satisfecho de haber evitado el pago de la mayor parte de la deuda exterior de su país, pero ese tipo de acciones sin duda tiene relación con que los depósitos de los argentinos en el extranjero suman más que el monto de la deuda.

¿Es posible la democracia sin libre mercado?

La respuesta a la pregunta de si puede haber democracia sin libre mercado es sin duda que no, si la democracia que pretendemos es la limitada o liberal. Mas también nos atrevemos a decir que

tampoco es sostenible a largo plazo una democracia mayoritaria, o ilimitada, si el mercado económico basado en el derecho de propiedad y la santidad de los con- tratos no desempeña un papel preponderante en la sociedad.

Cita el profesor Bernholz las siguientes palabras del sociólogo Stanislav Andreski para subrayar el aspecto socio-político de la libertad económica:

“Hasta ahora el gobierno representativo no ha perdurado si no había también una amplia clase de personas económicamente independientes, no necesariamente independientes en el sentido de que gozan de una renta del capital o de la tierra, sino independiente en el sentido de que no tienen un jefe”.

El hecho de que muchos ciudadanos puedan cambiar de ocupación, no dependan incondicionalmente de otro y tomen decisiones con independencia de lo que puedan desear los poderes políticos es una condición necesaria para que se mantengan incluso las formas democráticas, aunque sean mayoritarias. La experiencia de los países latinoamericanos, donde las formas democráticas son tan lábiles, indica que la democracia ilimita- da también necesita un amplio mercado independiente de las interferencias políticas. De otra manera no dura ninguna clase de democracia, no digamos la liberal.

La tecnología fortifica el mercado y refuerza la independencia personal De nuevo encontramos un lazo entre un fenómeno apolítico, por una parte, y la democracia, por otra: la ciencia y la tecnología, fenómenos internacionales donde los haya, contribuyen a reforzar la democracia libe- ral de forma paralela a como lo hace el libre mercado.

Notemos primero el reforzamiento de la competencia económica que traen consigo las nuevas tecnologías, basadas, en última instancia, en unos estudios científicos que sólo florecen en libertad. La tendencia hacia el crecimiento del tamaño de las empresas y su poder de mercado en el capitalismo maduro que notó Karl Marx no es contrarrestada con verdadera eficacia más que por innovaciones alumbradas por el 'pensamiento lateral', que abren nuevos caminos de producción y son fuente de destrucción creadora. Los monopolios nacidos en libre competencia y carentes de protección oficial tarde o temprano caen víctimas de los invento- res que buscan darles la vuelta.

Las innovaciones de la información y la comunicación añaden otro efecto más a los notados: expanden el tamaño del mercado y ayudan a que los transactores puedan evitar las interferencias oficiosas de los burócratas estatales. Reducen drásticamente los costes de información, de transacción, de pagos y de subasta, típicos del mercado económico, con lo que éste se amplia y profundiza, y se extiende el campo de la vida social fuera de la política.

Además, las TIC transforman el propio mundo político. El control de las autoridades, la transparencia de las elecciones, la formación de opiniones, la recaudación de fondos para nuevas opciones políticas y otros modos de participación ciudadana se facilitan gracias a las nuevas tecnologías.

Por fin, las democracias liberales han mostrado siempre alguna debilidad frente a sus enemigos exteriores. La tecnología militar refuerza unas defensas a las que es difícil aportar el mismo número de combatientes fanáticos que asaltantes más primitivos. Como la

libertad de pensamiento y el incentivo de la competencia favorecen tanto el desarrollo de la ciencia y la técnica, no es imprudente decir que la democracia liberal necesita de ellas y también las favorece.

El secreto de Montesquieu En este bajo mundo, todas las instituciones y actividades humanas tienen su lado negativo. La democracia liberal puede, sin duda, fomentar vicios que la hacen peligrar. El mercado puede llegar a negociar bienes que no deberían ser venales y caer en la corrupción. Las tecnologías pueden ser utilizadas por personas faltas de escrúpulos, o incluso por terroristas, con fines destructivos. Sin embargo, la democracia liberal, ese delicado mecanismo de civilización, puede mantenerse en el camino del progreso deseado por los individuos que la componen si aprende de nuevo el secreto de Montesquieu: que para sobrevivir y prosperar necesita los frenos y contrapesos constitucionales, civiles, económicos, y tecnológicos que los liberales clásicos han ido descubriendo y formulando a lo largo de los siglos.

Introducción a la antropología del capitalismo

Artículo publicado por Pedro Schwartz en 2007, en la colección Papeles "Lucas

Beltrán" de Pensamiento Económico, de CEU Ediciones

Un nuevo enfoque

Mi objeto es aplicar a la depuración y defensa del liberalismo clásico algunas de

las conclusiones, provisionales sin duda, a las que han llegado los cultivadores de la 'psicología o antropología evolucionista'. Se trata ésta de una nueva

especialidad que enfoca la antropología partiendo del supuesto de que

"nuestras proclividades mentales están enraizadas en nuestra historia biológica

y evolucionista":2 enraizadas, sí, pero no determinadas del todo. Hay en el ser humano una capacidad de aprendizaje social y de innovación emergente,3 que

lo hace capaz de recombinar de manera novedosa elementos genéticos pre-

existentes.

Las evidencias arqueológicas interpretadas a la luz de la teoría biológica indican que los humanos hemos evolucionado a partir de simios antecesores

comunes nuestros y del chimpancé, pero dando nosotros un salto cualitativo

que ciertamente no entendemos bien. Los homínidos probablemente

empezaron a evolucionar hacia formas humanas actuales en el Pleistoceno medio o época de las glaciaciones, hace unos ochocientos mil años. El tipo de

inteligencia humana que caracteriza al homo sapiens sapiens parece que

emergió o apareció en el Holoceno, cuando se moderaron las temperaturas,

hace unos cincuenta mil años. Durante los primeros cuarenta mil años de este último lapso, nuestra especie vivió la vida de los cazadores recolectores.

Precisamente en ese entorno se formaron las propensiones individuales y

1 Texto revisado de una Conferencia pronunciada el 19 de abril de 2006 en el Campus de Madrid de la Universidad de St. Louis, para su presentación en el Seminario Lucas Beltrán del Centro de Economía Política y Regulación de la Universidad CEU San Pablo.

2 Rubin (2002), Prefacio. La psicología evolucionista ha tomado como base de interpretación del ser humano la socio-biología de

Wilson (1975), una intuición que ha dado mucho fruto, sin que ello obste para que no tenga la capacidad de explicación omni-comprensiva del fenómeno humano. Hayek escribió su The Constitution of Liberty (1960) para explicar el origen aprendido y no biológico de las instituciones de la sociedad libre. (Cap. IV.3, pág 159) 3 Sobre el concepto de emergencia en un Universo abierto, aplicado al cerebro y la mente humanos, véase lo que dice Popper sobre indeterminismo y novedad biológica, en Popper y Eccles (1977), secciones P7-P9, págs. 14-35. sociales que perviven bajo el barniz de las civilizaciones posteriores.

Puede ser ilustrativo citar a Paul H. Rubin, uno de los muchos estudiosos de las probables condiciones de la vida de los cazadores-recolectores en ese

largo período de adaptación de cuarenta mil años, cuya huella buscamos en

nuestra naturaleza humana.4

Grupos [de unas 150 personas,] lo suficientemente pequeños para que sus miembros puedan observarse los unos a los otros pero lo

suficientemente grandes como para que haya quien pueda ‘hurtar el

hombro’; ausencia de estructuras de gobierno centrales; abundancia

de individuos sin relación familiar; mínimas diferencias de estatus; compartición de alimentos o de esfuerzos para obtener el alimento;

alta rotación de miembros del grupo; ausencia de inversión; y

ostracismo como la principal forma de castigo. (págs. 6 y 7)

Esas pautas de comportamiento, sostienen los estudiosos de la

antropología o psicología evolucionista, siguen marcando los vectores del comportamiento de los humanos actuales,5 sin predeterminar sin

embargo su camino totalmente. Una de las razones principales por las que

las características personales y sociales de los humanos son variadas y

novedosas es nuestro carácter altamente individualista y deseoso de independencia.6

Dadas las características generales de aquellos individuos, eran posibles

dos grandes vías paralelas de evolución en sus relaciones los unos con los otros: la vía del conflicto y la vía de la colaboración. Ambas se han

practicado y se practican en los grupos humanos, pero hay que hacer

hincapié en que la Humanidad no habría progresado en absoluto si la vía de

4 En su libro sobre el origen evolucionista de la libertad, recoge Rubin (2000) en este punto lo dicho en Bowles y Gintis (2001), que son los que resumen estas ocho notas sobre la base de una cuidadosa revisión de la literatura antropológica. 5 Digo ‘vectores’

por comparación o aproximación, pues la evolución biológica de homo sapiens sapiens, un género expuesto a continuo mestizaje, podría representarse como la resultante de fuerzas en dos o más dimensiones (como serían orientación y duración), una resultante representable por una línea orientada relativamente a un punto de partida, y cuya magnitud es igual a su longitud,- con la complejidad correspondiente si se suponen más dimensiones. El primer cálculo vectorial fue el del paralelogramo de fuerzas de la mecánica de Galileo. 6 Señala Rubin (2002) que Reiss (2000) enumera dieciséis dimensiones en las cuales diferimos los individuos, de las que catorce tienen base genética: las combinaciones de estos rasgos diferenciales dan lugar a dos billones de posibles perfiles. la cooperación y competencia pacíficas no fuera la dominante. Ha facilitado este camino, añade Rubin, la aparición espontánea de las

instituciones del derecho consuetudinario pre-estatal: es decir,

las reglas legales básicas que definen los derechos de propiedad, el

cumplimiento de los contratos y la prohibición de ciertas formas de violencia. (...) Son parte integral de cualquier sociedad y diversas

variantes de estas reglas son universales entre los humanos.7

Los derechos de propiedad y las distintas formas de proteger su

permanencia y facilitar su transacción “forman la base de la interacción y competencia no-conflictivas entre las personas”. 8 Tales reglas y otras

básicas semejantes son ‘naturales’, en el doble sentido de que son

consecuencia directa de nuestra estructura genética y de que son previas

al Derecho positivo estatal.9

Esta apelación a los instintos del género homo, heredados de su

conformación en el Pleistoceno, no implica que los humanos de hoy

obedezcamos ciegamente estos impulsos. Los genes no determinan del todo nuestra conducta. Los hombres somos capaces de innovar y

aprender, por lo que nuestra cultura evoluciona hasta desarrollarse de

maneras inesperadas y a menudo extraordinariamente fructíferas. El

principal ejemplo de una transformación emergente, inesperada y 'no natural' de las sociedades humanas primitivas es el hecho de que

comerciamos con extraños y, por consiguiente, dividimos nuestro trabajo

con desconocidos. Paul Seabright, en un libro muy sugestivo, titulado En

compañía de extraños: una historia natural de la vida económica (2004), señala lo poco natural que es el comercio con personas a las que no se conoce y a

las que no puede obligarse a cumplir promesas y contratos. Muchos son los

filósofos que han querido comparar nuestras sociedades con colmenas de

abejas, colonias de termitas, o con hormigueros. Esos insectos que tan efectivamente dividen el trabajo en sus respectivas sociedades son

hermanas y no colaboran con individuos con los que no están relacionados

genéticamente. Por el contrario, el simio homo, tan temeroso, huidizo y

7 Rubin (2002), pág. 80. 8 Comunicación personal de Dan Christian Comanescu, en la Liberty Fund Conference de marzo de 2005 en Ámsterdam. 9 Entiéndase que también es 'natural' el conflicto, lo que dificulta el intento de construir un Derecho Natural unívoco y moralizante. violento como los chimpancés, comercia desde los más remotos tiempos con desconocidos. Ese comercio le permite dividir su trabajo con otros

humanos dispersos por el mundo, a quienes nunca tendrá ocasión de ver cara a cara.

Así pues, en los diez mil años en los que homo sapiens sapiens ha vivido bajo

formas culturales reconocibles por los hombres actuales, no ha habido tiempo

para modificaciones importantes de nuestro bagaje genético, sino sólo

evolución cultural. El individualismo está en nuestros genes desde el principio, pero su pleno desarrollo es un resultado de la evolución cultural: la tendencia

a la autonomía personal, que era norma entre los cazadores recolectores,10 ha

sido contrarrestada culturalmente durante el largo período histórico de

jerarquización de las sociedades; sólo en la actualidad y gracias a la expansión de los mercados, el comercio, y las tecnologías de la información, vuelve a

aflorar con fuerza creciente la autonomía individual, tras una era de continua

centralización social y política.

Esta renovada individuación toma elementos genéticos primitivos y los

transforma gracias a la aparición y extensión de costumbres pacíficas de

intercambio real y virtual con extraños. El individualismo de hoy no sería concebible sin la obediencia a reglas culturales ciegamente emergidas, que

nos llevan a encauzar y corregir algunas de nuestras inclinaciones ‘naturales’.

Un ejemplo de este tipo de transformación y domesticación social de impulsos

atávicos es la monogamia: ésta sin duda contraría algunas inclinaciones ‘naturales’ de los varones, pero da ocasión a que las hembras desarrollen más

equitativa y dignamente su maternidad y a que los varones de los rangos

inferiores de la jerarquía social tengan la posibilidad de dejar descendencia.

Más generalmente y como ha subrayado Hayek,

el hombre ha sido civilizado muy contra sus deseos. (...) Las reglas indispensables

de la sociedad libre exigen de nosotros muchas cosas desagradables, como el

sufrir la competencia de otros o el ver que otros son más ricos que nosotros11.

Todo ello lleva a que los humanos de hoy padezcamos profundas

contradicciones, por sentirnos presos de una larvada insatisfacción ante

10 Rubin (2002), pág 104. 11 Hayek (1979), Epílogo: “Las tres fuentes de la valoración humana”. Subrayado de Hayek. nuestra civilización, al tiempo que deseamos ardientemente formar parte de ella. Ésta es la fuente del malestar en la modernidad.

El comercio precede al Estado

Ya he mencionado el libro de Paul Seabright: En compañía de extraños (2004).

Trata del sorprendente fenómeno de la colaboración e intercambio de los

humanos con congéneres que no pertenecen a su familia y con los que la

relación genética es remotísima. El capítulos II se titula “De simios asesinos a

amigos de honor”. En efecto, entre las especies de géneros cercanos a nosotros,

como son los chimpancés, la cooperación y el intercambio recíproco sólo se dan

entre miembros de la familia extensa: con extraños la relación es normalmente

bélica o agresiva. Cierto que seguimos obedeciendo impulsos de agresión,

incluso hacia nuestros parientes, pero ¿por qué es que hemos adquirido los

hombres la capacidad de contratar y negociar con extraños?

Es revelador que el comercio y el dinero aparecieran mucho antes que las

organizaciones políticas, que los tribunales, que el Estado. Recoge Ridley

(1996), el caso de la tribu de los Yir Yoront, unos aborígenes australianos

instalados en las llanuras aluviales del norte de su Continente. Pese a que la

piedra de sus hachas se extraía de canteras sitas a cientos de millas al sur de su

territorio, y a que en el camino se interponían las más diversas y extrañas tribus,

los Yir Yoront las habían obtenido gracias a una larga cadena de intercambios:

trocaban puntas de lanza con aguijones venenosos de raya marina, por los

cabezales de hacha que, de mano en mano, les llegaban desde el sur12. La

cooperación espontánea es atractiva por sus consecuencias.

La tendencia de los humanos a organizarse en grupos tiene un lado siniestro,

que es la organización para la agresión y la guerra; pero tiene un lado benéfico:

“el comercio es la expresión de la división del trabajo”.13 Adam Smith lo había

dicho de forma más precisa: “La división del trabajo depende de la extensión del

mercado”.14 La división del trabajo, pues, está íntimamente relacionada con el

intercambio, ya sea dentro de una organización, ya sea horizontal y

atómicamente en el mercado abierto; y la división del trabajo aumenta nuestra

productividad y nuestra riqueza.

12 Ridley (1996), págs. 197-199, donde recoge los resultados del estudio antropológico de Sharp (1952). 13 Ridley (1996), pág. 199. 14 Smith (1776), I. Mercados y jerarquías

Si entramos más a fondo en esas dos formas de organización del trabajo, vertical

y horizontal, nos encontramos con que jerarquía y mercado se corresponden con

dos principios de la vida social de la humanidad, a saber, el principio de decisión

colectiva y el principio de auto-gobierno individual, que, cada uno en su campo,

tienen validez y útil aplicación.

La cooperación social de la humanidad se realiza, pues, en dos grandes planos: las

jerarquías piramidales y el intercambio horizontal.15 Las jerarquías se basan en la

obediencia; el comercio en el trato voluntario. Los individuos, en ambos tipos de

organización, la jerárquica y la mercantil, conservamos nuestro albedrío y nos

movemos por el propio interés.16 Tanto cuando obedecemos como cuando

comerciamos, lo hacemos porque resulta mutuamente beneficioso. El trato

voluntario no se consuma si el intercambio no parece beneficioso a todas las

partes. El uso de la fuerza o la coacción que típicamente refuerzan los sistemas de

obediencia no consiguen a la postre su objetivo si los mandados no obtienen

beneficio alguno de su pertenencia a una organización, sea ésta un Estado, una

burocracia, un club, o una empresa. Incluso la guerra está sometida a un cálculo de

coste-beneficio personal de quienes en ella participan como combatientes.17

Dicho de otra manera, entre humanos, tanto la jerarquía como el comercio están

sometidos al mecanismo de la competencia individual: al considerar su interés y

beneficio, los hombres cambiarán incluso de jefe y no digamos de contraparte

comercial, si consideran que los resultados no son de su conveniencia. Ello supone

un incentivo para que las prestaciones de los intercambios no sólo comerciales,

sino también políticos y societarios, produzcan en un beneficio o mejora para los

individuos concernidos. La competencia es ubicua y tanto en su versión

institucional como comercial es un instrumento de cooperación social.

15 Tullock (1994), cap. 7. 16 Decir que los individuos nos movemos por interés propio no equivale a decir que somos egoístas: una madre que se sacrifica por su hijo lo hace por interés propio no-egoísta, porque el bienestar de su hijo forma parte de lo que personalmente valora. 17 Ese 'cálculo' personal no tiene porqué ser racional: puede muy bien responder a emociones impresas en la psique humana, como respuestas ancestrales que han resultado útiles desde la noche de los tiempos,- como sería el aviso a los agresores que supone la disposición a morir matando en defensa del propio territorio. Véase el texto sobre 'agresión moralista', correspondiente a la n. 34. Ya hemos visto que una gran parte del intercambio económico ocurre dentro de las organizaciones empresariales: relaciones de empleo, suministro de materiales

entre una división y otra de la misma compañía; servicios contables suministrados

por un departamento especializado. Otra parte muy importante del intercambio

se realiza en el mercado, ya entre empresas ya con individuos.18 La competencia

disciplina tanto las empresas como los individuos. En un mercado libre, en el que

las empresas no pueden impedir a la fuerza que los empleados o los clientes les

abandonen, la competencia se encarga de mantener las organizaciones

jerárquicas dentro de los límites de la conveniencia económica.

Sin embargo, la competencia es mucho menos eficaz y directa en el campo político.

La capacidad de los Estados de utilizar la violencia y la coacción para forzar la

obediencia, hace que el efecto de la competencia institucional sea mucho más

lento en la esfera pública:19 incluso en algún caso, los Estados 'ineficientes'

desaparecen sólo tras una guerra y los gobiernos indeseados sólo tras una

revolución. En el mundo económico, el equilibrio entre jerarquía y mercado viene

determinado por la libre competencia: las grandes compañías ineficientes

desaparecen o son adquiridas por otras. En cambio, en el mundo de la política, no

existe o no es tan eficaz esa tendencia espontánea hacia el equilibrio: por eso

tienen tanta importancia los frenos y contrapesos constitucionales.

Jerarquías de consumo y jerarquías de producción

Es necesario ahondar un poco más en la división entre jerarquía y mercado para

entender las razones de la resistencia y antipatía que provocan las organizaciones

empresariales entre personas de ánimo igualitario, que las confunden con

distinciones de clase.

18 La aparición de empresas en las economías occidentales se explica por la reducción de costes de transacción que consiguen, costes que para algunos intercambios son prohibitivos en el mercado horizontal. Coase (1937). El intercambio de beneficios tiene su lugar principal en el mercado, pero también aparece en el Estado, en el que la paz se consigue, no sólo por imposición de la fuerza, sino también por la transacción. 19 La coacción estatal toma tres formas, el conflicto armado, la justicia, el impuesto: la primera, guerra y revolución, consiste en el uso de la violencia para defender valores irreducibles e incomparables; la segunda, la justicia, para dar a cada uno lo suyo; la tercera, la recaudación de fondos para costear bienes colectivos de los que es imposible excluir a quienes consumen sin pagar. Es Isaiah Berlin el que ha

subrayado la existencia de conflictos en la vida social irreducibles por transacción, conflictos que sólo se resuelven por la fuerza o por el desgaste y cansancio de un prolongado enfrentamiento: así, por ejemplo, en su profundo ensayo sobre Maquiavelo, donde podemos leer que “en principio no es verdad que sea posible descubrir una solución objetivamente válida a la cuestión de cómo deberían vivir los hombres.” Berlin (1955,1981), pág. 66. Denuncia Rubin (2002) la peligrosa confusión entre jerarquías distributivas y jerarquías productivas. 20 Para él, se ha exagerado la semejanza entre los órdenes

jerárquicos de ciertos animales y los de los humanos. Las jerarquías de puro

dominio se caracterizan por el uso del poder para redistribuir alimentos, mujeres,

bienes, honores a favor de la elite dominante. Por el contrario, la esencia de las

jerarquías productivas es la organización del trabajo con el fin de aumentar la

productividad. Cierto es que las jerarquías pueden colocarse en un continuo, en

uno de cuyos extremos se encontraría la pura explotación y en el otro la elección

democrática de un director de operaciones para hacer éstas más efectivas. Pero

es útil de todas formas subrayar que la antipatía que muchas veces despiertan las

organizaciones se debe a una atávica resistencia frente a las coaliciones

explotadoras de poderosos no productivos.

La oposición de Marx al capitalismo y el eco despertado por sus denuncias, sobre

todo en intelectuales amargados por la falta de respeto y deferencia que creen

que se les debe, tendría alguna justificación contra las pirámides de pura

explotación, pero no contra temporales organizaciones jerarquizadas para la

producción. “Marx se dio cuenta de que el capitalismo era altamente productivo,

pero su análisis parecía confundir las características de jerarquías de producción

y redistribución.”21

De entre las especies sociales del mundo animal, la humanidad se distingue pues

por formas de coordinación muy características y distintas de las de otros

animales sociales. En especial hay que destacar el papel desempeñado por la

división del trabajo basada en el intercambio personal directo y en el comercio con

extraños.

El Gen egoísta, individuo cooperador

La intuición más certera del mecanismo evolutivo cultural viene recogida en el título del famoso libro de Richard Dawkins, The Selfish Gene, el gen egoísta.22 Cuando son los genes, y no los individuos, las naciones, o las razas, los que 'luchan por la vida', la visión de las sociedades humanas se transforma totalmente. Empieza a caber la cooperación, el altruismo, la moralidad.

20 Rubin (2002), capítulo sobre la "Envidia", en especial págs. 103-108. 21 Rubin (2002), pág. 107. 22 R Dawkins (1976), quien recoge la nueva visión del proceso evolutivo expuesta por Hamilton (1964) y Williams (1966). No sabría yo hacer bastante hincapié en el error que cometen tantos darwinianos de baratillo, en programas de televisión cultural, en libros de texto para jóvenes incautos, en jeremiadas contra la Sociedad Abierta, al presentar el reino natural como si consistiera sólo en la guerra de todos contra todos, en busca de alimento y apareamiento. El propio Darwin (1859), su capítulo sobre "La lucha por la existencia", avisó de que uso el término Lucha por la Existencia en un sentido amplio y metafórico, que incluye la dependencia de un ser respecto de otros, y que incluye (lo que es más importante) no sólo la vida del individuo, sino el éxito en dejar progenie tras de sí. (pág. 116)

La lucha por la existencia, pues, también tomaba para Darwin la forma de cooperación social en plantas y animales, y asimismo de mutuo apoyo de "las especies que tienen que luchar juntas" en el

mismo hábitat (pág. 123). Si de lo que se trata es de “dejar progenie tras de sí” y, diríamos hoy, de contribuir a la difusión de los propios genes portados por parientes y descendientes, entonces el comportamiento de los individuos en la lucha por la vida a menudo toma la forma de colaboración social, a través de la cooperación o de la competencia pacíficas. La idea de que los hombres han de someterse inevitablemente a una presunta norma de salvaje competencia dictada por la madrastra Naturaleza, “red in tooth and claw”, en expresión de Tennison, lleva a personas de buena fe a rechazar el capitalismo, que ven como una manifestación de lo peor y más cruel de la naturaleza humana.

La supervivencia y multiplicación de los genes de cada individuo no exige que los individuos portadores de esos chips de información deban conducirse necesariamente y siempre de forma tramposa y agresiva. Ni la Humanidad en su conjunto, como pensaba Freud, ni sus ‘razas’ y ‘naciones’, según la fantasmagoría de Gobineau y Chamberlain, compiten bajo la ley del survival of the fittest, de la supervivencia del más apto. La difusión y multiplicación de los propios genes puede muy bien verse favorecida en la mayoría de las circunstancias por la obediencia a reglas morales, por la aparición de instituciones y normas de cooperación social y competencia pacífica, y ello tan eficazmente o más que por conductas agresivas y tramposas. De hecho, la humanidad civilizada ha multiplicado sus éxitos porque la importancia de las conductas cooperativas ha ido creciendo respecto de las belicosas,- aunque parezca otra cosa a quienes no tienen conciencia de la crueldad de la vida del ‘buen salvaje’. Como resume Matt Ridley al final de su sugestivo libro El origen de la virtud (1996),

nuestras mentes han sido construidas por genes egoístas, pero han sido construidas para ser sociales, confiables, y cooperadores. Ésa es la paradoja. [...] Los seres humanos tienen instintos sociales. Vienen al mundo con predisposición de aprender a cooperar, de discriminar entre los que los que son leales y los traicioneros, de comprometerse a ser ellos mismos leales, ganarse una buena reputación, intercambiar bienes e información, y dividir el trabajo. Pág. 249)

Mucho de lo genéticamente incorporado durante la larguísima época en que los cazadores recolectores se adaptaron a su entorno (como es la licitud del amor propio, la conveniencia de la cooperación social, la productividad de la división del trabajo, la necesidad de reglas morales para evitar conductas destructivas, los beneficios del respeto de la propiedad y los contratos) ha resultado ser la base más adecuada para la aparición del capitalismo democrático. Así mismo, mucho de lo aprendido por los humanos de la evolución cultural durante siglos más recientes (como es el comercio con extraños, la monogamia socialmente impuesta, las jerarquías productivas, la competencia económica), aún no formando parte de nuestro acervo genético, ha servido para que emergiera una tendencia histórica hacia la acumulación de riqueza, el avance de los conocimientos, el mejor aprovechamiento de los recursos, y la sustitución de los juegos destructivos de suma cero por juegos positivos de cooperación.

Cierto es que otras inclinaciones adquiridas durante la era de caza y recolección dificultan el funcionamiento de la Sociedad Abierta: así son el rechazo del pago de intereses sobre los préstamos, la creencia de que las importaciones de bienes y servicios dañan la comunidad, la sospecha de que toda fortuna se debe a la

explotación o el abuso de poder, la envidia del éxito, la ostentación de los empresarios, la explicación 'social' de los delitos, la ilusión de que, en una economía libre, la distancia entre ricos y pobres es cada vez mayor. Pero lo que no resulta aceptable ni conforme con lo que hemos aprendido desde que Darwin abrió la página del evolucionismo biológico es la idea de que todas las costumbres civilizadas son una imposición artificial, una represión enfermiza, una fuente de neurosis casi incurables, cual lo creía Freud.

El gen egoísta hace que los humanos encuentren en muchas ocasiones beneficioso ser altruistas.

Las dos caras de Adam Smith23

Es bien sabido que Adam Smith, en La riqueza de las naciones (1776), presentó una imagen distinta del ser humano, de la dibujada en La Teoría de los sentimientos morales (1759).

No es de la benevolencia del carnicero, el cervecero, o el panadero de lo que esperamos nuestra cena, sino de sus miras al interés propio, y nunca les hablamos de nuestras necesidades sino de sus ventajas. (1776, I.ii)

23 Este es el título del artículo de Vernon Smith (1998), que resumo a continuación. Al escribir su tratado sobre la economía, Adam Smith pareció olvidar lo dicho en su libro de 1759.

De hecho, son muchos los historiadores de las ideas que han denunciado una contradicción en la doctrina de Smith: en Sentimientos morales, el hombre era capaz de altruismo; una quincena de años más tarde, en La Riqueza, el hombre sólo atendía la llamada del propio interés. Si Smith no hubiera publicado más ediciones de Sentimiento morales que la de 1759, podría pensarse

que se trataba de una visión juvenil pronto olvidada en la obra de madurez. Pero la última edición de las seis que publicó en vida terminó de corregirla en 1790, el año de su muerte: y en esta sexta edición hizo extensísimas correcciones, pero no repudió ni la representación altruista ni la interesada que han dado lugar a la aparente contradicción que aquí notamos.

El premio Nobel de Ecoomía Vernon Smith (1998)ha presentado una convincente explicación de esos dos modos de presentar la acción humana en las dos obras de Adam Smith. Para Vernon Smith, Adam Smith

estaba describiendo en sus dos obras dos tipos de comportamiento coexistentes en los seres humanos: el correspondiente a los intercambios personales cara a cara, y el que aparece en los intercambios impersonales del mercado económico. Para nuestro contemporáneo, no hay contradicción en yuxtaponer la reciprocidad positiva (o comportamiento cooperativo) y el amor de uno mismo (o comportamiento que llama no cooperativo).24

Es natural que en las relaciones personales, en las que el hombre necesita formarse un concepto de aquellos con los que entra en contacto, y también da importancia a lo que los demás piensan de él, prime la reciprocidad positiva, la búsqueda del intercambio equitativo, el aprecio de la cortesía y consideración en el trato, de la moderación en lo que se obtiene y se impone,- o bien la reciprocidad negativa del ostracismo del grupo o castigo directo de las personas ofendidas, impuestos a los que hacen trampa en los tratos o hurtan el hombro en las tareas comunes.25

En cambio, cuando se comercia con desconocidos, a distancia y sin probabilidad de tener nunca contacto personal, los individuos

miramos sólo nuestro propio interés, que es lo que hace que el mercado económico funcione sin que nadie se lo proponga. En estos casos la reciprocidad es monetaria y el control de incumplimientos o delitos, por medio de garantías comerciales o castigos legales.

Vernon Smith admite que ambos modos de comportarse son diferentes pero insiste, en base a los resultados obtenidos en laboratorio por los economistas experimentales, que la naturaleza de los humanos hace que den muestras tanto de interés por sí mismos como por los demás. El elemento común de ambos tipos de comportamiento es la tendencia de los humanos “a trocar, baratear e

24 Vernon Smith (1998), pág 8. 25 Afirma también Vernon Smith, en la sección 4 de (1998), que Adam Smith no tuvo en cuenta la reciprocidad negativa, pero el famoso texto sobre el buen y mal comportamiento de los individuos en la carrera por los honores y la riqueza indica otra cosa. Adam Smith (1759), II.ii.2.2, pág. 83. intercambiar”.26 Esa tendencia se observa, claro está, en los intercambios del mercado. Mas también en los contactos personales hay intercambio implícito de atenciones y favores. Incluso entre familiares aparece la tendencia a esperar reciprocidad, pese a que entre quienes comparten parentesco genético abundan más las actitudes puramente altruistas.

Concluye Vernon Smith observando que los humanos a menudo trasladan sin querer las normas de la reciprocidad personal a los tratos impersonales. Así por ejemplo, en los experimentos de laboratorio, la actitud de los jugadores es distinta respecto de aquellos que han obtenido su fondo para jugar por algún mérito o

conocimiento especial, que respecto de a aquellos a quienes el dinero les ha caído del cielo. En el mercado impersonal, el origen de los activos de los partícipes es irrelevante, pero quedan rasgos atávicos de hostilidad hacia quienes no han ‘ganado su riqueza’.27

El dilema del preso y sus remedios

Muchos cultivadores de la filosofía política utilizan en sus razonamientos un modelo o representación sucinta de las conductas humanas llamado ‘el dilema del preso’ o ‘del prisionero’, para intentar convencernos de las inevitables disfunciones de una sociedad basada exclusivamente en el interés individual.28

El dilema del preso es el juego más famoso de cuantos contiene la ‘teoría de juegos’, una rama de la matemática que estudia el comportamiento estratégico de personas cuando lo que procuran depende de lo que hagan los demás. Lo inventaron Merril Flood y Melvin Dresher en 1950, para representar situaciones en las que, si todos los jugadores persiguen de forma miope su interés personal, todos acaban en peor situación de la que podrían alcanzar cooperando.29 Supongamos que la policía mantiene incomunicados a dos presuntos delincuentes y les significa que: 1) si ninguno de los dos confiesa, quedan libres; y 2) si uno confiesa y el otro no, el que colabora es castigado con cinco años de prisión y el recalcitrante con quince. Resultado: ambos confiesan.

La idea central de este juego o modelo es aplicable a infinitas situaciones de la vida social. Por ejemplo, los miembros de una cofradía de pesca saben que sería en beneficio de todos el marcarse un límite a la cantidad de pescado que sacan del mar, para conservar ese precioso recurso. Sin embargo, si acatan esa limitación, piensan que siempre habrá quien vea cuánto le

conviene ser el único que no la cumple. El resultado final es que todos padecen porque todos esquilman el recurso. La degradación del medio ambiente (cuando no están bien definidos los derechos de propiedad)30 es sin duda uno de los casos más claros de 'paradoja del preso'.

26 Smith, A. (1776), I.ii.1. 27 Vernon Smith (1998), págs. 12-14. 28 Lo que sigue se inspira en el cap. III de Ridley (1977) 29 Matt Ridley (1997), pág. 55. 30 Coase (1960). Una versión particular de este juego es el llamado 'juego de la coordinación', por el que uno de los miembros de la comunidad se beneficia indebidamente a costa de todos los demás, a los que fuerza a tomar medidas sub-óptimas.31 Supongamos un pueblo en el que todos confían suficientemente en los demás como para no cerrar sus puertas a llave. Un solo vecino falto de honradez podría enriquecerse con hurtos secretos, forzando por fin a los demás a instalar cerraduras y candados. De igual manera, la vida sería más agradable y menos costosa si nadie robara automóviles y no hiciese falta cerrarlos y protegerlos con alarmas. Las actividades delictivas, en cuanto consisten en hacer daño a la persona o propiedad de otro para beneficio del delincuente, son ejemplo de las consecuencias de este 'juego de coordinación', o de falta de coordinación, por la trampa interesada de unos pocos egoístas.

La nueva especialidad de la 'economía experimental', precisamente la galardonada con el Premio Nobel de Economía en la persona del prof. Vernon Smith, se ocupa, entre otras cosas, de analizar en laboratorios informáticos las reacciones de individuos colocados en situaciones de paradoja del preso, simulándolas con programas de ordenador. Una de sus constataciones es que el resultado cambia a 'mejor', si el juego se repite, sobre todo si se repite

indefinidamente, y si los contendientes (o presos) van constatando la forma de comportarse de los otros contendientes (o compañeros de delito).

Diversos estudiosos han ido formulando tácticas que conducen a que al final dominen las estrategias positivas de cooperación. La versión que se ha hecho más famosa por su eficiencia es la ideada por Anatol Rappoport y llamada 'Tit-for-tat', que podría traducirse por 'Donde las dan las toman'. Consiste esta estrategia en comenzar la primera partida jugando limpio (negándose a confesar) y prosiguiendo en las partidas siguientes de la misma manera, si el contrincante responde noblemente. En cuanto el contrario se porta mal, se le responde de la misma forma, pero se vuelve al juego limpio si el contrincante enmienda.32 Es una estrategia exitosa, ha dicho Robert Axelrod (1984), porque el jugador muestra buena disposición, aplica represalias, perdona si se vuelve al juego limpio, y actúa en todo momento con mucha claridad.33

Tit-for-tat es una estrategia conducente a generar cooperación entre extraños. Permite la formación de grupos de personas dispuestas a colaborar deportivamente, que se refuerzan a medida que los jugadores se conocen y adquieren buen fama. Para que estas costumbres de cooperación recíproca se consoliden, es conveniente que los jugadores las internalicen, castigando los desertores. Pronto tiende a convertirse en una costumbre moral o regla no escrita,

31 Ridley (1997), págs. 54-55, atribuye una versión a Rousseau, quien describió la situación de un grupo de cazadores a quienes se les escapa el venado que persiguen porque uno de ellos abandona

su puesto para cobrar una liebre. El tramposo consigue un fácil botín a costa del hambre de los demás. 32 Mejor dicho, se vuelve al juego limpio de forma aleatoria en una proporción determinada de casos. Con esta característica y a condición de que los jugadores lo hagan de forma seriada, el juego pasa a llamarse “Pavlov” y suele ser una estrategia dominadora de tácticas oportunistas. Ridley (1997), pág. 78. 33 Citado por Ridley (1997), págs. 60-61. reforzada por pasiones de indignación. La ‘agresión moralista’ contra los que hurtan el hombro o desertan de sus obligaciones comunales para beneficio propio y daño de los demás, a menudo ayuda a resolver las ‘paradojas del preso’ que continuamente se presentan en nuestra vida social.34

Las pasiones y los sentimientos desempeñan, pues, un papel crucial en el proceso evolutivo, tanto biológico como social. Pueden parecer irracionales desde el punto de vista del interés individual a corto plazo: por ejemplo, estar dispuesto a morir antes que a rendirse, conducta irracional donde las haya, es un modo de señalar a los demás los límites que no pueden traspasar,- a veces esa mera disposición al sacrificio aleja el peligro.

¿Es inteligente ser racional?35

Es sin duda cierto que los humanos sentimos impulsos de fraternidad y solidaridad que nos llevan a comportarnos de forma menos interesada de lo que suponen los modelos típicos del análisis microeconómico. Como acabamos de ver, el homo sapiens es más moral y más solidario que el mítico homo oeconomicus. Sin embargo, del análisis que acabamos de realizar se deduce la posibilidad de entender estas inclinaciones ‘fraternales’ en términos de impulsos, convicciones, intereses, acciones, planes y

acuerdos de individuos. Dicho de otra manera, mientras sea posible explicar los conglomerados sociales con un método individualista, debe rechazarse por innecesario el atribuirles personalidad propia y albedrío independiente. “Entia non sunt predicanda praeter necessitatem”, decía Guillermo de Ockam, cuando aplicaba su navaja a la metafísica. Los agregados sociales, como el idioma, el mercado, la nación, el Estado, son ‘modelos’ mentales ideados para analizar la lógica interna de fenómenos colectivos, en la que el todo se nos aparece como mayor que las partes. Pero es la tarea de los científicos sociales el reducirlos a las consecuencias inesperadas y no queridas de las acciones individuales. Una de las contribuciones más notables de la Escuela Histórica Escocesa del s. XVIII, precisamente aquélla cuyos miembros introdujeron de forma sistemática en la historiografía consideraciones sociológicas y económicas, fue el señalar que “las naciones se tropiezan con sus instituciones, que si son en efecto el resultado de la acción humana, no son el resultado del diseño humano”.36

El error fundamental de los ‘holistas’ como Marx consiste en creer que se puede hablar de ‘evolución en grupo’, de regularidades sociales nacidas para mejorar la

34 Rubin (2002) pág. 90. 35 Urrutia (2005), capítulo II “Fraternidad y nacionalismo”, pág. 141, n. 14, recoge esa fórmula del título del trabajo de a J. F. Álvarez (1992). Amartya Sen (1977) designa este tipo de conducta como la de un “rational fool”, un tonto racional. Steven Levitt (2005, con Dubner), en el capítulo titulado “Maestros y luchadores de Sumo”, pág. 19-51, dibujan un retrato entretenido de las trampas que hacemos los individuos cuando nadie nos ve, así como de la fundamental honradez de muchos de nosotros: en el experimento que relatan, el 87% de los

oficinistas pagaban el bollo del desayuno el panadero no estuviera presente. Después del 11 de septiembre, el número de tramposos se redujo en un 15%: todo ello ocurría en Nueva York. 36 Adam Ferguson (1767, 1974), tercera parte, secc. segunda, pág. 155, citando la Memorias del cardenal de Retz. óptima adaptación de una totalidad personalizada, como sería la de la clase social. De suponer que los individuos son meros peones o instrumentos de la lucha por la supervivencia del grupo, carecerían de explicación tanto los comportamientos altruistas como los comportamientos interesados de los miembros que los componen. Mejor es explicar la solidaridad de grupo y las coaliciones políticas partiendo del interés a largo plazo de los individuos, que suponer que los humanos obedecen ciegamente a un instinto social cuando el beneficio del grupo lo exige. Mejor también es aceptar como normal la acción interesada por razón del individualismo fundamental de los humanos.

Los comportamientos ‘inteligentes’ de los individuos, reforzados por la moralidad nativa, la buena educación recibida, la lealtad de clan, o el patriotismo, al fin y a la postre responden a la necesidad de mejorar la capacidad de supervivencia, no del grupo, sino de los genes de cada individuo, genes cuya supervivencia se refuerza si la mutua cooperación multiplica los recursos conseguidos de la Naturaleza y aumenta las defensas contra enemigos exteriores. Estas reacciones ‘altruistas’ no calculadas vienen reforzadas por pasiones que muchas veces ciegan a los individuos ante lo que podría ser un beneficio inmediato: en momentos de catástrofe, la gente está más dispuesta a repartir generosamente con el prójimo y a castigar severamente los saqueadores, aunque personalmente les conviniera acaparar y hurtar. Como muy bien subtitula Matt Ridley el capítulo VII de su libro sobre el origen de la virtud (1997),

“las emociones nos impiden ser tontos racionales”, pues esas emociones son el resultado de siglos de evitar caer en la paradoja del preso, emociones que nacen de nuestra inclinación natural a la reciprocidad. Así concluye Ridley su capítulo sobre este fatídico juego del preso:

la lección para los seres humanos es que nuestro frecuente uso de la reciprocidad parece ser una parte inevitable de nuestras naturalezas. No necesitamos utilizar la razón para llegar a la conclusión de que ‘un favor merece otro a cambio’, ni tampoco necesitamos aprenderlo doblegando nuestro raciocinio. Sencillamente se desarrolla en nosotros a medida que maduramos: una predisposición invencible, haya sido alimentada o no por la educación. Y ¿por qué? Porque la selección natural la ha fomentado para permitirnos sacar más partido a la vida en sociedad. (págs. 6566)

Todo esto se explica porque los verdaderamente ‘interesados’ son los genes. Cierto es que los individuos muchas veces practican conductas inmorales o abusivas, porque así obtienen un beneficio inmediato a costa de los ilusos que cumplen las reglas. Mas también pueden mostrarse altruistas al servicio de su grupo familiar o nacional, o estar dispuestos al comercio y la competencia pacífica, porque aquellos de sus antepasados que así se comportaron multiplicaron las ocasiones de transmitir esos genes selectivamente altruistas a la posteridad. 37

37 Amartya Sen (1991c, 2002) no ha entendido en absoluto el cambio fundamental en la visión darwiniana de la sociedad y el individuo que ha supuesto concentrar la atención en ‘el gen egoísta’. Como no sabe ver el papel que desempeñan la moralidad

y la emoción individuales, y los sentimientos y la solidaridad sociales, en la supervivencia de los genes, considera que "necesitamos a Darwin, pero sólo moderadamente" (pág. 500). Quien suponga que es el grupo en su totalidad el que lucha por la supervivencia darwiniana,38 no tendrá explicación para las conductas de los individuos que hurtan el hombro, desertan cuando nadie les observa, o utilizan la disposición solidaria de los demás para obtener rentas abusivas. Pero quien suponga que los individuos son siempre 'egoístas',39 no será capaz de comprender los comportamientos sociales o solidarios de los miembros de un grupo, y aún menos la obediencia a reglas morales cuando obran en secreto.40

No es posible, pues, representar el ser humano exclusivamente como un animal egoísta, capaz de construir, por acuerdo racional con otros individuos egoístas, sólo una colaboración social conscientemente diseñada. En esto tienen razón los críticos del que podríamos llamar 'individualismo monista': en la constitución de las sociedades animales hay elementos instintuales que han hecho de la cooperación social un elemento esencial de nuestro progreso como especie. Sin embargo de esto, se equivocan quienes defienden la utilización de un método holístico para entender los 'todos' sociales. No es cierto que quienes adoptamos el individualismo metodológico creamos que una persona racional vive exclusivamente según los mandatos de "la razón instrumental".41 Forma parte del análisis sociológico que realizan los economistas ortodoxos, la consideración de los impulsos y pasiones de los individuos, como fuerzas de optimización de su utilidad personal y social.

38 Cabe citar una frase del nacionalista y proteccionista Cánovas del Castillo (1888), pág. 400: “La lucha por la vida se ha trasladado también a las naciones; la lucha por la vida ya no es meramente asunto propio de los individuos...; la lucha por la vida alcanza a las razas, a las naciones, a los pueblos entre sí.” Pues bien, después de Dawkins (1976), es un error aplicar universalmente la noción darwiniana de la lucha por la supervivencia (“the survival of the fittest”) tanto al grupo como a individuo. 39 Es un error afirmar que el análisis microeconómico parte del supuesto de que los individuos son ‘egoístas’. En todo caso el supuesto del de ‘propio interés’, basado en una función de utilidad que puede incluir la utilidad de otros: por ejemplo, las madres están dispuestas a ver reducida su propia utilidad a cambio de aumentar la de sus hijos; por ejemplo, es sabido que los hombres casados trabajan más horas que los solteros. En la función de utilidad de la Madre Teresa estaba incluido el efímero bienestar de los moribundos recogidos de las calles de la India y no porque ese servicio le produjera placer o le garantizara el Cielo. 40 Siempre habrá gente que en un campo de concentración o a punto de ser ajusticiados mantenga una conducta humanitaria o una actitud digna. 41 Así Urrutia (2005), en la pág. 142, presenta un cuadro titulado “Nociones de fraternidad”, en el que enfrenta los incentivos del mercado con el ejercicio del intercambio humano no mercantil, con la solidaridad y la igualdad de oportunidades cuyo objeto es corregir las inequidades del mercado. Pero no ve que la verdadera ética de la solidaridad es también un intercambio, como hemos visto que explica Vernon Smith (1998), al hablar de las dos caras de Adam Smith. Pinillos (1998) también se insurge contra la razón instrumental, como esencia de la modernidad (prefacio a la segunda edición y passim).

Milton Friedman, gigante del siglo XX

Artículo publicado por Pedro Schwartz en 2007, en la colección Papeles "Lucas

Beltrán" de Pensamiento Económico, de CEU Ediciones

Vida y obra

Friedman nació en Brooklin en 1912, hijo de inmigrantes judíos venidos de un pequeño pueblo hoy sito en Ucrania. En 1938 se casó con su compañera de estudios Rose Director. Rose había nacido en la comunidad judía de otro pueblo de Ucrania y que emigró con su familia a Oregon en el oeste de los Estados Unidos, dos años antes de que estallara la I Guerra Mundial. Ambos se integraron con éxito en la vida americana. En la encantadora memoria de sus vidas que escribieron ya octogenarios, titulada Two Lucky People (1998), "Dos personas con suerte", se declararon ambos típicos ejemplos de todos esos inmigrantes que llegaban al pie de la Estatua de la Libertad, que respondían a la llamada escrita en bronce en el pedestal

Give me your tired, your poor,

Your huddled masses yearning to breathe free 42

y luego se fundían en el "crisol americano". Era una inmigración caracterizada por un "sólido individualismo", pero añadió Milton con pena, - una visión de la vida hoy reemplazada, "por el multiculturalismo" y "el Estado de Bienestar" (pág. x). Tuvieron dos hijos, el varón de los cuales, David es uno de los más afamados

cultivadores de la economía llamada 'libertaria' o 'anarco-capitalista' – una postura intelectual que deja chiquito el capitalismo democrático de su padre. Milton financió sus estudios con la ayuda de sus padres, de sus pequeñas actividades empresariales (como una academia de recuperación de suspensos o la venta de calcetines y corbatas universitarias), además de sus trabajos de camarero y de alguna beca con obligación tutorial. Su título de grado en economía lo obtuvo en Rutgers University, donde le cupo la suerte de recibir las enseñanzas de Arthur Burns y Homer Jones. El primero, que llegó a presidente de la Reserva Federal, le enseñó a apreciar el modo de hacer economía de Alfred Marshall, riguroso y práctico a la vez. Jones le inició en la tradición de Chicago que le había transmitido Frank Knight, con el que tanto Milton y Rose estudiaron más tarde: era una tradición que "ponía el acento en la libertad individual" y que era "escéptica de los intentos de interferirse" en el ejercicio de esa libertad "en nombre de la planificación social o de los valores colectivos" (1998, págs. 31-32). En 1932 y para

42 Famosos versos de un poema de 1883 de Emma Lazarus, "The New Colossus", grabado en una placa de bronce en el interior del pedestal de la Estatua de la Libertad. "Give me your tired, your poor, Your huddled masses yearning to breathe free, The wretched refuse of your teeming shore. Send these, the homeless, tempest-tost to me, I lift my lamp beside the golden door!" cursar el postgrado, Friedman pasó de Rutgers al departamento de Economía de la Universidad de Chicago, donde, como digo, conoció a Rose, su compañera de pupitre en la clase de Jacob Viner. Era el momento más bajo de la gran depresión americana. El espíritu de esa Escuela de Chicago, representada en la opinión de hoy por la persona y pensamiento de Milton Friedman, se formó en aquellos

años oscuros. Tras un año como estudiante de postgrado en Chicago, Friedman consiguió una beca de enseñante en la Universidad de Columbia en Nueva York, donde acabó su tesis doctoral. Pasado un año, volvió a Chicago pero aún no para quedarse allí.

Para entender la contribución de Friedman al conocimiento y a la política pública, hay que saber que combinó una formación de economista con profundos estudios y prácticas aplicaciones de estadística. En efecto, en 1935 y ya doctor, Friedman inició su camino profesional como estadístico del National Resources Committee en el Washington del New Deal. Allí participó en el estudio de la estructura del consumo de las familias, para la confección de cestas de bienes y servicios que sirviesen de base a índices de precios. Luego, en 1937, pasó al National Bureau of Economic Research a trabajar en la contabilidad nacional con Kuznets. Durante la II GM trabajó primero en el Departamento del Tesoro con Harry Dexter White, en cuestiones de impuestos sobre el ingreso y el consumo, estudios que le valieron para su libro de 1957 sobre la función de consumo, tan destructivo de un elemento fundamental de la teoría de Keynes. Su formación como estadístico práctico continuó de 1943 a 1945, al ingresar en el Statistical Research Group de la Universidad de Columbia, donde, participando en la aplicación de métodos estadísticos a la calidad de diversos tipos de armamento, inventó un método de pruebas seriadas que reducía la necesidad de grandes y costosas muestras. Todo ello influyó en su manera de hacer economía. Ya sabemos cómo son los estadísticos de contrarios a las disquisiciones teóricas inútiles: gustan de modelos sencillos para conseguir resultados significativos. Ése fue siempre el método de Friedman: si no convencían sus argumentos deductivos basados en el análisis

económico, las cifras, los datos, las estadísticas desarbolaban al enemigo. Toda su vida fue así Milton: sencillo, directo, eficaz – un temible polemista, más temible aún por su exquisita cortesía.

Tras un año en Minnesota, los Friedman finalmente volvieron a Chicago en 1946, donde Milton desempeñó su cátedra de economía durante los siguientes treinta años. Justo después de instalarse en el Departamento a cuyo carácter y fama iba a contribuir tan señaladamente, Milton Friedman en 1947 acudió a la primera reunión de la Mont Pèlerin Society, en compañía de George Stigler y Frank Knight, gracias al hermano de Rose, Aaron Director, que también formó parte de la expedición americana. El organizador de todo era Friedrich Hayek y allí se encontraron con von Mises, Karl Popper, Lionel Robbins, Wilhelm Röpke, Walter Eucken, Bertrand de Jouvenel, Fritz Machlup y otros grandes defensores de la libertad individual y el capitalismo democrático. Eran un grupo pequeñísimo de ambos lados del Atlántico, refugiado en el pico de un monte suizo, temporalmente a salvo de un mar de socialdemócratas, planificadores, intervencionistas. Ya entonces Stigler y Friedman habían tomado las armas a favor del mercado, con un innovador trabajo crítico del control de alquileres (1946). Así de pronto inició Friedman sus actividades 'políticas', que iba a proseguir durante toda su vida. Habrían de pasar aún muchos años hasta que se volvieran las tornas y los intervencionistas tuvieran que ponerse a la defensiva, lo que pudimos celebrar en la reunión del 50 aniversario de la sociedad en el propio Mont Pèlerin cerca de Lausana. El salón del hotel en el que habían realizado las reuniones primeras estaba intacto. Al visitarlo con Friedman pude preguntarle sobre su postura respecto de la metodología de Popper y me contestó con palabras muy semejantes a las que luego aparecieron en "Dos personas con suerte". También recuerdo cómo

les gustó a Milton y Rose el concierto impromptu de canto que les dio mi mujer y la perfección con la que bailaron un fox-trot que evidenció su perfecto entendimiento y cariño.

Los años de Chicago fueron maravillosamente fructíferos desde el punto de vista científico pero además esos avances en ciencia económica fundamental sirvieron de base a muchas de las propuestas aplicadas de Friedman. En efecto, es posible clasificar las repercusiones prácticas del pensamiento de nuestro autor en dos grandes categorías. La primera es la destrucción de errores persistentes con ayuda del análisis económico y la contrastación empírica; la segunda es la propuesta directa de nuevas políticas sobre la base de razonamientos filosóficos generales. Los avances en el conocimiento básico de las leyes de funcionamiento de la sociedad los realizó principalmente en las décadas de 1950 y 60. Esos avances estaban unidos por una íntima ligazón: la de que, gracias a que Keynes había construido un sencillo modelo de la economía capitalista, refutable con la observación de los hechos, pudo ir socavando los cimientos de la macroeconomía keynesiana uno a uno, en unos pocos años. Es famoso su ensayo sobre el método en economía (1953), en el que expuso el modo de contribuir al avance de la ciencia económica, a saber, rechazando una teoría cuando no concordaba con los hechos. Esto precisamente es lo que hizo en su Teoría de la función de consumo (1957): con los conocimientos adquiridos en el Nacional Resources Comité, refutó la hipótesis de Keynes de que el consumo agregado necesariamente habría de ser una proporción decreciente del ingreso de las personas y los países, sobre la que Keynes había basado su defensa del déficit público. En 1963 publicó con Anna J. Schwartz A Monetary History of the United States, 1867-1960, que sirvió para destruir la idea de que la gran crisis de 1929- 32

evidenciaba un fallo fundamental del sistema capitalista, a saber, la inestabilidad de las decisiones de inversión, cuando la culpa de su prolongación había sido una política monetaria equivocada de la Reserva Federal. Por fin, en el discurso de aceptación del Premio Nobel (1976), Friedman resumió sus demoledoras críticas de la idea de que podía reducirse el desempleo aumentando la inflación – un intercambio recogido en la falaz 'curva de Phillips' que también era signo distintivo de los keynesianos. Me llama la atención de que aún hoy en España, se siga enseñando a quienes se inician en los estudios de economía que el gasto público es indispensable, no para suministrar bienes comunales, sino para evitar el estancamiento; que la inflación viene causada por el 'recalentamiento' de las economías y no por un exceso de creación de dinero; que el paro obrero puede curarse con el reparto del trabajo o con la inflación; y que el modelo IS-LM de Keynes y Hicks vale para algo.43 Craso error todo ello.

Todas estas refutaciones del modelo keynesiano llevaban a Friedman a conclusiones trascendentales de política económica: la de que no era posible combatir las depresiones con gasto público; que el dinero importa y su excesiva emisión influye a largo plazo sólo en los precios; que la inflación exacerba el desempleo. Aparte de éstas, hizo otras propuestas políticas no tan directamente relacionadas con la teoría económica y sí más con su defensa filosófica del capitalismo democrático.

Tras haber asistido a la reunión fundacional de la Mont Pèlerin Society, Milton se mantuvo activo en la escena política, tanto por sus libros de carácter práctico, como por sus artículos de prensa y apariciones en otros medios. También desplegó una labor sistemática de consejo a prohombres políticos, labor que iba a

traerle algunos sinsabores. Su primer libro en defensa de las libertades personales y económicas lo escribió con su esposa, con el título de Capitalism and Freedom, “Capitalismo y libertad” (1962). El libro tuvo gran éxito de público pero no de crítica, pues las revistas profesionales de economía silenciaron totalmente su existencia, incluso cuando ya llevaba 400 mil ejemplares vendidos. Una de las tesis de ese trabajo era que el sistema de libre mercado era el más favorable a las libertades individuales, porque ni siquiera la libertad de pensamiento y expresión podría ejercerse si las editoriales, periódicos, emisoras de radio, cadenas de televisión pertenecieran todas a la Administración, incluso si el Estado estuviera dirigido por un Gobierno convencido defensor de esas libertades. En éste y en otros casos, la experiencia histórica indicaba que sólo bajo el capitalismo florecen las libertades personales. Del éxito de este libro nació la oferta a los Friedman de producir una serie de televisión llamada Libertad de elegir, con su correspondiente libro (1980), y más tarde La tiranía del status quo (1984), vistos y leídos en el Mundo entero, incluyendo a España.

También apoyó o dio consejo a diversos políticos más o menos dispuestos a defender la libertad de mercado. Así, apoyó al candidato Barry Goldwater en la campaña por la Presidencia del EEUU contra Johnson. Tanto Milton como David Friedman lo hicieron con entusiasmo. En aquel entonces era opinión general que no era concebible que ninguna persona inteligente y de buena fe pudiera apoyar al candidato conservador. Recuerdo que un escandalizado lord Robbins me refirió que había visto en las pizarras de profesores de Escuelas de Economía americanas la sigla “AuH2O”. Tengo que decir que también yo me escandalicé, influido por un vídeo electoral lanzado por los Demócratas durante

la campaña contra Goldwater, en el que se mostraba a una pequeña niña, pulverizada por una explosión nuclear,

43 Uno de los defectos del modelo IS-LM que aún se enseñan en las clases de macroeconomía es que se consideran ambas, la igualdad entre inversión y ahorro agregados (IS), y la igualdad entre oferta y demanda de liquidez (LM), como funciones de un mismo tipo de interés. Sin embargo, IS depende del tipo de interés real, mientras que LM depende del tipo de interés monetario – y no hay relación estable y sistemática entre ambos tipos de interés. mientras recogía flores en un campo. Es irónico que uno de los argumentos que inclinaron la balanza en favor de Johnson fuera esa representación de Goldwater como un belicista, cuando luego fue Johnson el que sacó de quicio la intervención americana en Viet Nam, hasta llevar su país a la derrota. Mirando hacia atrás sin ira creo que muchos estarán de acuerdo en que Milton y David Friedman acertaban. Más discutibles fueron los resultados de sus contactos con Nixon. Cuenta Friedman que consiguió convencer al presidente de que suprimiera el servicio militar obligatorio y que, tras cerrar la ventanilla del oro, dejara flotar libremente el dólar. No consiguió que Nixon reformara la ayuda a las familias pobres para que consistiera en entregas en dinero en vez de en especie. Tampoco estuvo Milton en absoluto de acuerdo con la congelación de precios y salarios decretada por el presidente. Toda su vida, incluso cuando trabajaba como joven economista en la Administración de Roosevelt durante el New Deal, adoptó Friedman la postura de que combatir la inflación congelando precios no servía para mantener el valor del dinero y ponía en peligro el sistema de información e incentivos del mercado. Con la ventaja que nos da ver las cosas a toro pasado, me pregunto si es tan evidente que el servicio militar obligatorio sea siempre

rechazable cuando la patria está en verdadero peligro, como es el caso de Israel hoy. En lo que estoy plenamente de acuerdo es que es imprudente suprimir el freno que supone la convertibilidad de la moneda en oro sin imponer al banco emisor una regla como la que Friedman propuso y Nixon no impuso.

Otro presidente al que Friedman ayudó con aún mayor entusiasmo fue Reagan. Lo conoció en 1980. Durante la campaña electoral para la Presidencia, entró a formar parte con otros economistas de un comité de coordinación que redactó un informe titulado "Estrategia económica para el Gobierno Reagan". (1998, p. 390) Tras la victoria de Reagan participó en el "Comité económico asesor del presidente". Este grupo de expertos económicos influyó decididamente en la firme actitud de Reagan de no aumentar los impuestos para enjugar el creciente déficit público, sino intentar combatirlo con reducciones del gasto. Además, el Comité apoyó al presidente en su postura de dar vía libre a Paul Volcker para que pusiera en práctica en la Reserva Federal una política monetaria muy severa hasta conseguir embridar la inflación, pese al aumento inicial de las cifras de paro: con eso Reagan, no sólo pasó por alto su inmediata conveniencia política sino que se enfrentó con el keynesianismo entonces prevalente. Friedman sin embargo no pudo convencer al Gobierno de que se abstuviera de acordar con Japón una reducción voluntaria de la exportación de automóviles japoneses a EEUU; ni tampoco de que era conveniente que el Tesoro emitiese bonos indiciados a la inflación.

Friedman en Chile

Volvamos los ojos atrás unos años para analizar la relación de Friedman con la dictadura de Pinochet. El desastre económico y

social de la presidencia de Salvador Allende dio lugar a un golpe de Estado inicialmente apoyado por una gran mayoría de la población. La inflación desatada, los precios controlados de miles de productos conducentes a la escasez de bienes y servicios, excepto el pan que estaba subvencionado y que el Gobierno cuidaba fuera abundante, las expropiaciones y nacionalizaciones de empresas y tierras, la marcha, irrespetuosa de la Constitución, hacia un sistema cada vez más próximo al comunismo pusieron en cuestión el mandato de una minoría de los votantes a la coalición de izquierdas. El golpe fue cruel, la represión posterior severa. La dictadura mostró rasgos redentores, como la política económica de libre mercado, la creación de pensiones privadas y la aceptación del resultado del referéndum con la retirada de Pinochet.

En 1975, por invitación de Al Harberger, Milton Friedman pasó seis días, nada más que seis días, en Chile. La situación económica seguía siendo precaria porque los “Chicago boys” alumnos de Harberger estaban siendo relegados por el Gobierno militar a puestos subordinados. La visita de Friedman parece que fue decisiva. Dictó conferencias, mantuvo seminarios, dio conferencias de prensa en los que defendió sin remilgos el capitalismo democrático. Además se entrevistó durante tres cuartos de hora con el presidente Pinochet. Al final de la visita, el general le pidió que le redactara un informe con recomendaciones, que Friedman le remitió el 21 de abril. (1998, Apéndice A) En esa media docena de páginas propuso medidas coincidentes con las aplicadas muy luego en Chile y que ayudaron a traer la prosperidad a esa República.

Dos son los grandes problemas de Chile, dijo en su carta: “la inflación, y la promoción de una sana economía de mercado”. La

causa de la inflación estaba clara como el agua:”el gasto público supone aproximadamente el 40 por ciento del ingreso nacional; […] alrededor de una cuarta parte de ese gasto no está financiado por impuestos explícitos”. El resto se financiaba con el impuesto inflacionista sobre el dinero, a “un tipo de 300 a 400 por ciento (la tasa de inflación) […] sobre el valor de la cantidad de dinero”. Los chilenos huían pues de mantener riqueza en moneda y depósitos, lo que reducía la base sobre la que recaía el impuesto y obligaba a aumentar el tipo de la inflación. “La única forma de terminar con la inflación es reducir drásticamente el crecimiento de la cantidad de dinero y la única forma de reducir ésta es reducir el déficit fiscal.” Era sin duda posible achicar es déficit endeudándose en el extranjero o aumentando otros impuestos que el inflacionista, pero una economía de mercado funciona mejor con impuestos bajos y menor servicio de la deuda. De aquí que una reducción del gasto público fuera la medida más adecuada para Chile, concluyó.

La reducción repentina del gasto público tendría repercusiones sobre amplias capas de la población, especialmente las ligadas al sector público. “Para suavizar la transición y facilitar la recuperación, creo que las medidas fiscales y monetarias tendrían que ser parte de un paquete que incluyera medidas tendentes a eliminar obstáculos a la empresa privada y a dulcificar el malestar social”. A continuación propuso ocho medidas para la puesta en práctica del plan, a las que añadió otra más como “la más importante”: “liberar el comercio internacional y así crear una competencia efectiva para las empresas chilenas y promover la expansión tanto de exportaciones como de importaciones”. Terminó la carta expresando su confianza en la capacidad de Chile y la posibilidad “de conseguir otro milagro económico” si se encamina el país por la senda correcta. A la vista de lo ocurrido

después con la economía chilena, me cabe poca duda de que las propuestas de Friedman eran acertadas. El error cometido en 1979 por el Gobierno chileno de fijar la paridad del tipo de cambio entre el peso y el dólar malamente puede atribuirse a Friedman, quien toda su vida defendió los cambios flexibles. En cualquier caso, en mi opinión no cabe presentar a Friedman como un asesor permanente del dictador Pinochet y como responsable de los crímenes del régimen militar contra los derechos humanos. Igualmente difícil es decir que el caso de Chile demuestra que la política económica capitalista sólo puede aplicarse a la fuerza con ayuda de un régimen político opresivo y dictatorial: durante el primer período de la dictadura, mientras generales y coroneles gestionaron directamente la economía de Chile, las cosas fueron mal. Sólo cuando responsables civiles tomaron medidas semejantes a las aplicadas por muchas democracias, como el Reino Unido, Nueva Zelanda, Australia o más recientemente Irlanda y España, se enderezó la situación. Además, el milagro económico chileno contribuyó a crear una clase media que finalmente exigió y consiguió la vuelta a la democracia, en un referéndum cuyo resultado negativo aceptó el dictador marchándose a casa. No hay muchos ejemplos de dictadores que renuncien al poder tras perder una moción de confianza planteada al electorado.

Sin embargo, los ataques que se dirigieron a Friedman, no sólo desde las filas comunistas sino desde las de la izquierda democrática en su conjunto fueron durísimos y persistentes. Es irónico que nada se le echase en cara que años más tarde diera consejos del mismo tipo a los gobiernos dictatoriales de Yugoslavia o de China. En las memorias del matrimonio Friedman (1998), puede leerse un Apéndice C en el que se relata pormenorizadamente una larga conversación con el Secretario

General del Partido Comunista chino Zhao Ziyang en septiembre de 1988, sobre las principales reformas aún pendientes en China: las propuestas de Friedman fueron del mismo tipo de las que hizo en la carta a Pinochet. A su vuelta a California, Milton Friedman escribió una carta a los periódicos en la que dijo que

acababa de volver de China, claramente un Estado más represivo que Chile, donde había dado los mismos consejos que en Chile y preguntaba si debía esperar las mismas protestas que después de que volviera de Chile, y si no, por qué no. (1998, p. 403)

Creo que el episodio chileno puede ilustrarnos sobre la razón profunda del odio a Friedman de los socialistas de todos los partidos en el mundo entero. No nació ese odio de la detestación de la dictadura de Pinochet sino del éxito que en Chile y otros muchos países tuvieron las recetas del libre mercado. Esos amantes del intervencionismo y de la igualación por decreto no pueden soportar que el capitalismo mejore la suerte de pobres y ricos y resulte ser la antesala de la democracia. Friedman y la política económica La influencia de Milton Friedman en las políticas públicas de su país y del mundo entero fluye de dos fuentes. La primera es la refutación de teorías económicas equivocadas, en especial de las teorías keynesianas, refutación que condujo al cambio de políticas de precios, monetarias, fiscales y laborales en todo el mundo. La segunda es su filosofía individualista y poco propicia al intervencionismo público, de la que nacen sus propuestas de reducir controles estatales, de sustituir las prestaciones sociales por impuesto negativo sobre el ingreso, de reducir el poder sindical y las barreras a la competencia en el mercado laboral, de legalizar el consumo de drogas para evitar la repetición de los errores de la ‘Prohibición’ de

la década de 1920, de liberar el comercio internacional y otras propuestas más directamente políticas.

Propuestas políticas nacidas de la refutación de teorías rivales

Aunque las contribuciones de Milton Friedman no pueden reducirse a la crítica de las ideas de Keynes, no cabe duda de que estableció una relación dialéctica con Keynes, por lo que es costumbre de los historiadores el emparejarlos. Es cierto que Friedman fue mucho más empírico que Keynes, pues aplicó sistemáticamente la estadística a la contrastación de hipótesis sobre el funcionamiento de las sociedades, pero siempre buscó que sus modelos fueran sencillos al estilo keynesiano. Por eso se ha convertido en un lugar común entre los economistas matemáticos de hoy calificar a Friedman de teórico eficaz pero algo elemental – una crítica que quizá sea un elogio involuntario.

La metodología de Milton Friedman

Como ya he dicho, Friedman creyó siempre que la manera de vencer y convencer en los debates científicos era comparar las predicciones de las teorías en liza con los datos de la realidad. Recordemos un pasaje revelador de su polémico trabajo “The Methodology of Positive Economics” del año de 1953.

El fin último de la ciencia positiva es el desarrollo de una ‘teoría’ o ‘hipótesis’ que suministre predicciones válidas y significativas (es decir, no tautológicas) sobre fenómenos aún no observados. Tal teoría será, en general, una compleja mezcla de dos elementos. En parte, es un ‘lenguaje’ [...]. En parte, es un cuerpo de hipótesis sustantivas que buscas abstraer rasgos esenciales de una realidad compleja. (Leube, ed., 1987, p. 156).

Cabe hacer dos observaciones en este punto. La primera es que, para Friedman como para Popper, la adecuación de las hipótesis con las observaciones no es un criterio suficiente para preferirla a otras hipótesis. “Los hechos observables son necesariamente finitos en número; las posibles hipótesis, infinitas”: hay más mundos imaginarios que reales; el conjunto de las proposiciones falsas es infinitamente mayor que el de las verdaderas. Por eso se necesitan hechos para decidirse por una hipótesis frente a otra. Para Friedman, ha de preferirse la hipótesis que sea más “sencilla” y más “fructífera”. Por fructífera hay que entender, añade, la que es más precisa en su formulación, más productiva en predicciones en nuevos entornos o áreas de conocimiento, y más sugestiva de nuevas líneas de investigación. En todo caso, la puesta a prueba de las hipótesis consistirá en su comparación con la evidencia empírica. Popper habría preferido el criterio de, más fácilmente falsables, pero no cabe exagerar la pedantería ante un escrito como el de Friedman, sin demasiadas pretensiones filosóficas. En todo caso, no cito Popper a humo de pajas: Friedman recuerda en sus memorias, acabado el primer borrador de su artículo, que junto con Stigler tuvo ocasión de conversar sobre estos temas con Popper en la reunión fundacional de la Mont Pèlerin Society. No podía haber leído la Lógica del descubrimiento científico (1934) por su deficiente conocimiento del alemán.

Es así, pues, que estas discusiones en la Mont Pèlerin fue la primera vez que supe de sus puntos de vista. Los encontré altamente compatibles con las opiniones a las que había llegado yo independientemente, aunque mucho más elaboradas y desarrolladas. Esa conversación ejerció gran influencia sobre la versión final del ensayo. (1998, pág. 215)

La segunda observación es que, para Friedman las hipótesis científicas contienen siempre un elemento de abstracción: parten de unos supuestos que no pueden aspirar a la tarea imposible de recoger o reflejar todos los aspectos de la realidad. Se hace Friedman la pregunta que se ha hecho famosa: "¿Puede ponerse a prueba una hipótesis por el realismo de los supuestos?" Su repuesta es que no. En este punto es Friedman, según yo lo veo, decididamente popperiano. Al estudioso debe permitírsele que imagine los supuestos de partida que considere convenientes, porque el modelo así construido recogerá para él los elementos que limitan el contexto de sus hipótesis y concretan el campo de la contrastación empírica. No es una crítica de un modelo explicativo de la formación de precios el decir que no es realista el supuesto de que los empresarios buscan maximizar los réditos de su empresa. Si este supuesto 'irreal' permite formular hipótesis que luego dan lugar a predicciones válidas en la contrastación empírica, no hay por qué prohibir su uso. Por causa de la relativa imprecisión de la formulación de Friedman se ha sostenido que su postura metodológica era 'instrumentalista', en el sentido de que no le importaba la verdad de sus hipótesis sino sólo si 'funcionaban' estadísticamente. Decir eso de una persona como Friedman, tan decidido siempre a la lucha por lo que consideraba la verdad, es ir un poco lejos. No era un filósofo de la ciencia y su ensayo podría haber sido más completo pero practicaba lo que Popper predicaba: la imaginación científica es y debe ser libre; el cedazo para separar el grano de la paja es la contrastación empírica. La contrastación empírica en economía pasa mayormente por la estadística.

Aplicaciones de la teoría económica

A) Teoría de los precios (1962).- Antes de prestar atención a la macroeconomía, o teoría del dinero, como se la denominó en Chicago hasta la aparición de las expectativas racionales, es necesario recordar que Friedman enseñó microeconomía a muchas generaciones de estudiantes en su alma mater. Este texto que aún considero como el más práctico para estudiar el comportamiento de consumidores y productores, objeto de la microeconomía, muestra dos características del modo de hacer friedmanita. Primero, usa el análisis económico justo necesario para resolver problemas aplicados, muy al estilo de Marshall, en cuya tradición se coloca más que en la de Walras. Segundo, hace de la teoría del precio o del comportamiento individual una guía para buscar datos que le permitan evaluar críticamente las políticas públicas, como la que lanzó años antes contra el control de los alquileres: un estudio de los anuncios por palabras de la prensa de San Francisco después del famoso terremoto corroboró que, cuando no interviene la Administración, el mercado pronto ajusta rápidamente las demandas y ofertas de alquiler. (Friedman y Stigler 1946)

B) La reacción ante la Gran Depresión.- De su teoría macroeconómica Friedman dedujo trascendentales conclusiones políticas. Antes que nada es necesario señalar el contraste entre el carácter activista compartido por la macroeconomía de Friedman y la de Keynes. Relata Friedman en su autobiografía (1998) que Abba Lerner y él reaccionaron de modo distinto ante la depresión de 1929 y el inactivismo de los economistas de la Escuela Austriaca.

Lerner se había formado en la London School of Economics, donde la opinión predominante era que la depresión era el resultado inevitable de la antecedente expansión. [...] La única política sensata era dejar que la depresión siguiera su curso, redujera los

precios monetarios, y eliminara las empresas débiles y carentes de base firme. [...] Frente a este lúgubre cuadro [... Keynes] debió llegar como un rayo de luz en medio de una oscura noche.

Lerner acogió con entusiasmo la doctrina de Keynes de que el Estado podría contrarrestar la crisis administrando y animando la actividad inversora de la economía, financiándola, si hiciera falta, con emisiones de deuda.

[...] El clima intelectual de Chicago era totalmente diferente. Mis maestros veían la depresión como en su mayor parte el resultado de políticas equivocadas [...]. Culpaban a las autoridades monetarias y fiscales por permitir que quebraran bancos y cayera la cantidad de depósitos. (P. 41)

En Chicago se atribuía el empeoramiento de una mera corrección bursátil al error de la Reserva federal de acumular oro cuando convenía crear dinero; y de no salvar de la suspensión de pagos a bancos de sólido balance. Friedman y sus jóvenes compañeros de estudios veían posible una política de estabilización macroeconómica, como distinta de la inmovilista propuesta por Hayek desde Londres, y la intervencionista de Keynes desde Cambridge.

C) La teoría de la función de consumo (1957). La idea fundamental de esa monografía es que la teoría del consumo de Keynes contiene un error debido a una periodificación equivocada. Mientras los individuos han de consumir continuamente, los ingresos les llegan de forma discontinua. Los individuos, en los intervalos entre dos ingresos, gastan sin recibir fondos y parece que están desahorrando; y en los momentos en que reciben los ingresos y están boyantes parece que no alcanzan a gastar cuanto podrían. La

ilusión estadística así creada llevó a Keynes a sostener que el consumo nunca se correspondía con el ingreso.

Agregando para el conjunto de la sociedad, parecía que los pobres tendían a desahorrar y los ricos sobre- ahorrar. Con ello, a medida que una sociedad prosperaba, aparecía como por ley natural una tendencia a gastar menos de lo necesario y a deprimirse el ingreso nacional. Para Friedman, en cambio,

la proporción del consumo agregado respecto del ingreso agregado en EEUU […] se ha mantenido aproximadamente constante durante más de medio siglo en alrededor de 0'88, para una definición de consumo que excluye los gastos en bienes de consumo duradero e incluye su valor en uso estimado. (1987, p. 195)

Ello suponía el rechazo de la "ley psicológica fundamental" del consumo de Keynes, según la que "los hombres están dispuestos […] a aumentar su consumo a medida que crecen sus ingresos, pero no en la misma proporción en la que crecen sus ingresos". (1936, cap. 8.iii). Por tanto también suponía el rechazo de llamada a que el gasto público contrarrestara esa tendencia natural al exceso de ahorro.

D) Studies in the Quantity Theory of Money (1956). Este fue el libro que inició la contrarrevolución 'monetarista'. En primer lugar, el dinero importa, al contrario de lo que decía Keynes (pero, curiosamente, sí dicen los que se llaman 'neokeynesianos' que quieren que los bancos centrales usen la política monetaria para fomentar el crecimiento económico). En segundo lugar, había una correlación clara entre el crecimiento de la cantidad de dinero, por un lado, y el crecimiento del nivel de precios y el ingreso agregado

monetario, por otro. En tercer lugar, ya no era posible predecir a corto plazo cuánto del aumento del ingreso monetario agregado acababa en aumentos del nivel de precios y cuánto aumentos del ingreso real. Sí se sabía que a largo plazo todo el aumento de M se traduciría en aumentos de P, el nivel de precios (como había dicho Hume tres siglos antes). Esta conclusión iba directamente en contra de la teoría de la inflación de Keynes, según la que las subidas del nivel general de precios ocurrían, no porque el banco central hubiese emitido dinero en demasía, sino porque la demanda agregada era mayor que la oferta agregada.

Estas conclusiones de la teoría 'cantidad de dinero' del nivel de precios se vieron corroboradas por el completísimo estudio que Friedman realizó con Anna J. Schwartz, A Monetary History of the United States, 1867-1960. Aquí es donde se encuentra la exposición clásica las razones para la agravación de la Gran Depresión hasta límites de catástrofe, a las que acabo de aludir: principalmente fue agravada por la política errónea de la Reserva Federal, que permitió la quiebra de bancos y la reducción de la oferta monetaria en aproximadamente un 33% de 1929 a 1933; y también por el Gobierno de Roosevelt, que, en el momento de más aguda falta de liquidez, proclamó unas vacaciones bancarias y así cerró los bancos durante unos días cruciales. De todo esto se deducían dos conclusiones de política económica: una, que los bancos centrales eran los responsables de la inflación, no el excesivo aumento de los salarios, de los beneficios empresariales o de los precios de las materias primas; y que la política monetaria debía estar sujeta a reglas que impidiesen cambios repentinos en la cantidad de dinero en busca de réditos electorales.

Estas conclusiones, aún no aceptadas por gran parte de la profesión económica ni enseñadas correctamente en los libros de texto, las defendió Friedman en el último trabajo científico que publicó en vida (2005). En él estudió la correlación entre oferta monetaria, PIB monetario y cotizaciones de la bolsa en tres momentos del siglo XX: EEUU de los años 20 y 30; Japón en la década de 1980; y EEUU en la década de 1990. La conclusión del trabajo es la siguiente:

Los resultados de este experimento natural están claros, al menos para las grandes variaciones: lo que ocurre con la cantidad de dinero tiene un efecto determinante sobre lo que pasa con el ingreso nacional [en términos nominales] y las cotizaciones de la Bolsa. Los resultados apoyan decididamente la conjetura de Anna Schwartz y mía en 1963 sobre el papel de la política monetaria en la Gran Contracción. También apoyan la opinión de que la política monetaria tiene a su haber la suavidad de la recesión que siguió el colapso de la expansión de EEUU a finales de 2000. (2005, p. 149)

No debemos deducir de estas palabras que Friedman defendía una política inflacionista y que proponía utilizar la oferta monetaria para una política anticíclica: a largo plazo, todo el efecto de los aumentos de la cantidad de dinero pasaba a precios y nada a crecimiento real. Sabemos por otros trabajos que Friedman hubiera preferido que la oferta monetaria la determinase un ordenador según una regla fija de proporción del aumento de M, la oferta monetaria siguiendo la tendencia secular de Y/P, el producto nacional corregido de inflación. También era partidario de la libre flotación de las monedas entre sí, precisamente para permitir que los bancos centrales de cada país pudieran mantener una política monetaria estable aunque los demás no lo hiciesen.(1971) Sólo le

faltó señalar una de las ventajas de los sistemas de cambios variables entre monedas, a saber, la competencia entre bancos centrales como un modo de evitar el abuso político de la capacidad de crear dinero.

E) Paro e inflación (1976).- Otra de las grandes aportaciones de Friedman es la destrucción de la teoría de Keynes-Hicks de un trade off , o intercambio compensador entre inflación y paro, según la que a los bancos centrales les era posible reducir el desempleo emitiendo dinero. Tal compensación sólo podía ocurrir, subrayó Friedman, mientras los trabajadores no desarrollasen expectativas inflacionistas: si sospechaban que el banco central aumentaba sistemáticamente la emisión de moneda para animar la economía, entonces pedirían aumentos de salarios por encima de la inflación esperada, con lo que el paro no disminuiría. De esto deducía que no era posible combatir el paro con políticas monetarias activas. En su discurso de recepción del premio Nobel (1976), Friedman resumió sus trabajos sobre esta cuestión mostrando la tendencia del mercado de trabajo hacia una “tasa de paro natural”, determinada por las condiciones institucionales del mercado de trabajo y por la influencia de las expectativas que forman los trabajadores sobre la inflación futura.

Milton y Rose Friedman como defensores del capitalismo democrático

Gran parte de la obra política de Milton Friedman en defensa del capitalismo democrático la escribió en colaboración con Rose, su mujer. En 1962 ella compuso el libro Captalism and Freedom combinando trabajos y artículos de él, escritos a lo largo de años anteriores. En 1977 ambos recibieron la oferta de Robert

Chitester, director ejecutivo de la televisión PBS, de realizar una serie de diez episodios para difundir sus ideas sobre el mercado y la sociedad. Friedman aceptó con entusiasmo. Chitester buscó fondos y encontró en Londres, con ayuda de Ralph Harris del Institute of Economic Affairs, una productora, Video Arts y un director, Michael Latham, que comulgaban con sus ideas. Usó Friedman las invitaciones a dar conferencias tras la concesión del Premio Nobel para ir escribiendo los textos que se convertirían en los diez programas de Free to Choose. Recuerdo bien la filmación del episodio realizado en Hong Kong, porque mi mujer y yo nos encontrábamos allí para una reunión de la Mont Pèlerin Society. Insistió en que se vieran las imágenes de una colonia británica pujante gracias al marco del libre mercado, contrastada con otras de la pobreza de sus parientes chinos del otro lado de la frontera.

Tanto la serie de televisión como el libro resultante fueron un gran éxito. Conseguí para el Instituto de Libre Mercado de Madrid, que yo dirigía, los derechos de versión española. La emitió la segunda cadena de Televisión Española en 1980. Cada película iba seguida de un programa de discusión con expertos de posturas muy diversas. Entre los más refractarios a la plena liberación del mercado se encontraban los enviados por la CEOE y el Instituto de Estudios Económicos: para ellos, las teorías de Friedman demasiado extremosas. Eran

los tiempos del Pacto de la Moncloa, de la luna de miel entre empresarios y sindicatos, y de un Gobierno de UCD de talante social-demócrata. Recuerdo que Víctor Mendoza, el primer director del Instituto de Estudios Económicos, nos preguntaba escandalizado que, si se aplicaban las recetas de Friedman “¿qué pasaría con la policía de alimentos?”.

Los diez programas de esa producción casi profética criticaban:

• el desconocimiento de la capacidad de los mercados para organizarse sin dirección ni planificación centralizada; • la tiranía de controles públicos cada vez más extensos; • los errores de la Reserva Federal, un banco central público, como causantes de la crisis de 1929; • los efectos contraproducentes de una protección estatal del individuo 'de la cuna a la tumba' en el Estado de Bienestar; • la desgraciada sustitución de la propuesta de 'abrir las carreras al talento sin discriminación' por el principio igualitario de la 'igualdad de oportunidades'; • el desastre de la educación pública gratuita; • el engaño de la protección del consumidor, por ejemplo limitando la libre elección de quién nos puede curar y qué medicinas podemos tomar; • el abuso de las normas laborales para crear monopolios sindicales o profesionales, como el de los colegios médicos; • el disimulo de la responsabilidad de los bancos centrales por las alzas generales de precios, culpando de la inflación el recalentamiento de la economía, el crecimiento de los salarios o el aumento de los precios de las materias primas. • Y acababan con la constatación de que los vientos empezaban a soplar con fuerza en dirección a la libertad económica y política.

Este último punto era en realidad una profecía, porque sólo faltaban diez años para que el muro de Berlín fuera derruido.

Uno de los aspectos más notables del esfuerzo de Milton y Rose Friedman por ampliar el espacio de libertad de los humanos es el éxito considerable que tuvieron en la aceptación práctica de algunas de sus propuestas: así, el abandono del servicio militar obligatorio por muchos Estados, entre otros EEUU, el Reino Unido y la propia España; así, la creciente aceptación del bono escolar

para redimir la educación pública de la sima en la que ha caído. Aún está por producir efecto su propuesta de legalización de las drogas para su consumo por adultos y la sustitución de pensiones públicas de reparto por cuentas personales de ahorro para la jubilación. Todo se andará…

Libertad de elegir

Diré sin embargo que, si bien el título de “Libertad de elegir” es un acierto de marketing, da lugar a ambigüedades peligrosas. Después de considerar la cuestión largamente, he decidido que no es conveniente usar esa expresión sin dar aviso de sus peligros. Muchos filósofos de izquierdas han tergiversado el sentido de ‘elegir libremente’ para transformarlo en ‘tener muchas cosas entre las que elegir’: de lo que deducen que no hay que hablar de libertad para los pobres hasta haberlos sacado de la pobreza. A la vista, pues, de la insistencia de tantos socialistas en que no es posible ser libre si uno no tiene un mínimo de bienestar, he decidido no definir la libertad como ‘libertad de elegir’. Cierto que quienquiera lea ese libro de los Friedman (1979, 1980) verá que la libertad de la que hablan no es la de la abundancia de bienes o posibilidades de gozar de ellos, sino la asunción por las personas de la responsabilidad por su propia vida. Tal asunción de responsabilidad sólo es posible cuando el Estado no se extralimita en sus funciones. Si volvemos a leer los diez puntos de la serie televisiva arriba detallados, no veo en ellos puntos nada parecido una lista de bienes de que gozar o de ‘capacidades de funcionar’ personales, como las que Amartya Sen, por ejemplo, considera indispensables para poder decir que uno es ‘capaz de elegir’. La lista de los Friedman no es una lista de condiciones positivas para ‘bien-estar’ sino una reafirmación de la necesidad de proteger la

autonomía de los individuos frente a la invasión de los poderes públicos.44

La libertad individual como gobierno de si mismo

La esencia de la libertad no se encuentra donde Sen la ve. Una cosa es tener medios para bien-estar y otra gozar de libertad de decisión. Una y otra se encuentran en planos distintos. La escasez de recursos o la falta de oportunidades a nuestra disposición no implica que por ello hayamos dejado de ser libres. Diógenes en su tonel era más libre que una esclava amorosamente entretenida por el sultán de la Sublime Puerta. Los mártires cristianos en las mazmorras del Coliseo o los luteranos de Valladolid camino de la pira eran más libres que quienes renegaban de su fe y cedíendo al poder conservaban su bien-estar y las opciones de vida a su disposición. No es posible confundir el ejercicio moral de la libertad individual con una abundancia de posibilidades de disfrutar de la vida. Recordemos las palabras de don Quijote al marchar de casa del duque, estragado por excesivas atenciones:

La libertad, Sancho, es uno de los más preciosos dones que a los hombres dieron los cielos; con ella no pueden compararse los tesoros que encierra la tierra ni el mar encubre; por la libertad así como por la honra, se puede y debe aventurar la vida, y, por el contrario, el cautiverio es el mayor mal que puede venir a los hombres.

Hablaba así don Quijote harto de suntuosos banquetes y regalados sorbetes, “que las obligaciones de las recompensas recibidas son ataduras que no dejan campear el ánimo libre”. (Cervantes (1615), II Parte, cap. 58.)

Por eso acertó Edward H. Crane, el presidente del Cato Institute, al decir que la principal preocupación de Friedman fue “cómo maximizamos la capacidad de la gente de controlar sus propias vidas”. (2006). Contribuyó sin duda Milton Friedman mucho al avance de la ciencia y la política económicas. También supieron los Friedman hacer ver que el capitalismo democrático ponía a disposición de la Humanidad unas posibilidades de prosperidad inimaginables en sociedades privadas de libertad. Pero los esencial de su legado es que amaron la libertad y la verdad por encima de bienes y comodidades. Como dijo Wilhelm Röpke (1959), uno de los padres de la economía social de mercado alemana:

Yo estaría a favor de un orden económico libre incluso si implicara sacrificios materiales e incluso si el socialismo nos presentara un futuro cierto de mejora material. No nos merecemos la suerte de que sea verdad exactamente lo contrario.

44 Esto es muy otra cosa que lo que Sen atribuye a los Friedman, a saber: que concebían la libertad como la posesión de abundantes medios con los que realizar deseos; y que no amaban la libertad por sí misma sin por la riqueza que producía. Creo que los Friedman no aceptarían la afirmación de Sen de que la liber- tad estriba en tener medios suficientes para llevar el tipo de vida que nos gustaría elegir. (Sen (1992), secc. 4.5, p. 80.) Tampoco estarían de acuerdo con Sen cuando niega la existencia de libertad igual si no son iguales las oportunidades reales de las diversas personas para obtener el ‘bien-estar’ o ‘well-being’. Para los Friedman la libertad consiste en que las autoridades no se interfieran en nuestra capacidad de elegir; para Sen la libertad consiste en tener dónde elegir (o, técnicamente hablando, abundancia de “funcionamientos”. Sen (1992), cap. 3.) Así es: no nos merecemos

esa suerte. Ni tampoco nos merecemos la suerte de haber tenido a Milton y Rose Friedman entre nosotros.

Discurso de recepción del Premio Juan de Mariana

Discurso pronunciado por Pedro Schwartz en la VIII Cena de la Libertad del

Instituto Juan de Mariana, celebrada en junio de 2014

en el Real Casino de Madrid

Me abruma tener el inmenso honor de recibir el Premio Juan de Mariana. Diría, con humildad, que no es posible que la persona que han descrito quienes me conceden este galardón no tiene ninguna coincidencia conmigo. ¡No puede ser! Con todo, este galardón me ha llegado muy al fondo.

Mi amigo Francisco Pérez Antón me dijo en su momento que los escritos que firmamos personas como él o como yo son algo así como una semilla que, a veces, ha producido frutos. Uno de mis brillantes alumnos, Carlos Rodríguez Braun, escribe en los periódicos, habla y canta en la radio… y la verdad es que todo eso tiene su efecto. Al final, el fruto a veces inesperado del trabajo que hacemos para divulgar llega con el convencimiento creciente de muchas personas que, por la continuidad con la que reciben esos impactos, van centrando en su atención en las ideas de la libertad.

En la entrega de este galardón han jugado un papel relevante personas como Javier Fernández-Lasquetty, a quien admiro por el rigor con el que ha actuado al frente de distintos cargos y responsabilidades públicas. Fue una figura clave para que, en la Comunidad de Madrid, la sanidad se rigiera bien y evitando gastos

superfluos, apostando asimismo por la gestión privada de servicios públicos, una fórmula que ha demostrado ofrecer grandes estándares de calidad. A lo largo del tiempo, resistió los embates repetidos y malintencionados y huelgas de sindicatos politizados. Y, cuando se fue, ni una palabra de más. Silencio y elegancia. Mi admiración a un hombre que, en esa y en todas sus etapas de gestión, ha demostrado que la política es necesaria y que, precisamente por eso, es necesario que la hagan los buenos.

También quiero referirme a Paco Cabrillo. ¡Cuántas cosas hemos hecho y seguimos haciendo juntos! Tiene la virtud de hablar muy quedo, en vez de ponerse furibundo, como a veces nos ocurre a los liberales. No es su caso. Sin embargo, su habla pausada no es óbice para que, cada vez que se pronuncie, el profesor Cabrillo diga verdades como puños. Eso produce un efecto muchísimo mayor. En su trayectoria ha demostrado ser un gran especialista de la economía del derecho, una asignatura que nuestros magistrados harían bien en estudiar y aprender. Recientemente, un tribunal le dijo a una conocida empresa de bebidas que no podía cerrar una de sus fábricas embotelladoras... ¡Qué bien le vendría a ese juez el entender cómo funciona el mercado, como bien ha estudiado y explicado Paco!

De Carlos Rodríguez Braun podría decir tantas cosas... Somos amigos y, aunque él canta mejor que yo, he de decir que, cuando recibió el Premio Juan de Mariana, lo intenté y no desafiné. Bromas aparte, junto a Carlos he hecho programas de televisión, tertulias de radio o columnas de prensa escritas al alimón. Es decir, somos compañeros de ruta desde hace mucho tiempo y, además del afecto, destacaría el efecto que ha tenido esa colaboración, más por parte de él que por la mía, aunque he intentado ayudar en todo

lo posible. Las palabras que ha dicho sobre nuestra amistad y todo lo que hemos vivido han llegado a emocionarme.

De Mario Vargas Llosa me podría deshacer en merecidos halagos. Su figura nos recuerda la importancia de la palabra, de hablar con sentido y elegancia. Me emociona que una persona a la que admiramos tanto haya participado de este reconocimiento. A Mario le reconocemos indudablemente que su pensamiento político es admirable, pero además le admiramos naturalmente por algo mucho más alto, que es el arte de la literatura, que es lo que nos justifica en nuestras más altas aspiraciones creativas como seres humanos. Me atrevo a citar a John Maynard Keynes cuando afirmó que los economistas, en realidad, somos como los dentistas: estamos para que las cosas funcionen bien, pero el arte está en otro sitio. Que Mario esté con nosotros, que nos respalde con todo su prestigio, que nos apoye con la forma en que escribe sobre política y económica, que nos delite asimismo con sus libros, novelas y artículos… Todo eso me atrevo a pensar que nos multiplica. ¡Es como si nos elevase a la décima potencia! Su presencia en las filas liberales es apreciada por todos.

Es evidente la sensación que tengo de estar abrumado, no sólo por el peso de físico de la estatua del padre Juan de Mariana, que sin duda ocupará un lugar destacado en mi casa, sino también porque este premio supone la celebración de mi trayectoria, pero también de la de la organización que lleva el nombre del gran escolástico. En efecto, el Instituto Juan de Mariana es un pequeño milagro. Esta entidad, que tiene una doctrina bien clara, que acepta también a quienes quizás seamos más luteranos que de la iglesia católica y, quizá por descuidado, también admiramos a Milton Friedman o estudiamos a Gary Becker. Con todo, soy también de quienes han

empleado mucho tiempo en torno a la obra de Von Mises y a Hayek. En Inglaterra dicen aquello de Here we have a broad church. No es el Instituto Juan de Mariana una organización cerrada, sino un foro abierto, con muchos caminos, que es lo que da fertilidad al pensamiento y el movimiento liberal. Todos recordamos el lanzamiento del Instituto Juan de Mariana, con su presidente Gabriel Calzada impulsando el trabajo entusiasta de todos aquellos jóvenes que ahora son ya un poco más mayores y no solamente se embarcan en proyectos nacionales, sino que también se involucran en iniciativas de alcance mundial.

El mensaje que quiero transmitir es que, aunque nosotros mismos no estemos del todo convencidos, hoy somos más necesarios que nunca. Mirando a nuestro alrededor, después de la gran crisis que estalló en 2007-2008, se han multiplicado los ataques hacia todo lo que representan la libertad de mercado, la libertad personal y el imperio de la ley. Todo esto se mete en un saco llamado neoliberalismo y se desprecia. Esto no solamente emana de la izquierda, también en el centroderecha español abundan quienes no sueñan más que conseguir que el tipo de sociedad defendida por los socialdemócratas funcione de forma eficiente bajo su gestión. Por su parte, el Partido Socialista se debate entre mantenerse en el centro izquierda, donde lo necesitamos sin duda, o competir con chavistas y comunistas. Supongo que es preferible tener como rival al PSOE que a la izquierda más extrema.

En Europa el proyecto de tener una moneda firme en un marco de libre competencia está cediendo paso a una política que combina la multiplicación del dinero con un creciente intervencionismo. La Europa que hoy vemos no es mi Europa y no es la Europa de muchos de nosotros, los liberales.

La crisis económica de la que hemos salido vino causada precisamente por la mala gestión del dinero y, sin embargo, se echa la culpa al libre mercado. Una y otra vez hemos escuchado eso de que el libre mercado hace que cada vez haya más ricos y más pobres, cuando las cifras nos cuentan algo distinto.

Si estudiamos qué ha ocurrido con la pobreza en el mundo, encontramos que, de 1970 a 2006, mientras la población mundial creció hasta llegar a 6.500 millones de personas, el número de pobres que consumen una renta de dos dólares al día o menos se redujo en 783 millones de personas. Y, como ha reconocido la secretaría general de la ONU, ese logro se ha conseguido antes de tiempo, puesto que los niveles de reducción de la miseria que se conocieron en 2006 eran consistentes con la meta planteada para 2015, cuando se pretendía que el número de pobres que hay en el mundo fuese menos de la mitad que en 1970.

La evidencia va directamente contra la idea de que hay cada vez más desigualdad. Quizá la hay dentro de los países, porque resulta que no todas las economías desarrolladas se han adoptado plenamente a las nuevas formas de producción pero, si tomamos el mundo en su conjunto, la reducción de la pobreza ha sido notable y la desigualdad también ha caído como resultado de ello. En los cuarenta años previos a la crisis financiera, la globalización ha funcionado bien. Y, después de la Gran Recesión, ha seguido funcionando siempre que se ha permitido que así sea. Por eso, pese a todo lo que se diga, debemos insistir en defender que somos más necesarios que nunca, porque por mucho que se deformen las cifras y la realidad, nuestras ideas han traído prosperidad.

Para bien o para mal, y cito de nuevo a Keynes, las ideas son lo que gobierna el mundo. Ese es nuestro trabajo aquí en el Instituto Juan de Mariana: cambiar las ideas, para cambiar después el mundo, de tal forma que, habiendo vencido en el campo del pensamiento, los políticos puedan poner en práctica nuestras propuestas.

Para lograrlo, debemos estar a la altura de los debates que se nos plantean. John Rawls decía que si los individuos ignoran totalmente cuál será su situación en un mundo futuro, se pondrán necesariamente de acuerdo para defender la redistribución en nombre de la justicia. Amartya Sen, que fue mi profesor en la London School of Economics y con quien debatí mucho, sostuvo que la libertad individual no era la ausencia de coacción y violencia ni la autonomía para forjarse un camino, sino que la definía como la abundancia o el goce abundante de derechos sociales. Y, más recientemente, en todos los periódicos se encumbra al economista francés Piketty, aclamado por Paul Krugman o Joseph Stiglitz y celebrado por la izquierda a ambos lados del Atlántico. Los autoproclamados progresistas, que están huérfanos de ideas, creen haber encontrado en la obra de Piketty sobre la desigualdad una varita mágica para ganar cualquier debate diciendo que, mirando al futuro, los ricos serán cada vez más ricos porque las rentas del capital van a sobrepasar a las del trabajo. Todos estos pensadores se han alejado de la antigua prédica revolucionaria y, con un tono mucho más civilizado, han logrado que se les escuche más de lo debido. Nos toca a nosotros dar la réplica. A la hora de concederme este premio se ha hablado mucho de mi vida y de mi paso como estudiante por la London School of Economics. Si en estos momentos yo me encontrarse con aquel Pedro recién llegado a Londres, diría que tendríamos una discusión muy intensa. Lo pienso muchas veces: cómo era aquel muchacho y qué le diría yo.

Había en mí un punto de soberbia, la propia aquel de un joven que creía que poseía la verdad. El tiempo nos ha enseñado que los errores no son todos los de los demás.

Sin duda, en aquel Pedro me encontraría un liberalismo algo carente de fundamento, quizá por lo mucho que me centré en el autor al que yo dediqué mi tesis, John Stuart Mill. No se puede crear un sistema en el cual el capitalismo funcione solamente en la producción y, una vez haya completado esa parte del trato, sea apartado de la asignación de recursos y el reparto de los mismos. Se lo escuché a Felipe González cuando empezaba a cambiar de parecer. La producción tiene un efecto sobre la distribución y, si configuramos un Estado de Bienestar como el actual, no podemos sorprendernos de que la producción acabe fallando, puesto que hemos roto con lógicas propias del mercado y hemos favorecido una distribución de los recursos que resulta imposiblemente dispendiosa y económicamente ineficiente.

En cambio, mucho de lo que aprendí en Londres sigo manteniéndolo, al igual que hago con lo que aprendí en febrero de 1956 cuando me involucré en las revueltas estudiantiles que impulsamos algunos jóvenes. Yo lo hacía en nombre de la democracia, otros en nombre del Partido Comunista. Desde entonces, soy partidario de la democracia por convencimiento y de la monarquía por sentimiento, no todo en la vida de un país tiene porque ser racional. El sueño de la razón dogmática produce monstruos, y una buena contradicción creo que oxigena el pensamiento de forma muy positiva.

Una persona que me ha influenciado enormemente fue Karl Popper, que de hecho fue mi maestro. Él me enseñó que es más

fácil descubrir el error que alcanzar la verdad. De su mano estudié la lógica de las contradicciones, que está presente en toda la vida social. Con él aprendí que la democracia es un procedimiento al servicio de la libertad individual, no un fin en sí mismo. La definía, modestamente, como un modo de cambiar de gobierno sin que corra la sangre. Es una definición corta, muy suave y sin pretensiones, pero que llama la atención sobre lo importante que es asentar las expectativas que tenemos, porque si todo lo queremos decidir votando, estamos dando por bueno que podamos equivocarnos en todas nuestras decisiones, ya que el voto no es infalible y, a menudo, nos lleva a error.

Durante mi segunda estancia en la London School of Economics me reafirmé en una convicción. Nunca he sido un liberal únicamente economicista, ahora bien, sí creo que la lenta erosión del edificio del liberalismo clásico viene del convencimiento de que la economía, en el fondo, funciona mal. Escuchamos a quienes dicen ser liberales pero recelan del sistema capitalista. Pues bien, hoy considero que la defensa del sistema capitalista es esencial para que nuestro liberalismo no se nos vaya de las manos.

Son esas las ideas que quise transmitir cuando regresé a España. Movido por el patriotismo, dejé a un lado otras propuestas y quise volcarme en cambiar las cosas en mi país. Fui, y sigo siendo, catedrático en la universidad. Puse en marcha el Instituto de Estudios de Mercado. Me involucré en distintos think tanks y puse en marcha una carrera política en torno a la Unión Liberal, que ayudó a consolidar la opción del libre mercado en las filas del conservadurismo español. Los trotskistas lo llamaban “entrismo”: uno se metía “dentro” de un movimiento político para lograr que aceptase unas ideas, sabiendo que esas ideas no iban a conseguir

la mayoría de los votos si se presentaban por solitario. Me parece que los resultados de aquella apuesta se pudieron ver durante la presidencia de José María Aznar y en los gobiernos madrileños de Esperanza Aguirre.

Las virtudes del liberalismo clásico no se reducen, naturalmente, a lo económico, nuestra filosofía se basa en la confianza en el ser humano cuando es responsable de las consecuencias de sus decisiones. Es dura la responsabilidad. Sería maravilloso poder vivir la vida otra vez, ayudados por la experiencia acumulada de otros años, pero la flecha del tiempo vuela en un solo sentido y tenemos que asumir lo bueno y lo malo. Además, cuando los mayores damos consejos, a menudo no se nos escucha con especial atención, de modo que la experiencia acaba siendo la de cada uno de nosotros, obligados a aprender cuál es la mejor manera de seguir ese camino que se hace al andar.

Las condiciones necesarias ya las conocemos. Están en nuestras constituciones: la soberanía del derecho, los límites a la violencia y la coacción, la libertad de opinión, de palabra y de asociación, el respeto a la propiedad privada y a los contratos…. Todo eso no tengo porque repetirlo aquí. Sí es necesario, en cambio, recordar que las libertades personales y políticas no son naturales, sino el producto de la civilización. La civilización no es natural, es una conquista delicada que se puede romper con facilidad y que debemos mantener para que siga siendo posible el florecimiento libertad individual. Por eso me siento tan orgulloso de este premio, porque ese florecimiento es el objetivo que tan bien contribuye a desempeñar el Instituto Juan de Mariana, a cuya organización agradezco enormemente este reconocimiento.

Leer a Pedro, aprender con Pedro

Encomio de Francisco Pérez de Antón en la entrega del Premio Juan de Mariana 2014

Es para mí un honor dirigir unas palabras en homenaje a Pedro Schwartz. Reconozco, desde el inicio, que mi amistad con él es peculiar. Se asemeja a las que sostengo con autores como Séneca o Pérez Galdós, pues se ha forjado casi exclusivamente a través de la lectura de sus obras. Por ello, antes de proseguir, pido disculpas por el atrevimiento de exaltar su figura desde un conocimiento más literario que personal. Sin embargo, creo que este hecho no desmerece el reconocimiento que le ha otorgado el Instituto Juan de Mariana al concederle su premio anual. Al contrario, lo hace aún más genuino, pues se trata de un tributo que no viene de un amigo cercano, sino de un profundo admirador de su vasta y fecunda trayectoria intelectual.

Mi primer encuentro con Pedro Schwartz, si puede llamarse así, se remonta a 1977 o 1978. En aquel entonces, acababa de completar mi máster en Ciencias Económicas y, como es propio de los conversos, estaba embriagado por el nuevo saber. En mi entusiasmo, cometí uno de los actos más sonrojantes de mi vida. España atravesaba la transición política y, entre las publicaciones que seguía, recibía la revista Cambio 16. En una de sus ediciones, leí un artículo firmado por un joven con camisa a cuadros. El texto ofrecía una exposición brillante sobre la economía de mercado como respuesta a la crisis que vivía el país. Entusiasmado por la afinidad ideológica que compartía con el autor, decidí escribirle una carta felicitándole por el artículo y, en un gesto de suprema ignorancia, recomendándole que leyera La acción humana, Los

fundamentos de la libertad y otras obras del liberalismo contemporáneo que habían llamado mi atención en medio de aquel proceso de descubrimiento intelectual en el que estaba metido.

Mi abuela siempre me decía eso de que no hay nada más atrevido que la ignorancia, y este fue sin duda uno de esos casos. Sin embargo, con la modestia y sencillez que le caracterizan, Pedro Schwartz probablemente se limitó a sonreír y, además, me envió una afectuosa respuesta que incñuía con un valioso obsequio: un ejemplar de su obra La nueva economía política de John Stuart Mill. Auqel libro, fruto de una exhaustiva investigación académica, no solo me sacó los colores, sino que también me llenó de admiración. Desde entonces, lo conservo en mi biblioteca con especial afecto, no solo por mi aprecio por la historia de las ideas económicas, sino también porque me recuerda la importancia de la humildad... Imaginen el cuadro, ¡el alumno tratando de dar lecciones al maestro! Después de aquella experiencia, guardé un largo silencio. No fue hasta 1980 cuando, con renovado valor, decidí enviar a Pedro el texto de una conferencia que había pronunciado ante la Asociación Iberoamericana de Cámaras de Comercio. Por entonces, él dirigía el Instituto de Economía de Mercado en Madrid y acababa de publicar Empresa y libertad, un libro que aún no había leído, pero cuyo enfoque coincidía sorprendentemente con el de mi ensayo.

Para mi sorpresa y alegría, Pedro no solo respondió a mi envío… sino que decidió publicarlo. Recibir aquella noticia fue una de las mayores alegrías de mi vida. Por otro lado, al leer su libro, fui nuevamente consciente de la diferencia abismal entre el maestro y el alumno. Fue, sin duda, otra lección de humildad.

A lo largo de los años, mis contactos con Pedro Schwartz fueron siempre esporádicos, pero no así mi seguimiento de sus escritos, siempre tantos pasos por delante. He admirado sus ensayos sobre liberalismo, su análisis de la obra de Milton Friedman o su espléndida traducción de La miseria del historicismo, de su referente Karl Popper.

También he valorado su destacada labor como político liberal, que siempre he considerado un acto de valentía y coherencia. Recuerdo especialmente un artículo suyo titulado "La dispersión del liberalismo", publicado en ABC en el año 1986, en el que explicaba las razones de su renuncia a la candidatura dentro de la coalición liberal. Sus reflexiones, cargadas de honestidad, me impresionaron profundamente y reflejaban su integridad y su compromiso intelectual.

No puedo olvidar tampoco su brillante entrevista a Karl Popper, publicada en la revista Claves de la Razón Práctica. Como editor de un semanario, sé que una buena entrevista depende tanto del entrevistador como del entrevistado, y pocos habrían podido sostener un diálogo de tan alto nivel con Popper como lo hizo Pedro Schwartz. Igualmente memorable es su artículo "La precariedad de la democracia liberal", publicado en Telos en 1997, en el que resumía las inquietudes de muchos liberales y defendía con claridad que, pese a todas sus imperfecciones, "el mundo libre es, con mucho, la mejor sociedad que ha existido en la historia de la humanidad".

Pedro Schwartz es, sin lugar a dudas, una de las grandes figuras del liberalismo contemporáneo. Su obra y su ejemplo nos recuerdan que las instituciones nacidas del ideario liberal—el

Estado de derecho, el imperio de la ley y la economía de mercado—son pilares imprescindibles para la civilización. En sus escritos, como en Empresa y libertad, Pedro nos ha enseñado que, aunque la razón y la evidencia estén de nuestro lado, nunca debemos bajar la guardia frente a la irracionalidad, ese residuo atávico que puede destruir en un instante lo que ha costado siglos construir.

Difusor de ideales, promotor de la libertad

Encomio de Javier Fernández Lasquetty en la entrega del Premio Juan de Mariana 2014

Quiero agradecer al Instituto Juan de Mariana la oportunidad que me ha brindado de participar en este homenaje a Pedro Schwartz. Reconozco que es una decisión sorprendente, pues, si no me equivoco, en las distintas ediciones del Premio Juan de Mariana y de la Cena de Libertad, esta representa la primera vez que un político tiene este honor. Dicho esto, puedo tranquilizar a los presentes: soy un político saliente, en proceso de abandonar esta profesión, de manera que mi presencia aquí no debería causar una contaminación duradera…

Hoy tengo el honor de dejar unas líneas de encomio al profesor Schwartz, un verdadero maestro en el sentido más amplio de la palabra. En una España encanallada como la que vivimos, la veneración a gente tan sabia como él es algo poco frecuente y, sin embargo, profundamente necesario. Los maestros son aquellos que atraen, ilustran, corrigen, estimulan y, sobre todo, obligan a pensar. Eso es precisamente lo que ha hecho Pedro Schwartz a lo largo de su vida. Por eso tiene tantos discípulos y por eso ha creado escuela, tanto en el ámbito académico como en la divulgación y el activismo liberal.

En el ámbito académico, Pedro ha sido maestro de muchas personas que hoy se consideran discípulos suyos. Pero su labor no se limita a la academia: también ha sido un maestro en el combate de las ideas, participando activamente en el debate público y

transformando los eslóganes del populismo y el intervencionismo en sólidos argumentos a favor de la libertad individual y la responsabilidad. Un ejemplo brillante de ello fue su trabajo como presentador de los documentales de Milton Friedman en Televisión Española. En un momento en que las ideas liberales apenas tenían cabida en el panorama mediático, alguien de la UCD permitió, quizá sin darse cuenta, que Pedro Schwartz liderara aquel esfuerzo divulgativo. Aquello fue maravilloso y dejó una huella imborrable.

Además, Pedro ha sido maestro también para políticos. Quizá fueron pocos, pero sin duda llegaron a ser muy relevantes. Es conocido que, en 1983, Pedro Schwartz tomó del brazo a una joven Esperanza Aguirre, entonces socia del Club Liberal de Madrid, y le dijo que debía involucrarse en la política. No solo la convenció, sino que logró incluirla en las listas de Unión Liberal. Su influencia también llegó al círculo más cercano de José María Aznar, lo que permite afirmar que, por estas vías, muchos de nosotros somos, de alguna manera, discípulos de Pedro Schwartz, aunque sea en segundo grado. No podemos olvidar que Pedro Schwartz también fue político. Diputado entre 1982 y 1986, ocupó el cargo de secretario general de Unión Liberal. Pero, como era de esperarse, su paso por la política activa no podía durar mucho. No todos los días se ve a un político subiendo a la tribuna del Congreso para pedir, con claridad y valentía, el cierre de todas las minas estatales. Esa valentía y honestidad lo alejaron de la política activa, pero no de la política liberal.

Desde entonces, Pedro continuó ayudando a que los políticos piensen más como liberales. Esto es especialmente meritorio, pues lo fácil sería aislarse en la crítica constante ejercida desde una torre de marfil. Pero Pedro siempre ha estado dispuesto a

colaborar, manteniendo su claridad intelectual y moral, para que aquellos dispuestos a escuchar encontrasen en él un guía hacia un horizonte de libertad.

Un ejemplo destacado de esta labor fue su participación en los años 90 como miembro del patronato de la Fundación FAES. Desde allí, junto con otros pensadores, contribuyó a generar ideas y tendencias que permitieron que España, a partir de 1996, avanzara en la dirección correcta, mediante privatizaciones, liberalizaciones y bajadas de impuestos.

Posteriormente, en mi etapa como secretario general de FAES, pedí a Pedro que, junto con Paco Cabrillo y Jaime García-Legaz, elaborase un informe sobre las ventajas de un área de libre comercio en el Atlántico. El resultado fue un sólido estudio titulado A Case for an Open Atlantic Prosperity Area, que presentamos en foros europeos y norteamericanos. Ese esfuerzo contribuyó directamente a las negociaciones del Tratado Transatlántico de Comercio e Inversiones (TTIP), que habría supuesto un paso significativo hacia la libertad de comercio y que ojalá pueda ser una realidad un día en que los vientos soplen de forma más decidida a favor de estas ideas.

Hablar con Pedro, leer sus escritos y escuchar sus opiniones nos ha ayudado a quienes hemos tenido responsabilidades políticas a tener claro el horizonte hacia el que debemos dirigirnos: la libertad individual, la responsabilidad personal, el gobierno limitado, la democracia como garante de la libertad, el estado de derecho, el mercado libre y las instituciones que protegen la libertad y la propiedad.

Decía Cánovas del Castillo que “la buena política es el arte de aplicar en cada época de la historia aquella parte del ideal que las circunstancias hacen posible”. Quizá lo más importante de su enseñanza es el empleo que hace del término “ideal”. En este sentido, Pedro Schwartz ha sido una de las figuras que más ha contribuido a mantener vivo el ideal de la libertad individual y la responsabilidad, guiándonos hacia una sociedad de hombres libres y responsables. Por todo ello, otorgar al maestro Schwartz el Premio Juan de Mariana está más que justificado. Pedro, enhorabuena de todo corazón.

Mirar siempre más allá

Encomio de Carlos Rodríguez Braun en la entrega del Premio Juan de Mariana 2014.

Quiero comenzar estas líneas una confesión: hay algo que jamás le he perdonado a Pedro Schwartz… ¡no se ha quedado calvo! Al igual que Mario Vargas Llosa, su melena intacta siempre me ha parecido moralmente sospechosa... Pero, dejado de lado este defecto imperdonable, y con ánimo de continuar mi encomio en términos un poco más serios, debo decir que es un verdadero honor el poder rendir homenaje a alguien a quien tanto debo.

Conocí a Pedro a finales de los años 70, al igual que Paco Cabrillo, en aquellos maravillosos cursos de doctorado que impartía el maestro. Yo había llegado exiliado desde Argentina, con la idea de hacer mi tesis doctoral y regresar de vuelta al país. Pero fue Pedro quien me cambió los planes. Me dijo: "¿por qué no se queda usted en España y ejerce como mi profesor ayudante?". Y me quedé. Desde entonces, prácticamente todo lo que he hecho se lo debo a él.

Pedro no solo me enseñó una infinidad de cosas, sino que también me abrió las puertas a personas extraordinarias. Recuerdo, por ejemplo, cuando conocí a Gary Becker gracias a él y pude entablar una larga conversación con el Premio Nobel y figura destaca de la Escuela de Chicago durante un viaje en avión, tras una reunión de la Mont Pelerin Society, con Paco Cabrillo sentado junto a nosotros. Este tipo de encuentros, fruto de la generosidad de Pedro y de la gente brillante que se movía en torno a alguien tan brillante como él, me marcaron profundamente en el plano intelectual.

Una de las lecciones más importantes que me transmitió Pedro fue la necesidad de levantar la vista y evitar adoptar una visión provinciana, especialmente en el mundo del saber. Me inculcó que en las ideas no debe haber fronteras, sin duda una enseñanza infinitamente más valiosa que cualquiera otra de las que me transmitió, siendo todas ellas de indudable peso. Al final, aunque Pedro me hubiera enseñado otra ideología, su consejo de mirar siempre más allá y estudiar aquello que realmente importa habría seguido siendo lo más importante que habría podido dejar dentro de mí.

Nunca olvidaré uno de sus consejos, que escuché en uno de sus seminarios de doctorado: “hay que estudiar autores y problemas importantes. Si no puedes hacerlo con ambos, al menos asegúrate de que uno de ellos lo sea. Lo que no se puede es estudiar un tema insignificante de un autor irrelevante”. Este principio ha guiado mi vida académica y me ha ayudado a centrarme en lo que realmente tiene trascendencia. Pedro ha dejado una huella profunda en todos los liberales, no solo por su rigor académico, sino también por su excepcional labor divulgativa. Ha logrado transmitir las ideas de la libertad con claridad y pasión, salvo quizá en una ocasión, en la que ambos nos embarcamos en una gloriosa catástrofe.

Hace años trabajamos juntos en un programa de televisión llamado El valor del dinero. Pedro ponía el prestigio y los honores, mientras que yo, como inmigrante trabajador que era, me encargaba del trabajo duro... A los seis meses, nos echaron de la cadena. Fue un fracaso, sí, pero al estilo de Zorba, el griego. ¡Una gloriosa catástrofe! Como lo es a menudo esto de intentar promover el liberalismo..

Sin embargo, el éxito o el fracaso son irrelevantes cuando uno tiene la fortuna de contar con un amigo y un maestro como Pedro Schwartz. Su sabiduría, su generosidad y su ejemplo nos han marcado a todos los que hemos tenido la suerte de aprender de él.

Pedro, gracias por todo lo que nos has dado. Todos los que queremos reconocer y celebrar tu trayectoria a través del Premio Juan de Mariana admiramos tu rigor y apreciamos tu amistad. Enhorabuena por este merecido reconocimiento.

Encomio de Francisco Cabrillo

Pedro Schwartz es amigo mío desde hace muchos años. Como siempre me gusta hacer cálculos, puedo decir con precisión que nuestra amistad comenzó en el año 1976. Quiero compartir con ustedes un recuerdo de nuestra primera conversación, un momento que no solo tuvo un gran impacto en mi vida, sino que también refleja mucho de la personalidad de nuestro homenajeado.

Conocí a Pedro cuando formó parte del tribunal de mi tesis doctoral, que había dirigido Lucas Beltrán. Fue el propio Lucas me insistió en que Pedro debía estar en el tribunal, pues, según él, era "la persona que más sabe de esto en España". No le faltaba razón. El día de la defensa, de los cinco miembros del tribunal, cuatro llegaron a tiempo. Faltaba uno, cuyo nombre omitiré. Al cabo de un rato, apareció el ausente y, poco después, el presidente del tribunal salió de la sala para dirigirse a mí y decirme:

—Mire, si no le importa, en vez de los 45 minutos que le habíamos indicado que tenía para hablar, ¿podría reducir su intervención a 20 minutos? Es que el profesor Schwartz tiene que marcharse enseguida.

Así que hablé durante 20 minutos, y, para mi sorpresa, todo fue muy bien. Antes de marcharse, Pedro me felicitó. Su primer comentario fue que tenía una gran capacidad de síntesis, lo cual me pareció menos relevante. Sin embargo, lo que realmente marcó un antes y un después en mi vida fue lo siguiente que me dijo:

—Venga Usted a mi seminario en la Facultad de Económicas.

Comencé a asistir a aquel seminario, y puedo decir, con total sinceridad, que ha sido la mejor experiencia que he tenido en la universidad española en toda mi vida – y eso que llevo años en ella... El seminario de Pedro era un auténtico modelo de rigor académico y de interés por los temas tratados. Además, tenía la capacidad de crear un grupo de personas que no solo compartían inquietudes intelectuales, sino que además mantenían relaciones personales de enriquecedora amistad.

Desde entonces, mi relación con Pedro ha sido constante, desde nuestra colaboración en el Instituto de Economía de Mercado hasta nuestro trabajo conjunto en otros proyectos y think tanks. ¿Con éxito? Bueno, cuando uno es liberal, no siempre se puede hablar de grandes éxitos. Pero lo que sí puedo garantizarles es que, en todos los casos, hemos actuado con la mejor fe y la más firme intención. Se ha mencionado esta noche la primera gran obra de Pedro, su magnífica tesis sobre John Stuart Mill. Sin embargo, quiero subrayar que, con el paso de los años, Pedro no solo ha mantenido su actividad intelectual, sino que ha seguido escribiendo cosas extraordinarias, no solamente a nivel nacional, sino también en sus colaboraciones con instituciones de impacto global como el Instituto CATO de Estados Unidos o el Institute of Economic Affairs. En todas esas contribuciones ha dejado patente que su intelecto sigue siendo tan brillante y pleno como siempre.

Solo hay un ámbito en el que nunca he acompañado a Pedro: su incursión en la política. Una aventura que, quizá, nunca debió emprender, y no porque le faltara capacidad, sino porque no encajaba en ese mundo. Adam Smith decía que los políticos son “animales insidiosos y altaneros”. Pedro, en cambio, no es insidioso ni altanero. Es, además, una excelente persona. Estas cualidades le

han permitido tener éxito en la vida académica y como escritor e intelectual. Pero en el mundo de la política, esas virtudes no siempre son valoradas. Así que, Pedro, aunque aún tengamos muchos años por delante, te sugiero que no vuelvas a meterte en política. Yo, por mi parte, me comprometo a hacer lo mismo.

Entrevista con Diego Sánchez de la Cruz

Incluida en el libro "Sin Medias Tintas" (Unión Editorial, 2014)

Pedro Schwartz es, sin lugar a dudas, uno de los economistas españoles más influyentes del último siglo. Su formación superior comenzó en la Universidad Complutense de Madrid, donde se Licenció y se Doctoró en Derecho. Además, su paso por la London School of Economics arrojó un Máster en Economía y un Doctorado en Derecha. En la capital de Inglaterra fue alumno de Karl Popper, a quien considera su mentor.

Entre 1982 y 1986 ocupó un escaño en el Congreso de los Diputados como representante de la Unión Liberal. Tras esta breve aventura política, regresó al ámbito de la educación y la política, sirviendo como Catedrático en la Universidad Complutense, la Universidad Autónoma y la Universidad San Pablo CEU. Schwartz también tiene experiencia en el campo empresarial: ha presidido gestoras de fondos de inversión, compañías tecnológicas, consultoras estratégicas…

Además de publicar libros, informes y artículos de opinión, Schwartz es un habitual en los medios de comunicación. Su trabajo le ha hecho merecedor de numerosos reconocimientos: en los años 90 fue nombrado Oficial Honorario del Imperio Británico por la Reina Isabel II; en 2003 recibió el Premio Jaime I de Economía e ingresó en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas; en 2010 recogió el Premio de Economía Rey Juan Carlos como condecoración a décadas de trabajo, divulgación e investigación…

En nuestra conversación, Schwartz trata aspectos como el rumbo de la Eurozona y las reformas económicas que debe implementar España.

Mucho antes de la entrada en vigor del euro, Vd. advirtió que la "moneda única" no había sido planteada correctamente. ¿Cuáles eran esos fallos originales del euro? ¿Prueba la actual crisis su tesis?

Hubo dos grandes equivocaciones de partida. Por un lado, se planteó una moneda "única" en vez de una moneda "común", y esto implicó renunciar al establecimiento de una sana competencia de divisas en Europa. Por otro lado, en vez de entender el euro como un proyecto monetario y económico, se insistió en concebirlo como una herramienta política, pensada para "unificar" a los países miembros.

Adoptar esta nueva moneda implicaba menores costes de transacción, algo positivo para el comercio y las inversiones en Europa. No obstante, adoptar una divisa única también acarrea mayores costes en otros campos. Por ejemplo, el euro ha puesto de relieve las grandes divergencias existentes entre las economías de los diferentes países miembros.

El caso más llamativo de estas diferentes realidades es el desempleo, que va a menos en países como Alemania… pero va a más en otros como España.

Esta es la consecuencia de las diferentes estructuras económicas que tienen los países que se unieron en la nueva zona monetaria. España tiene una economía más rígida, con una notable falta de flexibilidad y competencia. Esto lo vemos en indicadores como el

desempleo pero también en la evolución de los precios, ya que nuestras tasas de inflación suelen ser mayores que las de otras economías europeas más dinámicas.

Los países con menos competencia, con más límites a la libertad empresarial, con menos flexibilidad laboral… no se adaptan fácilmente al euro. Si a esto se suman los desequilibrios fiscales, tenemos un gran problema.

Es llamativo que así sea, ya que el euro se creo bajo una serie de reglas que llamaban a limitar la deuda pública y el déficit presupuestario…

Tanto el Tratado de Maastricht como el Pacto de Estabilidad y Crecimiento apostaron por limitar la deuda pública por debajo del 60% del PIB y fijar un objetivo de déficit cero, salvo casos extraordinarios, en los que dicho descuadre podría llegar a alcanzar el 3% del PIB.

No todos los países se apoyaron en el euro para relajar su disciplina fiscal y aumentar sus niveles de endeudamiento. No obstante, las familias y las empresas de muchos países que hoy están en dificultades asumieron demasiada deuda… y lo hicieron con tipos de interés alemanes.

Pese a todo, no son pocos los economistas que señalan que el euro ha aumentado la disciplina monetaria de muchos de sus países miembros al constituir lo que podríamos llamar una especie de “pseudo patrón oro”.

En el patrón oro no había banco central ni se podía monetizar la deuda pública. Por eso, a la hora de llamar “pseudo patrón oro” al euro, debemos insistir mucho en el “pseudo”. ¿Introduce más

disciplina monetaria esta divisa? Naturalmente. Quizá no tanto para países como Alemania, pero sí en el caso de naciones como España.

No obstante, como la dinámica política del euro sigue en pie, los gobiernos presionan continuamente al Banco Central Europeo para que relaje su disciplina y financie sus gastos y deudas.

Como solución intermedia para el caso griego, Vd. ha sugerido la introducción de una moneda paralela que “competiría” con el euro en el país heleno. ¿Ayudaría algo así a España o mejor nos centramos en seguir adaptando nuestra economía al euro?

Indudablemente, lo más adecuado es que exista la mayor disciplina monetaria posible. No obstante, la resolución a este dilema es más política que económica. ¿Cuántas reformas y sacrificios está dispuesto a asumir un votante a cambio de adaptarse a la moneda única? En el caso de Grecia, hemos visto que el grado de tolerancia es muy limitado...

Por eso, una alternativa más llevadera vendría consistiendo en dejar circular una moneda alternativa al euro, que mantendría un tipo de cambio flexible frente al mismo. Para España, el esfuerzo asumido ha sido significativo, por lo que convendría seguir apostando por el euro como una solución más adecuada.

Ciertamente, las medidas aprobadas en España para capear esta crisis han tenido un fuerte impacto. No obstante, buena parte del ajuste se ha centrado en aumentar la presión fiscal en vez de reducir el gasto público.

Así es. Seguir este tipo de medidas es el gran error que ha cometido España a la hora de combatir esta crisis. El cambio de

gobierno no ayudó mucho: Mariano Rajoy no entiende mucho de economía y se deja llevar por Cristóbal Montoro. El resultado es una sucesión de subidas de impuestos que resta dinero a la gente y ni siquiera consigue aumentar la recaudación.

A veces se dice que en España estamos viendo un gran ajuste del gasto. Nada más lejos de la realidad. Por ejemplo: hay quienes afirman que el cierre de la televisión pública autonómica de la Comunidad Valenciana es un ejemplo de que la "austeridad" está siendo salvaje. ¡Pero si solamente se ha cerrado un canal después de cinco años de crisis!

Sin duda, parece que las Administraciones regionales van muy por detrás en materia de consolidación fiscal…

Las Comunidades Autónomas no tienen que gastar a partir de lo que recaudan. Esto erosiona la responsabilidad fiscal y castiga a unos territorios en beneficio de otros. No obstante, hay regiones que lo están haciendo bien. En la Comunidad de Madrid se aprecia un esfuerzo de verdad para bajar los impuestos y reducir el gasto.

Soy partidario de la descentralización territorial, pero tiene que ir de la mano de una responsabilidad fiscal. De lo contrario, unas regiones gastan el dinero que recaudan otras y no se genera una "competencia tributaria" entre gobiernos autonómicos.

¿El ajuste presupuestario pendiente obliga a replegar, reformar y eliminar programas del "Estado del Bienestar"?

Hacer algo así es necesario actuar para reconducir la situación actual de la educación, la sanidad, las pensiones y los subsidios al desempleo. Hay mucho trabajo por hacer en todos estos campos,

pero muchas de las medidas necesarias son a menudo tildadas de radicales o imposibles.

Por ejemplo, es necesario privatizar toda la educación y, además, liberalizarla. Este reto es doble, ya que no solamente hay que dejar la gestión de los centros en manos del mercado, sino que también hay que acabar con los planes de estudio y demás mecanismos centralizadores que deforman los programas al gusto de los burócratas e impiden la libertad de enseñanza.

El paso más sencillo para empezar el cambio es el de introducir un sistema de “cheque” educativo, para que cada familia elija a qué centro quiere llevar a sus hijos. No obstante, dicho mecanismo tiene difícil implantación por la resistencia de los sindicatos y otros intereses creados… En cualquier caso, necesitamos acabar con este sistema educativo desastroso y detestable.

Pero quedarían otros temas pendientes que Vd. mismo ha señalado: la sanidad, las pensiones, los subsidios al desempleo…

Con la sanidad vemos que cada vez funciona peor y acumula más deuda. Sobre el subsidio de desempleo, su modificación debe ir de la mano de una reforma más profunda del sistema laboral.

Con las pensiones, la insostenibilidad del sistema se manifiesta cada vez que se recortan los beneficios para salvar el modelo de reparto. No podemos seguir así: necesitamos que las cotizaciones se conviertan en ahorro personal. Nadie dice nada al respecto, pero el sistema actual es un robo a mano armada, pues reduce los sueldos en más de un 30% y, a cambio, entrega unas pensiones cada vez más pobres.

Todas esas medidas de ahorro permitirían habilitar una rebaja de impuestos, algo que Vd. ha pedido en repetidas ocasiones.

Creo que lo ideal sería un sistema de tipo único, en el que no hay prácticamente deducciones. Con este sistema se aprueba un mínimo exento y a continuación se aplica un gravamen común a todos los niveles de renta, quizá entre el 15% y el 20%. Esta medida debe extenderse también a las empresas, para las que también es conveniente acabar con la doble tributación.

Para que el sistema sea más evidente, podríamos acabar con la retención mensual y hacer que los contribuyentes tengan que pagar directamente los impuestos que hoy se les deducen del sueldo.

Por último, la liberalización que Vd. propone pasa también por una mayor competencia en los diferentes sectores de la economía.

El sistema energético está totalmente intervenido y distorsionado. El financiero no está mucho mejor. En el transporte, buena parte del sector está nacionalizado. En el mercado laboral, y pese a la reforma de 2012, sigue habiendo una enorme rigidez. Al final, uno va mercado por mercado y encuentra que muchos de nuestros mercados adolecen de una preocupante falta de competencia.

Y sin embargo, el sector servicios, que es uno de los menos intervenidos, es cada vez más pujante. En el turismo no paramos de batir récords… Así es. Estamos ante un buen ejemplo del potencial que tiene nuestra economía. Lo que necesitamos es dejar de frenar su crecimiento con tantas barreras e inconvenientes.

Entrevista con Carlos Higueras

Publicada en el diario El Mundo en septiembre de 2022

Fue Benjamin Franklin el que afirmó que "donde mora la libertad, allí está mi patria". Y tres siglos después es una máxima que bien podría atribuirse a Pedro Schwartz (Madrid, 1935), pues si por algo se ha caracterizado a lo largo de su amplia trayectoria es, precisamente, por la importancia que ha otorgado a la defensa de las libertades. Licenciado en Derecho, el franquismo le vetó en el Servicio Diplomático, donde estaban su padre y su hermano, pese a aprobar la oposición. Decidió entonces cursar estudios de doctorado en la London School of Economics. Durante los años 80 fue fundador de la Unión Liberal, aquella semilla incipiente que devino en el Partido Liberal que acabaría integrándose en la Coalición Popular de Manuel Fraga, precursora del actual Partido Popular. Ahora imparte clases de Economía en la Universidad Camilo José Cela y este otoño ofrecerá un seminario breve en la Universidad de Buckingham. Una labor que compagina con su colaboración en otras entidades como la Fundación Rafael del Pino o la Sociedad Mont Pélerin -considerada el think tank original del liberalismo- , de la que fue presidente entre los años 2014 y 2016.

Fukuyama afirmó que, con la caída del Muro, el fin de la historia había llegado y, con él, la lucha de las ideologías. Pero el comunismo se niega a morir: China fabrica casi todo lo que consumimos, Rusia quiere volver a la influencia de la URSS y, en el subcontinente americano, el castrismo y el chavismo amenazan con extenderse aún más. ¿Qué ha hecho mal el sistema del libre cambio?

Primero, predecir el fin de la historia es un error gravísimo. ¿Cómo se puede pensar en el fin de la historia? El fin de la historia ocurrirá cuando se termine la humanidad, pero antes... Es curioso porque, con el prestigio que tiene Fukuyama, soltar esa tontería tan gorda tiene delito. Sí, con la caída de la Unión Soviética íbamos a un sistema en el que ya habría libertad, mercado y todo eso, que está muy bien, pero eso no es el fin de la historia, porque la historia no acaba casi nunca. Estuvo a punto de hacerlo con la peste negra, pero no. Los intelectuales tienen mucha culpa de lo que está pasando, se equivocan en la proyección y luego crean demasiada confianza. Es curioso, la gente comete errores y no pide perdón. Lo mismo ocurre con los bancos centrales: han cometido un error terrible con la inflación y no piden perdón. Se escudan ahora en la subida de precios con la guerra de Ucrania, pero lo cierto es que la inflación ya iba en aumento antes de la invasión de Putin. Es gracioso porque quienes más fama tienen e influyen en la opinión pública apoyan medidas que hacen mucho daño. Yo, en las cosas en las que me he equivocado, he procurado siempre pedir perdón, incluso a mi mujer [risas].

Decía el ex presidente Ronald Reagan que las palabras más peligrosas eran estas: "Hola, soy del Gobierno y estoy aquí para ayudarle".

Hace tiempo, en el siglo pasado, alguien hizo un descubrimiento muy notable, que fue el de que los políticos son humanos y piensan en su propio interés. A veces hay alguno que cree que su interés es pasar a la historia mediante buenas reformas, pero al final todo se reduce a las próximas elecciones. Entonces, para ganarlas, son capaces de cometer muchos errores. Una de las cosas más peligrosas del momento es que la mayor empresa de nuestro país y

de Occidente -el Estado-, en España con un 47% del PIB y en otros sitios con más de un 50%, no está bien llevada. Y cuando la mayor empresa yerra en su camino, es peligroso para nuestra civilización. Muchos hablan de los monopolios y de los oligopolios en la empresa privada, el palo gordo es ese. Salvo las compañías internacionales, que han crecido en medio de la competencia, no hay ninguna puntera. ¿Pero quién compite con el Estado? En cuanto alguien empieza a luchar contra él es denostado. No se acepta la competencia. El grave problema que tenemos ahora es que los Estados funcionan mal.

Hace 50 años, con la muerte de Franco y la Transición, se decía que los liberales en España cabían en un taxi. ¿Hemos mejorado en ese aspecto?

Ahora tenemos autobuses [risas]. Ha mejorado la cosa en el sentido de que ya no hay esa aversión totalmente irresistible hacia el mercado. La gente ha aprendido y ha visto que las empresas funcionan y nos ofrecen determinados servicios. Se ha demostrado el potencial que tienen los empresarios, ahí está el ejemplo de Amancio Ortega, que empezó vendiendo telas en la calle. Él, además, ha inventado una cosa, y es que no haya temporadas, cada dos semanas cambia los modelos. Cuando uno inventa una cosa y va bien se hace rico. Eso está muy bien. Hay una verdadera podredumbre del pensamiento, la manía de la igualdad. La igualdad es buena, dicen. Depende de cuál, claro. Sin duda, la igualdad ante la ley, sí. El cumplimiento de la ley de forma que como dijo Hayek la ley sea igual para todos, que imponga los mismos criterios a todo el mundo y que estos sean universales. Hay una mala tradición de partidos liberales, y eso que en España tenemos una larga historia que comienza en el siglo XIX y continúa

en el XX. Hasta 1880, los liberales apostaban por la apertura del mercado, pero entonces surge una nueva idea de que hay que ayudar a los que no tienen y hay que intervenir en el mercado de trabajo para que no existan desigualdades de remuneración. Es cuando nacen las pensiones públicas, con Bismarck. Hay un liberalismo, el de 1850, que abogaba por el libre comercio, la libertad de mercado, la libertad personal, se hablaba de democracia; es el caso de Figuerola, pero eso a partir de Bismarck empezó a cambiar y la etiqueta liberal empezó a tener un significado distinto. Había que tener mucho cuidado con la libertad y el mercado, que era explotador, decían. Eso no ha desaparecido del mapa, sigue así. Entiendo que el mercado ha dado muy mal resultado para los individuos, estoy escribiendo ahora un libro sobre el conde de Cabarrús [ideólogo del Banco de España], que hizo una estimación de impuestos partiendo de una edad media de fallecimiento a los 25 años, ¿qué pasó? Adiós a la providencia, ¿qué nos ha hecho vivir más tiempo? El mercado, la libertad son cosas malísimas, parece ser. ¿No vivimos mejor que antes? [Risas].

Ante la ola inflacionista, con riesgos de entrar en recesión, el Gobierno ha optado por subir las cotizaciones, elevar los impuestos a las grandes compañías y crear un paquete de subvenciones que afecta, básicamente, al transporte y a la vivienda. Ahora parece que también se quiere realizar otra subida del salario mínimo. ¿Existe alternativa?

En primer lugar, habría que influir en el Banco Central Europeo (BCE) para que llevara una política monetaria cuidadosa, para hacer frente a la inflación y luego a la recesión. Como nosotros somos miembros de la zona euro, me gustaría ver que influimos en ese ámbito para hacer las cosas bien porque, hasta ahora, todo se

ha hecho bastante mal. Tanto la Reserva Federal como nosotros hemos dado pasos para entrar en un escenario de inflación como este, aumentando en algún momento del año 2018 hasta un 15,5% la oferta monetaria, no solo la del BCE sino la de todos los bancos. Eso sería lo primero: influencia, porque ya no tenemos autoridad monetaria. Después habría que ayudar a cambiar fundamentalmente la visión social de los españoles. Ahora parece que si uno no trabaja percibe el Ingreso Mínimo Vital: usted no trabaja, pero cobra. Oiga, ¿es que no hay puestos de trabajo? Tenemos una tasa de desempleo en torno al 13%, quiere decirse que podría trabajar. Pero esa idea de que por no trabajar te pague el Estado es una idea corruptora y eso no es tolerable. Cuando se toman esas medidas son muy difíciles de deshacer luego porque el votante increpa. Las reformas deben acometerse en los primeros seis meses de gobierno. Hay que cambiar una actitud, esa visión del español hacia el trabajo, que lo considera una carga horrible que hay que evitar y que no es un peldaño para mejorar en la vida. El señor Ortega entrega aparatos para la sanidad pública y hay gente que se enfada porque quiere fastidiarle y subirle los impuestos... La gente, a pesar de la evidencia, no cree en la libertad.

El Covid-19 y el respectivo desplome de la economía, y ahora la guerra de Ucrania, que puede tener impacto en el invierno, van a marcar el futuro más inmediato. ¿Es viable el diálogo entre las distintas fuerzas políticas para reeditar otros Pactos de la Moncloa?

No soy tan partidario de esos pactos. Está bien que evitasen la inflación, pero fueron un pacto con el diablo. Sí es verdad que en aquel ambiente era bueno y necesario que hubiese conversaciones

entre todos para llegar a una posición y una forma de organizar la vida que fuese tal que nadie quisiese salirse de ella luego. Esos pactos, dentro del acuerdo para liquidar la dictadura, eran un mal necesario, pero no nos engañemos sobre el contenido. En realidad, fueron un pretexto para que el Banco de España hiciera una política monetaria correcta, que fue lo que ocurrió.

Usted, que convenció a Fraga para crear un partido de carácter liberal con el que disputar votos en el mítico espacio del centro, ¿cómo valora la inminente desaparición de Ciudadanos? ¿Es posible un partido liberal con la polarización que tenemos?

Yo lo intenté y entré en la coalición con Alianza Popular (AP), ¡pobre de mí! Estaba solo para intentar que AP se inclinase más hacia el mercado y, bueno, algunos se unieron. Yo pensaba en Thatcher, que transformó el Partido Conservador británico, compuesto por hombres en un ambiente totalmente machista y con una estructura clasista de amor al pueblo. Fraga era una persona honrada, jamás se quedó con un duro, pero no entendía muy bien qué era eso de la libertad de precios. Y con respecto a la situación de Ciudadanos, la política es la mezcla de ideología y de acierto a corto plazo y ellos cometieron un error terrible: Arrimadas se marchó de Barcelona, donde tenía un campo útil y firme, y dejó a los catalanes huérfanos. Puedes tener a veces ideas buenas en la práctica y meter la pata, y ellos la metieron.

De joven aprobó una oposición, la de diplomático, que no es en absoluto sencilla, aunque, el franquismo nunca le dejó ejercer. Pensando en aquella etapa de estudiante que se preparaba para iniciar su carrera, y tomando en cuenta su larga trayectoria como profesor y catedrático universitario, ¿cómo valora los nuevos

planes educativos que arrinconan la memoria como base imprescindible para el aprendizaje?

No es que no me dejaran ejercer, es que me quitaron la plaza. Aparecí aprobado y luego me tacharon con un bolígrafo rojo [risas]. La educación debería ser privada porque la pública es utilizada con fines políticos, puesto que acaba formando una opinión determinada acorde con el poder. ¿No habría oferta de enseñanza si fuera privada? La educación pública es peor que la privada, ¿por qué castigar así a los pobres? Es bien sabido que la pública no es tan buena como la privada, por algunas razones: porque hay sindicatos de profesores, porque el Gobierno cambia el contenido... No debería haber educación pública porque habría privada, como hay de todo en el mercado. ¿Dónde está mal la educación en EEUU? En Manhattan o en Nueva York, precisamente porque es pública.

El euro ha cotizado recientemente por debajo del dólar por primera vez en 20 años: los inversores ven una mala economía en Europa y se han llevado su capital a EEUU, fortaleciendo así la divisa estadounidense. ¿Otro indicador más de lo que está por venir?

Hay que preguntarse por qué la gente invierte el dinero en otro lado. No es que Estados Unidos vaya por buen camino, pero es un sistema mejor, no cabe duda. Los planes de este presidente son muy europeos, de gastar dinero, incluso han puesto en circulación lo que se denomina "moneda en helicóptero": a cada familia le han dado un dinero gratis para reanimarles, lo que me parece un error grave. Entonces el euro ha bajado no solo porque la gente está invirtiendo en otro lado sino porque la política monetaria no ha sido muy acertada. No estoy muy seguro de que el euro se

mantenga por debajo durante mucho tiempo y, además, el tipo de cambio no es un indicador de la política económica en su conjunto. El tipo de cambio es un indicador de la demanda y de la oferta de una moneda, la demanda depende de lo que se esté haciendo con ella y la oferta depende del banco central.

El universo de las monedas virtuales es una realidad y puede ser un riesgo para los más jóvenes, que invierten dinero en un sector sin normas: el caldo de cultivo ideal para la estafa. ¿Urge una regulación para acabar con esta competencia desleal que podría existir con otros mercados como, por ejemplo, el bursátil?

No sé cuál va a ser el futuro, habrá que ver cómo se desarrollan. La moneda tiene tres fines: servir para fijar los precios, generar riqueza y permitir los intercambios. Y estas monedas no cumplen con esas tres funciones. No sé qué debería regularse, ¿cuántas se han emitido? El consejo es que uno no puede poner todo su dinero en la misma cesta. En la Bolsa hay varios conceptos, uno de ellos es el de diversificación. También hay que ver dónde colocan el dinero los inversores. Y luego están los impuestos. Las criptos no tienen impuestos por el momento, ya que no se usan como moneda de compra y venta; la acumulan porque piensan que pueden enriquecerse rápidamente, pero habría que diversificar. Que esté atento el comprador, que a lo mejor la mula está ciega o tuerta.